

2-33-7593

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Sala	B
Estante	85
Tabla	
Número	125



EST	3	US	REAL
		1900A	
Sale:	B		
Est:	19		
Num:	374		

17. 106

TRADICIONES

GRANADINAS.

R



A P

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

GRANADA.

Imprenta y libreria de D. José Maria Zamora.

1857.



TRADICIONES

GRANADINAS.

BALTASAR MARTINEZ DURAN

Esodo poeta

en memoria del mallo-

Universtaria de Granada

Donado á la Biblioteca

GRANADA

Imprenta y libreria de D. José María Romero.

1852

LA

CASA DE GALLINAS.

B

POR

D. José Joaquin Soler de la Fuente.

Donado á la Biblioteca

Universitaria de Granada,

en memoria del malo-

grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

I.

En un día claro y despejado del mes de Abril de 1494, un grupo de personas aparecía sobre una baja colina, desde la cual se divisaba un encantador y risueño panorama. De un lado veíase á Granada con sus mil y trescientas torres, que velaban cual otras tantas impasibles centinelas por la seguridad de sus moradores. Del centro de esta rica joya musulmana, sobresalían las arábescas cúpulas de las mezquitas y palacios, formando caprichosos y enredados laberintos, destacándose cual regio é imponente dosel la magnífica fortaleza de la Alhambra, cuyos gigantescos y

pardos torreones aparecían en lontananza sobre un cielo de azul turquí, prestando seductora altivez á este mágico cuadro. Del lado opuesto de la colina mirábase esa inmensa faja de armiño, que confundíendose entre el celaje, parecía prestar abrigo á la fértil vega con su siempre verde alfombra, sus espesos olivares y sus cristalinos arroyuelos cubriéndolos con su manto de nieve.

Al frente de la colina divisábase la falda agreste de un promontorio de montañas, sembrado de espantosos barrancos, que en ascenso gradual parecía llegar al cielo por la parte del Norte, y formando cordillera por la de Oriente se enlazaba con los montuosos lugares de las Alpujarras, y este árido sitio hacia resaltar con mas fuerza las bellezas de la vega, que entonces contribuían á aumentar multitud de tiendas de campaña, sobre cuyas blancas cupulillas se elevaban encarnados banderines que hacia oscilar el viento de la mañana.

Era el campamento de los Reyes Católicos de España, don Fernando V y doña Isabel I.

El grupo de la colina se componía de tres ó cuatro mujeres y dos caballeros que vestían pavonadas y elegantes armaduras, y en cuyos cascos relucientes reflejaba el sol sus dorados rayos. Eran la reina doña Isabel, parte de sus damas, el valeroso don Alonso de Aguilar y el jóven don Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Habia querido doña Isabel dar un paseo matinal, y encontrándose á los apuestos caballeros, solicitaron el honor de acompañarla, que les fué concedido. Despues de haber admirado el brillante cuadro que se les

ofrecia desde aquel punto de vista, y al que daban mayor animacion los soldados cristianos, que defendidos por las silenciosas centinelas del campamento, descansaban formando corrillos sobre la fresca yerba, llamó la atencion de la reina un objeto que haciéndolo notar á su acompañamiento, fijáronse sobre él todas las miradas.

Era éste un palacio árabe, situado al pié del promontorio de rocas de en frente. Dividia este sitio de la colina el *Rio Genil*, que corriendo en una profundidad cubierta de espesas alamedas lo resguardaba de toda tentativa de sorpresa.

—¿Qué es aquella masa sombría y medrosa que yace escondida entre aquellas montañas? Preguntó la reina con algun afan.

—Nó he reparado hasta ahora en ella, contestó don Gonzalo, y por cierto que ocupa un lugar delicioso en estremo.

—Es el *Palacio Darluet ó Casa del Rio*, una recreacion de Abul-Khatar, dijo una de las damas, moro de grande pujanza y valentia, segun cuentan.

—¿Qué, sabes tú algo de él? interrogó la reina.

—¡Vaya si sé! Es una historia rara, de las mas raras que puede haber. No ha muchos dias que estando en vuestra tienda la oí contar á unos soldados que se hallaban cerca de ella, y puedo aseguraros que pasé un rato divertido. Hay encantamientos y magos..... y, en fin, es una verdadera tradicion de los descendientes de Agar é Ismael.

—Pues refiérela, Sol, contestó doña Isabel, y proporcionámos ese buen rato. ¿No es esto, caballeros?

continuó dirigiéndose á ellos, ¿no tendreis como yo un plaacer en oirla?

Uua respetuosa inclinacion fué la respuesta de los guerreros, y á una señal de la reina comenzó la dama la historia de esta suerte.

II.

«El moro Abul-Khatar pertenece al linaje de los Gazules. Su padre hace veinte años que habitaba en un arrabal de Granada que llaman el *Albaicin*, teniendo entonces diez hijos varones, de los cuales el mayor es el dueño de ese palacio. Estaban sumidos en la mas espantosa miseria, y apenas el escaso jornal que haciendo cestos ganaba Bey-Kal, era bastante para la subsistencia de sus hijos y una vieja esclava egipcia que consigo tenian. Esta esclava, que hizo para con Bey-Kal las veces de madre, y del que nunca se habia separado, gozaba de un singular prestigio sobre el moro y toda su familia, recibiendo sus palabras como si viniesen de la boca del Profeta. Setenta y cinco lunas de Argeb (1) habian reflejado sobre su cabellera blanca como sus rayos, y aun brillaban sus

(1) Enero.

ojos en el centro de sus órbitas, como viva llama en lo interior de caverna tenebrosa. Ziula se llamaba, y este nombre era repetido todas las mañanas por Bey-Kal y sus hijos en las oraciones que elevaban al Profeta.

Era una noche del crudo invierno; un frio intenso helada la sangre en las venas de los ateridos hijos de Bey-Kal, que apiñados en torno de un consumido hogar, procuraban en vano calentar sus entumecidos miembros. Ziula en un rincon de la estancia cruzadas las manos al pecho, cerrados los ojos é inclinada la cabeza parecia dormir. Bey-Kal no habia vuelto aun de su trabajo. Un hambre espantosa acosaba á los niños; no habian comido nada en todo el dia, y esperaban á su padre con un creciente afan, pues debia traerles como todas las noches el acostumbrado y mísero sustento, pero Bey-Kal no venia. Dos horas se pasaron en este estado, dos horas de angustia y dolor. Aguijoneado por el hambre levantose el mayor de los niños y se dirigió á Ziula, iba á despertarla para pedirle socorro.

El rojo fulgor de algunos tizos medio encendidos que iluminaba confusamente la estancia, coloraba de una manera pavorosa el semblante de la egipcia, apareciendo lívido y cadavérico. Retrocedió el niño á su vista lleno de terror, y corrió presuroso á esconderse entre sus hermanos señalando con el dedo á la esclava. Fijaron todos sus ojos en ella, y volvieron el rostro por un simultáneo movimiento cubriéndolo con sus manos. Un silencio de tumba reinaba en el aposento.

Las horas pasaban y no se oia el rumor de los pa-

sos que anunciaba siempre la llegada de Bey-Kal. Ziula permanecía en su letargo. Volvió á hacer un esfuerzo Abnl-Khatar que era el mayor de los niños, y asidas sus manos á las de sus hermanos, se acercaron nuevamente á la anciana. Cogió uno de ellos con temblorosa mano la borla que pendía del jaique de Ziula, y tiró suavemente..... pero la egipcia no despertaba. Sacudieron su brazo, moviéronla del suelo, animáronse algun tanto los hijos de Bey-Kal y la abrazaron con violencia; pero en sí no volvía aquella, continuaba en la misma insensibilidad..... parecía muerta. Un agudo grito se escapó de las bocas de los niños, y corrieron desalados por la habitación. Este grito ha penetrado el corazón de la anciana, y abre repentinamente los ojos. Un brillo extraño destellaban, produciendo un sombrío contraste con el rojizo color del hogar. Incorporose lentamente Ziula, miró á una y otra parte con asombro, levantóse al fin, y preguntó á los niños, que repuestos de su temor la cercaban como el saúco á la morera.

—¿Dónde está mi hijo? ¿dónde está Bey-Kal?

—;Aun no ha venido! contestaron con afligida voz, Ziula.... tenemos hambre, mucha hambre; dadnos por Alá algo que comer!

—;Desgraciados! exclamó con destemplada voz la egipcia levantando las manos al cielo, ¡desgraciados hijos de Kal....! vuestro padre no existe.... Oid la revelacion que he tenido del ángel de mi destino, durante pocos instantes.... Oid, primero el brillante porvenir que os espera, para que sintais con mas resistencia el dolor que voy á causaros al mismo tiempo. Teneis hambre.... y hambre tendreis hasta ma-

ñana, que es el día de vuestra resurrección, el día en que la casa de Bey-Kal levante orgullosa su emblema de poder, abatido tantos años, y en que vuelva á brillar con el esplendor que merece esa robusta rama del encumbrado linaje de los Gazules del Oriente. Al decir estas palabras, el acento de la egipcia tenía un tono tan raro y maravilloso, que los hijos de Bey-Kal inclinaron sus cabezas sojuzgados por aquel poderoso ascendiente, y escucharon á la anciana con sumiso ademán.

Mahamud-el-Azid, dijo al cabo de un momento de reflexión, primer vástago de vuestra ilustre rama, era un moro de gallarda presencia, arrogante en demasía, y valiente como el águila de los bosques. Habitaba un palacio suntuoso distante pocas varas del Genil, y numerosa falange de esclavos y juglares se disputaba el favor de divertirlo en sus ocios. La opulencia reinaba en torno suyo, y el fausto y esplendor formaban la existencia de este feliz creyente. Una tarde del caluroso estío, pareciéndole templada el agua que le tenían dispuesta en sus marmoreos baños las odaliscas de su harem, quiso buscar la frescura que la sangre ardorosa de sus venas anhelaba, y salió de su palacio sin más séquito que un anciano negro, dirigiéndose á la ribera tapizada de esmeralda, cerca de la que susurraban con paso majestuoso las ondas del Genil. Llegados á un sitio, donde juntándose las copas de los frondosos álamos que crecían en las opuestas orillas, formaban una pintoresca y encantadora gruta, mandó á su esclavo lo despojase de sus vestiduras y se arrojó al río. No bien su cuerpo hubo roto la cristalina superficie, cuando un nacarado pez

salió del centro de las ondas perseguido por una monstruosa serpiente, y siguieron con precipitación el curso de las aguas. Un compasivo sentimiento despertose en el corazón del benéfico Mahamud, y viendo que la tremenda serpiente iba á dar pronta caza al infortunado pececillo, arrojóse tras ellos con la velocidad del delfín, y logrando sujetar á aquella por la cola, tiró hácia sí con tal fuerza, que dividiéndose en dos la serpiente, sumergiöse de espaldas en el Genil. Creyendo tocar pronto con su mano el arenoso lecho, la alargaba por debajo de las ondas, cuando siente que otra mano ase la suya precipitándolo hácia dentro. Entumecido todo su cuerpo con este contacto, cerró los ojos creyendo llegada su última hora: ¡pero cual fué su sorpresa, oyendo una dulce voz que le dijo: «Abre los ojos y nada temas, estás en mi palacio!» Obedeció Mahamud á la irresistible influencia de este acento, y hallóse en un cenador vistosamente adornado de mosaicos y piedras preciosas, embalsamado por el delicioso aroma de multitud de flores que colocadas en chinescos jarrones abrian sus pétalos á juguetonas mariposas, cuyas alas brillaban al resplandor de una claridad maravillosa, que penetraba en aquel sitio de delicias sin saberse de donde provenia.

Una mujer, bella cual la rosa de los pensiles del Egipto, estaba mirándolo con cariñosa espresion, teniendo aun entre las suyas la mano de Mahamud, quien creyéndose presa de un sueño fascinante fijaba su vista con asombro en el espectáculo que le rodeaba.

—Mucho te debo, generoso moro, díjole la jóven, me has salvado del poder de un maldito etiope, ma-

go famoso que me tenia hechizada en venganza de no haber querido corresponder á su amor; pero en ese mismo beneficio hallarás la recompensa. Soy hija de la Noche, protegida por los espíritus del lóbrego reino de las tinieblas. Apenas el Sol se hundia bajo el potente dominio de mi madre, salia á disfrutar de las dulzuras con que me brindaba su deleitoso seno; pero incauta como todos los secuaces de las sombras, dirigia mis pasos por do quier sin evitar los peligros que me amenazaban. Ese infernal etiope que convertido en serpiente acabas de destruir, salia á la mitad de la carrera, del nocturno reinado de mi madre, de la espantosa laguna, que existe en una hondonada de la sierra que corona á la Alhambra, y á la que con el tiempo llamarán el *Albercon del Negro*. Viome una vez que hácia aquel sitio me condujera mi imprevision, y prendado de mis hechizos, me tomó entre sus robustos brazos antes de que tuviera tiempo para huir de su espantosa vista; y sumergiéndose conmigo por entre las cenagosas aguas de la laguna, me llevó á su descomunal caverna, rodeada de flamígeros y penetrantes rayos, que lastimaban mis delicados ojos acostumbrados, cuando mas, á esta tenue claridad. No pudiendo alli vencer la desesperada resistencia que oponia á secundar sus designios, dejóme atada con fuertes ligaduras, amenazándome, que si á su vuelta no consentia, trataba de tomar una terrible venganza por medio de una repugnante transformacion. Asi que me ví sola, llamé en mi auxilio á la Noche. No tardó mucho tiempo en acudir á los lamentos de su hija, y contándole mi quebranto, me respondió con afliccion: «No son mis fuerzas bastantes para luchar

con el mago que te aprisiona protegido por el Sol; pero escrito se halla que el feliz mortal que te liberte de su poder, sea cualquiera la forma en que su rencor te convierta, volverás á tu primitivo ser; y tu salvador en virtud de este anillo, que le entregarás en muestra de recompensa, será invencible y toda su descendencia, en cualquier lucha que emprenda contra sus enemigos: pero si alguno de ellos abjurase de sus creencias religiosas, perderá el anillo toda su virtud, y no podrá recobrarla hasta que otro individuo de su raza sea alevosamente asesinado por algún crimen que cometa.» Estas palabras espresó mi madre, y dejándome el talisman, desapareció de la caverna. Al cabo de algún tiempo volvió el gigantesco etiope, y hallándome afligida al contemplar el escaso auxilio que la Noche podía prestarme, creyó que me conformaba con sus terribles intentos; mas conocido despues su engaño en vista de mi inaudita resistencia, creció á tal punto la cólera del mago, que agarrando con brutal fuerza mis sueltos cabellos, y profiriendo un espantoso conjuro, me convirtió en un blanco pez, y sacándome de la cueva, me arrojó al Genil, donde transformándose en serpiente, todos los dias me hacia padecer los mas crueles dolores, hasta que viniendo tú á bañarte en aquella parte del rio, pusiste, matando al fiero mago, término á mi quebranto.

Asombrado quedó Mahamud con la relacion de la hija de la Noche, y no salió de aquella especie de éstasis agradable en que parecia hallarse sumergido, respirando aquel delicioso perfume, hasta que sintió en su dedo anular la presion de la sortija que le puso

la hermosa jóven diciéndole: «Toma; con esta sortija serás invencible en todos tus combates con los cristianos, invencibles tus descendientes y próspera tu fortuna; pero ¡guay de aquellos que sucedan á quien quebrante su ley, porque serán miserables todas sus generaciones y frágiles como el cristal! Ya que te he recompensado el servicio que por mí has hecho, es necesario separarnos. Nunca volverás á verme, pues así lo ordena mi destino. Torna á tu palacio y recomienda á tus hijos la constancia en su religión.»

No dijo mas aquella mujer misteriosa; y arrojándose á un jarron de clavellinas, tronchó un tierno capullo, produciendo un metálico crugido, á cuya sonora y penetrante vibracion tuvo Mahamud que cerrar á su pesar los ojos, viéndose cuando los abrió encima del Genil y en el sitio que eligiera para bañarse: el esclavo negro estaba en la orilla teniéndole sus ropas, sin espresar su semblante asombro ni estrañeza. Preocupado Mahamud por la rara aventura de que habia sido héroe, salió del agua, pidió sus ropas, y vistiéndole prontamente el anciano, dirigióse á su palacio, dudando de aquello mismo que habia visto; pero sintiendo opresion en su mano, levantóla en alto, y mirando un mohoso anillo que ceñía su dedo anular, tuvo que dar crédito á aquel estraño é increíble suceso.

Al llegar aqui la vieja Ziola, interrumpió su narracion para cobrar nuevos alientos: miró con una especie de ternura y alegria á los hijos de Bey-Kal, y continuó despues de un momento de pausa.

—A tres generaciones fué trasmitido el famoso anillo de la hija de la Noche, y tres generaciones vivie-

ron en el colmo de la prosperidad y de la dicha. El mismo palacio donde habitaba Mahamud, dió abrigo á sus descendientes, que marchaban á los lugares en que se aposentaba la guerra contra los cristianos, y siempre vencedores, su brazo era la espada del espíritu esterminador, que donde quiera que alcanzaba, iba sembrando la desolacion y la muerte, sin que nunca la mas insignificante lesion dañase alguno de sus acerados miembros. La mansion que servia de asilo á estos formidables moros, tomó el nombre de *Casa de los Leones*, y el poderoso rey de Granada Abu-Abdulá Jusef, los hizo nobles, dándoles los honores de visires cerca de su real familia. La fama, corriendo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, llegó á immortalizarse entre los verdaderos creyentes, y eran deseados por los monarcas del Oriente y Mediodia. No se empeñaba una accion en que alguno de ellos se encontrase, sin que fuesen completamente victoriosos los musulimes; y ¡ay del soberano que fiasse en sus numerosos y aguerridos soldados sin contar entre los mismos un solo *Leon*...!

Las palabras de la protectora de Mahamud fueron ciertas en la era de ventura que profetizó á su posteridad; mas por desgracia, verdaderas fueron tambien al augurar la espantosa suerte en que aquella se trocaria, si abjurase su religion algun muslim de esta familia... Sí, hijos de Bey-Kal... la pura flor que abria su sonrosado cáliz á la brisa de la mañana, cayó de su vástago marchita y sin aroma, seca y deshojada.

Del nieto de Mahamud, último y venturoso Leon de Granada, nació un débil y mezquino musulman llamado Abd-el-Nayar, para oprobio y vergüenza de

toda su raza. Legole al morir su padre el anillo que tan religiosamente habia conservado, y le hizo dueño del secreto que formaba su felicidad, exhortándole á conservar el lustre de su casa, secundando los esfuerzos de sus antecesores. Y este hombre, mengua del nombre agareno y baldon de todos los creyentes, viéndose libre de sus acciones con la muerte de su recto padre, tuvo la villana pasion de dejarse arrastrar del amor impuro de una esclava cristiana que estaba al servicio de su palacio. Aun hizo mas; no contento con infamar asi sus doctrinas, puso el colmo á su falacia, sometiéndose á las exigencias de su amada, rompiendo con sacrilego deseo los lazos de su religion, haciéndose cristiano, y desposándose en seguida con aquella mujer infame. ¡Maldicion eterna al impio nieto de Mahamud! Pero... ¡desdichado! creia una ficcion el secreto revelado por su padre, y tarde conoció la fuerza de su verdad. La misma noche de su matrimonio, cuando se preparaba á gozar las delicias con que le brindaba el voluptuoso nudo en que se habia aprisionado, una espantosa tempestad estalla de improviso. Cúbrese de negro humo la habitacion nupcial, y el anillo de la perseguida del gigantesco etiope que se miraba en un rincon despreciado y solitario, toma poco á poco las formas de un terrible dragon. El humo se hace cada vez mas negro y compacto. Los truenos dan violentos redobles sobre los minaretes del palacio, sus cimientos tiemblan, y los esposos de un dia, trémulos y horrorizados, miran con vidriosos ojos al dragon acercarse lentamente á ellos. Una voz fúnebre óyese en el momento en que repuestos un poco de su espanto quieren huir. ¡Deteneos!

les dice, en vano será que procureis, pareja maldita, evadiros del castigo que os aguarda; ¡tiembla, miserable Abd-el-Nayar, por haber desoido la condicion que impuse á tu antepasado Mahamud, cuando le entregué el anillo que ha causado su grandeza y tu ruina! ¡Tiembla! vuelvo á decirte, pues sufrirás, no solo el castigo de tu vileza, sino el que mereces por el daño que has de ocasionar al sucesor que vuelva á tu casa el lustre de que la has desposeido, pues que para ello ha de ser vilmente asesinado por un delito vergonzoso que cometa, impulsado por la miseria en que lo has sumido...!» Calló la tenebrosa voz, y la sucede un horrible estallido: desaparece el humo, y deja en su lugar una corona de vivas llamas que cercan á los esposos... El dragon que ha ido siempre acercándoseles, llega á ellos, abre una enorme boca, y... las llamas cubren en este instante toda la habitacion... Solo se oyo un horroroso grito, pero nada se vé mas que fuego...

El dia que siguió á esta noche de catástrofe, vieron en aquel sitio los musulmanes que acertaron á pasar por la ribera del Genil, un monton de escombros, encima del cual lloraba un niño de tierna edad. Unas caritativas mujeres lo envolvieron en un jaique, y lo llevaron á su morada: era el hijo de Abd-el-Nayar, fruto anticipado al enlace que contrajo con la cristiana. Este niño creció en casa de mi madre, pues fué quien lo recogió, y juntos pasamos nuestra infancia. Nos amábamos con el cariño de hermanos, y juntos hubiéramos vivido siempre, á no haberme robado á los quince años un viejo cadí para su harem. Pero

pasó el tiempo, los años gastaron mi juventud, arrugando mi semblante, y el cadí me despidió al mirar lo ajado de mi rostro. Libre entonces como la paloma de los bosques, corrí á buscar á mi adorado hermano; corrí mucho, pero lo encontré al fin. El precepto de la maga seguía cumpliéndose. La miseria habia tomado asiento en su derredor. Estaba casado, tenia un hijo tierno como el tallo de la amapola, que se llamaba Bey-Kal. Era vuestro padre. Juré entonces no separarme de mi querido hermano hasta que la muerte cayese sobre alguno de nosotros y lo cumpli. Poco despues de mi encuentro, murió la madre de Bey-Kal y yo la reemplacé.... La desgracia perseguía de continuo al hijo de Abd-el-Nayar; todo plan lisonjero que formaba para su porvenir, desvaneciase como los sueños, y no pudiendo sacudir el fatal yugo de la pobreza exhaló en mis brazos su postrimer suspiro.

¡Hijos de Bey-Kal! la misma suerte acosó á vuestro infortunado padre, de quien no me he separado un solo instante.... En su varonil edad, casose con vuestra madre, que al dar al menor de vosotros la vida, perdió la suya.... Habeis salido de la infancia en medio de la desolacion mas completa. Vuestro padre se ha afanado aunque en vano para procuraros una precaria subsistencia; ha trabajado desde sol á sol, desde luna á luna, y nunca ha podido ganar un estipendio suficiente á cubrir sus necesidades... Siempre zumbaban en sus oidos los agudos y penetrantes clamores de sus hijos pidiéndole alimento. ¡Ah! El decreto de la hija de las tinieblas se ha cumplido.... La falta del impio Abd-el-Nayar ha caido sobre la ca-

beza del infortunado Bey-Kal. ¡Maldicioa eterna á su memoria! ¡Persígale mi anatema hasta la consumacion de los siglos!

Otra vez volvió á callar la anciana agitada por la fuerza de su emocion. Empero bien pronto brilló un fuego extraño en sus relucientes ojos, atrajo hácia sí á los niños que la rodeaban, y les dijo con un acento sentencioso y como inspirada:

—Acercaos..... prestadme aun mas atencion á lo que me resta decir.... Es vuestro sino. Esta noche se encontraba Bey-Kal en aquel rincon inquieto y desazonado. Tenia colgando sus brazos hácia el suelo, la cabeza baja y la mirada feroz. Los rayos del sol habian penetrado por ese ajimez.... la luna los reemplazó en seguida; y en todo este tiempo no habian comido sus hijos.... Faltábale trabajo... Vosotros os acercásteis á él, os subisteis sobre sus rodillas, le acariciábais la barba como el necesitado lebel lame al dueño que ha de sustentarle, y tú, Reqki, posaste tus labios sobre su oido, y con tembloroso é imperceptible acento, como para evitar que le oyesen tus hermanos, le dijiste: «¡Pan!» Contrájose espantosamente vuestro padre, y levantose arrojándoos al suelo, tomó luego su gumia, y salió.... Una somnolencia pesada se apoderó entonces de mí, quise seguirle, mas mis piernas se doblaron, y caí.....

.....
Mis ojos vieron un magnífico palacio á las orillas del Genil.... Sobre su vistoso y principal minarete, una hurí se posaba rodeada de vaporosa nube que despedia célestes resplandores.... Fijó sobre mí su mirada preciosa, diciéndome con armoniosa voz:

«Anciana Ziula: el vaticinio que por mi se comunicó al libertador de mi encantamento Mahamud, acaba de realizarse completamente. Levántate, y anuncia á los hijos de Bey-Kal la llegada de su dicha. Esta noche ha robado el triste Bey para mantener su familia, y ha sido asesinado por los guardias del monarca. Esta víctima se necesitaba para que volviera á su esplendor la *Casa de los Leones*. Desde este instante cesan todas las penalidades que acosaban á esta noble descendencia; otra vez levantará su cabeza para ser el terror de la cristiana grey. Cuida esta misma noche de dar sepultura al cadáver de tu hijo adoptivo, que hallarás cerca de la *Puerta Monaita*, y ven despues á tomar posesion de este alcázar que pertenece á los hijos de Bey-Kal.....

Vuestros esfuerzos para despertarme disiparon este sueño, pero semejante revelacion no es una quimera.... Venid, hijos, venid á cumplir las órdenes de la maga; y tomándolos de la mano salió de su casa con direccion á la *Puerta Monaita*, donde hallaron el cadáver del malogrado musulman. Habia sido muerto por una descomunal herida que le atravesara el pecho.

Postráronse de hinojos ante él la egipcia y sus hijos, y rezaron en voz alta y entre amargos sollozos fervientes oraciones. Despues cargó la anciana sobre sus hombros el inanimado cuerpo, auxiliada por aquellos, y le dió religiosa sepultura.

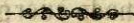
El sol comenzaba á teñir de escarlata los montes de risco que ciñen por Levante á Granada, cuando la anciana y los niños llegaron al sitio donde existiera

antes el palacio de sus mayores. Un pintoresco alcázar se destacaba á corta distancia del rio, y en un amenó y risueño prado.

—Entrad, les dijo Ziula estendiendo su brazo hácia las abiertas puertas del palacio; entrad y tomad posesion del señorío que os pertenece y del que habeis estado privados.

Obedecieron los hijos de Bey-Kal, y entraron con la vieja. Protegidos aquellos por la poderosa influencia del anillo de la hija de la Noche, que hallaron en una caja de oro, fueron invencibles en cuantas guerras despues se encontraron, volviendo á tomar su palacio el orgulloso nombre de *Casa de los Leones*. Los que habitan esa mansion fortificada ahora, y que encierra no corta guarnicion mahometana, son como dije al principio, el moro Abul-Khatar y sus hermanos hijos del infortunado Bey-Kal; y conservando firmemente sus creencias gozan de una vida próspera y feliz, siendo el terror de los cristianos que conocen sus maravillosos antecedentes y huyen despavoridos á la sola presencia de cualquiera de ellos.

Tal es la rara historia de esa casa que vemos desde aqui, segun escuché á los soldados del campamento, y que ha llamado vuestra soberana atencion.»



III.

De este modo concluyó doña Sol su relato que escucharon atentamente la reina y demás personas que allí se hallaban.

—Hasme proporcionado notable solaz, dijo doña Isabel á su dama, y por cierto que es bien estraña y fantástica la historia de ese albergue de moros. ¡Qué tradiciones tan estupendas se conservan entre los árabes!

—Ahora recuerdo, exclamó don Alonso de Aguilár, que dias pasados me señaló un soldado aventurero de mi hueste, ese reciato, y por cierto que le vi palidecer al mirar la cabeza de un moro que asomaba sobre el pequeño parapeto.

—¿Y qué te dijo? preguntó con curiosidad la reina.

—¡Ved, señor! exclamó casi aterrado, ¡ved un *Leon!*—¿Qué quieres decir, hombre? le interrogué con asombro.—Que aquel perro que allí se divisa pertenece á una casta que tiene de hierro los miembros, y no hay espada que los hienda —¡Bah! contesté con indiferencia, creyendo sería un bobo engañado por algun tuno.—Preguntad, insistió el soldado, preguntad á los compañeros y conoceréis la

verdad de cuanto he hablado.—Yo no le hice caso, y lo dejé con sus creencias. Mas ahora veo que es preocupacion mas arraigada en la soldadesca de lo que creia.

—¿Y tú qué dices á esto, Gonzalo? preguntó al cabo de algun tiempo doña Isabel.

Tan pensativo se hallaba el ilustre guerrero que no oyó la voz de la reina.

—Segun parece, continuó ésta, te ha hecho bastante sensacion la anécdota de doña Sol: ¿tanto te impresionas, Gonzalo?

No hubiera respondido tampoco éste á la segunda pregunta de la reina, á no habérselo advertido el de Aguilar que se hallaba á su lado.

—Dispensadme, señora, contestó prontamente, pero.... sí.... es verdad.... ha llamado mucho mi atencion ese extraño suceso... y tanto, que si me dais permiso...

Detúvose un momento el caballero, como si temiese decir demasiado, mas viendo que la reina esperaba acabase de explicar su pretension, exclamó con interés:

—Señora, dadme licencia para adelantarme un poco, pues ardo en deseos de reconocer mas de cerca esa *Casa de Leones*.

—Cuidado con lo que pedis, mirad que es arriesgada la bajada por este sitio, no os vaya á recibir el Genil, y tenga yo el disgusto de ver mojado un guerrero mio.

—¡Oh! descuidad..... Si acaso solo se mojará el acero de mi coraza.

—Bien, pero no os acerqueis tanto que pueda alcanzaros la garra de esas fieras.

—Llevo á mi izquierda, un remedio para embotarla.

—Id pues, ya que tan provisto estais; pero de todos modos observad donde sentais el pié.

—¡Oh! gracias, señora.

—Advertid que aqui aguardo, Gonzalo.

—Seré con vos dentro de unos instantes.

Hizo un gracioso saludo á la reina, y se alejó el de Córdoba bajando la colina con direccion al rio.

—Mucho siento no vaya á despeñarse por este endiablado cerro. ¡Qué caprichosos son mis soldados! dijo doña Isabel siguiendo con la vista la marcha del caballero.

Los rayos del sol, cayendo sobre la bruñida armadura del jóven castellano, hacíala relumbrar como si reflejase en un cristalino lago.

Aquel pequeño grupo estaba absorto en la contemplacion del audaz guerrero, que habiendo conseguido despues de peligrosos descensos llegar al rio, lo pasó con valeroso denuedo, y llegando á la opuesta orilla, se dirigió resuelto hácia el *Palacio Darluet*.

—¡Qué veo! exclamó de repente la reina, ha pasado el rio y desenvaina su larga espada que reluce como una franja de fuego; se vuelve hácia nosotros; hace una cortesía con ella... y... ¡gran Dios! se dispone á saltar la muralla!

En efecto, despues de haber saltado el pequeño parapeto, se introdujo el de Córdoba por una especie de claraboya que en la fachada meridional tenia el palacio, desapareciendo de la vista de su reina.

—¡Ay! ¡bien me temia alguna imprudencia! dijo esta con amargura; ved por qué niñería, por qué temerario capricho, voy á verme desposeida de una de mis mejores lanzas y de mis mas leales pechos..... ¡Oh! ¡no saldrá vivo de esa infame guarida!

Asombrado de aquella audacia, ni el mismo Aguilar acertó á responder á su soberana.

—Vé, Aguilar, vé, continuó doña Isabel, no pierdas tiempo, tal vez tu ayuda le sea necesaria; y tú, Sol, vuela al campamento, y di que su reina necesita cincuenta valerosas lanzas. No os detengais un momento, marchad.

Iban á partir dama y caballero para cumplimentar las órdenes que les daban, cuando un grito de sorpresa y alegría que exhaló doña Sol, hizo poner en movimiento á doña Isabel, y detuvo en su ida á Aguilar.

—Mirad, señora, mirad, dijo la dama tendiendo los brazos hácia el palacio de los hijos de Bey-Kal.

Apareció radiante de alegría el rostro de la reina con el espectáculo que se le presentaba.

La casa llamada de los *Leones* vomitaba moros por todas sus puertas y ajimeces, los que apenas se vieron en el campo, corrian como galgos diseminándose en todas direcciones por aquellas áridas montañas. Confiados los árabes en la segura posicion de su palacio, vivian tranquilos, á pesar de la proximidad del ejército cristiano, sin pensar en precaverse de cualquiera sorpresa; mas al ver de improviso y cuando mas descuidados se hallaban, un guerrero cristiano en sus mismos aposentos, fué tal el temor que experimentaron, creyendo sin duda la ciudad perdida, que pro-

curando solamente salvar sus vidas, huyeron despa-
voridos, sin volver por algun tiempo del tremendo
susto que recibieron á la impensada vista del solda-
do. Detras del último salió un gigantesco guerrero
con la visera echada y espada en mano, repartiendo
á diestro y siniestro mandobles de buen aire y mejor
temple, y haciendo brotar rayos de su anchurosa ho-
ja. Era Gonzalo de Córdoba.

A los pocos momentos y despues que hubo parado
en su faena, no quedó un solo moro en el campo.
Parecia que la tierra se los habia tragado.

Envainó entonces aquel héroe su formidable tizona,
levantose la celada, volviendo á pasar el rio, y se di-
rigió al sitio de donde poco antes habia partido.

—¡Reina de Castilla! dijo al llegar, sabed que des-
de hoy, la *Casa de los Leones* ha cambiado su pom-
poso nombre por el mezquino de *Casa de Gallinas*,
pues no son otra cosa los miserables que en ella ha-
bitan. Cuando os refieran anécdotas como la que hoy
os han contado; y en la que pueda haber, no uno,
diez de esos perros, que sean capaces de hacer fren-
te á un solo cristiano de vuestro ejército, darles el
crédito que se merecen, acordándoos de lo sucedido
con los *Leones* del palacio de *Darluet*. Ahora pido
humildemente perdon á mi reina, por haber acome-
tido esta empresa sin su permiso; pero mi corazon
español no podia soportar se ultrajase, ni aun en
cuentos, el nombre de sus compañeros.

—¡Ah, Gonzalo! no lo merecias por el susto que
me has hecho pasar! contestó la maguánima y sensi-
ble Isabel. Mas, levanta, añadió viendo á sus piés al

ilustre caballero, ¿habia de negar mi perdon á tan valiente soldado?

—Sois tan buena como grande, exclamó el guerrero besando su regia mano.

—¡Cuál corrian! dijo á este tiempo don Alonso abrazándolo.

—Como gallinas, Aguilar, como gallinas, contestó el atrevido guerrero: y todos volvieron al campamento, donde pronto se estendió la noticia de tan temeraria empresa, llevada á cabo por un hombre que aun en sus primeros años dejaba conocer al héroe que mas adelante habia de admirársele en toda Europa, y ser acatado por todo el mundo con el glorioso y bien adquirido nombre de *Gran Capitan*.

De este suceso memorable, data el de *Casa de Gallinas*, que aun conservan las escasas ruinas que se encuentran á tres cuartos de legua de Granada, siguiendo una vereda que comienza en el *Haza de la Escaramuza*, y alli conduce por entre precipicios y barrancos. Las incomodidades de este camino son compensadas por la deliciosa vista que se descubre desde la montaña que hay un poco mas allá de dichas ruinas, que tiene su pié en el Genil, y que dá frente á la en que miraba la reina el *Palacio Darluet*.

—32—
GONZALO

FERNANDEZ DE CORDOBA.

(LA BUÑOLERA.)

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

A fines del año de 1491 la ciudad de Granada estaba en gran escaséz; los cristianos habian talado las mieses en el verano, y los panizos y el mijo habian sido quemados tambien.

No habia aldea en la vega que no mostrase el paso devastador del castellano, ni tierra que no hubiese sido testigo de algun terrible hecho de armas.

Las gentes de la campiña, temerosas del conquistador, habian corrido á ampararse tras los muros y los castillos de la ciudad; y aquella gente inútil para la guerra, á propósito solo para agotar los mantenimientos, que ya no entraban ni aun por la parte de

la sierra abierta á los caminos de las Alpujarras, se agitaba inquieta, agijada por el hambre, y cada dia á la puerta de los panaderos tenia lugar alguna riña, que acababa en motin, y á veces en rebelion poderosa, que hacia correr la sangre por las calles y temblar sobre sus débiles fundamentos el ya vacilante trono del rey Abu-Abdallah.

En vano Muza Ebn-Abil-Gazan en la vega, y el prudente wisir Ebn-Comija en el Consejo, pretendian remediar el mal; Muza era batido en cada salida, el precio del pan acrecia, agotábanse los graneros, y los judios mercaderes, acusados de usureros, eran sacados de sus casas y acrastrados por el populacho.

Empeñábanse los bandos civiles á la sombra de la miseria pública, conspirábase abiertamente y á la luz del sol, tratábase de entregar la ciudad á los cristianos, y los algazazes (1) llevaban cada dia una fausta nueva á las tiendas de los reyes Católicos.

Granada la de los árabes y los moros, avvicinaba al ocaso de su reinado el astro de su gloria, y desgarrada, hambrienta, noble matrona rendida mas por sus hijos que por el cristiano, pretendia en vano cubrir su vergüenza con los últimos girones de su púrpura de sultana.

Muza probó el último esfuerzo, y un dia al amanecer, salió de Granada para sitiar en sus reales á los cristianos, con diez mil ginetes é innumerable suma de peones y gente menuda, mas á propósito para promover ruido, confusion y algazara, que para el gran

(1) Espías.

intento que ardía en el pensamiento del valiente emir. Fatal fué aquel día para las huestes de Ismael; desbandados los peones á la primera embestida de los castellanos, envolvieron á los ginetes, que tornaron grupas y huyeron, no siendo bastante á contenerlos los esfuerzos de Muza, de Reduan Venegas, de Abdel-Kerim, y de otros buenos caballeros, la mayor parte de los cuales tuvieron por última vez sus lanzas en sangre castellana.

La enseña del Islam fué hollada por los corceles de los vencedores, y los escuadrones musulimes metidos á lanzadas dentro de los muros; perdieron la artillería, los estandartes, las torres de atalayas, y las espadas de Gonzalo Fernández de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garci Laso de la Vega, de los condes de Cabra y de Tendilla, y de otros ilustres capitanes, se tuvieron en sangre mora hasta las empuñaduras, con vergüenza de Muza Ebn-Abil-Gazan, que furioso como un toro agarrochado, juró por Allah y por su nombre de caballero, no volver al campo con los peones.

Se cumplía lo escrito; el emir habia sido destrozado, y si ondeaba aun en las torres de la Alcazaba la bandera de Ismael, era al embate del viento de la degradacion y de la desgracia.

Esta funesta rota difundió el terror en Granada y empeoró su miseria; los cristianos circunvalaron la ciudad, cuyas puertas se cerraron temerosas, y la inmensa multitud contenida en ella, empezó á sentir los padecimientos del hambre á que por la fertilidad de la tierra no estaban acostumbrados.

Por do quiera surgia un alboroto: los desacatos gal

rey eran ya ostensibles, y la sultana Zoraida, encerrada en su alcázar del Albaicin, llorando la infausta suerte de Aben-Hamet, ansiaba la llegada del día, en que lanzada de Granada por los cristianos, pudiese pasar al Africa y verter aquellas ardientes lágrimas sobre la tumba de su infortunado amante.

Y fijo siempre en su pensamiento este deseo, su oro corría entre el pueblo, y sus parciales le incitaban á la rebelion, y el cáncer de muerte se extendía mas y mas en el corazon de Granada destrozada por sus hijos.

Con esta lucha terrible, inmensa, rugiente, no era difícil augurar el día, en que el conquistador hollaría el Koran sobre el pavimento de la mezquita real de la Alhambra.

Habia por aquellos tiempos en Granada, en la calle de Elvira, cerca ya de la Plaza Nueva y frente á un antiguo pilar, en un pequeño ángulo formado por dos esquinas de una reducida é irregular plazuela, una buñolería trasformada en despacho de pan por efecto de la situacion, y por lo mismo defendida por una valla y guardada por almoravides, destinados á contener el populacho.

Tras la valla, y alternando con algunos robustos panaderos, servía el despacho una hermosa mora, de ojos grandes y negros como sus profusos y relucientes cabellos, de tez morena, boca purpúrea y sonrisa un tanto desdeñosa; es fama que muchos de los concurrentes á la buñolería, mas que por los buñuelos, eran atraídos allí por el afán de saciar sus miradas en la contemplacion del redondo cuello, el alto seno y el gentil talle de la buñolera, y que mas de una no-

che en alta hora, solia interrumpirse bruscamente algun romance cantado bajo sus ventanas, por áspero son de espadas, á que seguian gritos de muerte ó de dolor.

La mora estaba sorda á los ruegos de todos sus amantes, y algunas veces sus ojos mostraban señales de haber llorado; entonces los concurrentes diarios recordaban que dos años antes, habia salido de Granada con las taifas (1) que fueron vencidas en el Zenete por Hernando del Pulgar, y no se extrañaba ya que Haxima (asi se llamaba la mora) se mostrase sorda á las súplicas de sus nuevos amantes, siendo fiel á la memoria de Aben-Hamut, que no habia vuelto con los destrozados restos del ejército que marchó sobre Guadix y que sucumbió en el Zenete.

Sin embargo, seguian tenaces algunos, esperando que el tiempo y las nuevas pretensiones borrarán en el ánimo de la mora los recuerdos de Aben-Hamut, que sin duda habia sido muerto en aquella desastrosa jornada.

Aquel dia una multitud inmensa cercaba la valla y menguaba el pan rápidamente, y los almoravides se veian obligados á contener con los cuentos de las picas á la multitud que se agolpaba hambrienta sobre la panaderia.

Pero á un mismo tiempo, por la parte de arriba de la calle de Elvira, llegaron dos moros, soldados al parecer, segun las libreas, de Muza, y pretendieron abrirse paso por medio de la turba, codeando á dies-

(1) Lo equivalente á escuadrones entre los moros.



tro y siniestro sin consideracion á niño, mujer, ni anciano.

Aquellos no venian por pan, puesto que como hombres de guerra de Muza, le alcanzaban cómodamente en los cuarteles del rico y poderoso emir, sino por los ojos de la buñolera, pretendiendo llegar, no solo hasta la valla, sino mas allá de ella, á los oscuros aposentos donde sobre limpias y poco elevadas mesas se servian los esquisitos buñuelos á los cotidianos consumidores.

La empresa (era punto menos que descabellada; acabábase el pan y la multitud se estrechaba y comprimia cada vez mas.

Y ellos siguieron pisando, atropellando y apartando, hasta que al fin, la turba ocupada antes en las necesidades del momento, reparó en ellos.

Alzose un alarido terrible, alarido de envidia y de indignacion; y todos los semblantes y todos los puños se volvieron á los dos moros que habian logrado al fin acercarse á la valla.

—¡Afuera los esclavos! gritaron, nosotros venimos por pan, y ellos lo tienen en hartura; ¡afuera! ¡que vayan á arrojarse á los piés de su señor el emir!

Y tras esto zumbaron algunas piedras, y por temor á ellas se cerró la buñolera, y los almoravides tendieron las picas sobre los alborotadores.

Exasperáronse éstos, al mismo tiempo que los dos almogawares, viendo malogrado su intento por el temprano cierre de la tienda, se miraban con prevención y en actitud hostil.

—Tú eres causa, dijo el uno, de que Haxima nos haya dado con la puerta en el rostro.

—No; sino tú, que has irritado á esos canes, atropellándolos por llegar antes que yo, repuso el otro.

—Mientes tú, dijo el contestado.

A la palabra mientes, el almogawar á quien se dirigia, que no era hombre que sufriera aquel insulto, mostró su espada fuera de la vaina, y poco despues desnudó la suya el otro que se vió acometido.

Y como la plebe cuando está mas irritada, necesita de menos para lanzarse á los alborotos, creyó que aquellas espadas se desnudaban en su daño, y cargo sobre los almogawares y los almoravides, á palos, puñaladas y pedradas.

Y llegaron otros, que vieron cerrada la buñoleria, y se irritaron por la falta de pan, y uniéndose al tumulto, aumentáronse las voces y los palos, y las pedradas y los silbos.

De modo, que lo que habia empezado por una riña de amor, acabó en motin, y en motin formidable, acrecido por la fatalidad.

Bajaba entonces el rey de la Alhambra, y, como todos los dias, iba al Albaicin á arrastrar su amor á los piés de la inexorable Zoraida: estaba relumbrante de galas, acompañado de una guardia espléndida, y de Muza Ebn-Abil-Gazan, y se encontró de repente en medio del motin.

Irritó al pueblo el lujo de Abu-Abdallah, cuando no habia pan para sus vasallos, y mudando de objeto, los silbos, las pedradas y las imprecaciones se tornaron al rey.

Muza, sombrío y colérico, se arrojó hiriendo con su escuadron de lanzas entre la multitud; creció el alboroto, estallaron mosquetes, acudieron nuevos

combatientes, empenóse una lucha encarnizada y la sangre corrió por las calles.

Los gritos de ¡muera el rey! ¡muera el emir! ¡capitulemos con los cristianos! se dejaron oír aterradores entre la multitud.

Entonces un hombre respetado del pueblo, un venerable anciano, Macer el Alime, se abrió calle con peligro de su vida, y alento á la salvacion de su patria, gritó á los amotinados, que á su presencia bajaron por un momento las armas.

—¿Qué fueron éis el vuestro musulimes? ¿Hasta cuándo sereis tan desacordados y frenéticos, que por las pasiones y codicias de otros, os olvideis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de vuestra patria...? No es vergüenza vuestra mataros por estos...? Si no os mueve la infamia, muévaos el peligro en que todos estais: si tanta inclita sangre se derramara peleando contra nuestros enemigos... llegarían nuestras vencedoras banderas al Guadalquivir y al apartado Tajo (1).

Prosiguió el anciano en estas y otras poderosas razones, y al fin el pueblo, aquietado en la apariencia, bajó las armas, dejó pasar al rey, se dispersó, lavose la sangre, recogieronse los cadáveres, y la ciudad volvió á su silencio de muerte.

Haxima, la hermosa mora, primera é inocente causa de aquel alboroto, abrió recatadamente la puerta, y cuando vió que la calle estaba solitaria,

(1) Histórico: Conde: historia de la dominacion de los arabes en España.

dejó salir un jayan que tomó á buen paso la calle adelante, mientras la buñolera cerraba la puerta.

El moro llegó á la puerta de Elvira, salió al campo, deslizóse á lo largo del muro, recatándose de la guardia y tomando un camino de atravesía, no cesó de andar hasta poner la planta en el real de Santafé.

Y debía ser conocido, puesto que los atalayas de las puertas no le estorbaron el paso, y solo se detuvo ante los *continuos* de las tiendas de los reyes, donde tras un leve aviso fué introducido.

En el fondo de ellas, sentadas sobre un estradillo en taburetes, habia una multitud de damas ocupadas en bordar un tapiz; a su lado sobre una silla de alto respaldo, se veia una dama, de edad madura, de semblante noble y grave, aunque duro, vestida de un severo trage negro y encubierta la cabeza con una torquilla de terciopelo carmesí tomada de oro.

Esta dama, ante la cual se prosternó el moro, era la reina doña Isabel primera de Castilla.

Junto á ella en otro sillón, un caballero de mas edad, con trage negro tambien, birrete de terciopelo y espada de oro, de semblante adusto y receloso, miraba con espresion profunda á otro hombre, que, descubierta y con respeto, platicaba en voz baja con la reina, que de tiempo en tiempo dejaba entrever en la seca línea de su boca, una imperceptible sonrisa.

El hombre sentado y cubierto, era el rey don Fernando quinto de Aragon; el que con la reina platicaba, Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Al prosternarse el moro, la reina hizo una señal á sus damas, que dejaron las labores y se dirigieron á otro departamento de la tienda.

Gonzalo Fernandez de Córdoba hizo al par un movimiento como para salir.

—No, no, quedad, capitán Gonzalo, le dijo la reina, ese infiel sin duda vendrá á noticiarnos algun nuevo desafuero cometido en Granada contra el rey Abu-Abdallah.

—Así es, noble y poderosísima sultana, dijo el moro; que no era otra cosa que algazaz (1) de los cristianos; el hambre affige á la ciudad, crecen los motines y los alborotos, se apellida por la capitulación entre nuestros parciales, y si en uno de estos momentos se arrimasen escalas á los muros y petardos á las puertas, podriais entrar, poderosos señores, á escala franca, en la ciudad que hasta ahora se ha llamado invencible.

Calló el traidor, y levantóse Fernando el Católico.

—¿Qué nuevo conflicto, dijo, apremia á Granada?

El moro elevó de nuevo su voz ante los reyes, siempre prosternado como un perro á los piés de su señor, y les refirió el motin de la calle del Elvira, sin olvidar en el relato el nombre de Haxima, que era su sobrina, y la porfia de los almogawares; ponderó la discrecion y hermosura de la mora, y calló de nuevo.

Despidiéronle los Reyes Católicos, y al salir de la tienda, un gentil hombre de la recámara entregó al traidor algunas monedas de plata.

Quedaron solos los Reyes Católicos y el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

(1) Espia.

—Ved ahí, le dijo la reina sonriendo, Gonzalo, como se os presenta una buena ocasion para salir airoso de la noble porfia que ya ha dado tres timbres á nuestra conquista: el robo de esa buñolera, capitán, de en medio de esa terrible ciudad, es asunto bastante para hacer escribir, si viviera, sendas trobas al buen Juan de Mena, cancionero de nuestro abuelo don Juan el segundo.

—O para inspirar algunas endechas, observó con cierta acritud Fernando quinto, al trisísimo Jorge Manrique.

—Pues si faltan los Menas y los Manriques, señora, contestó Fernandez de Córdoba cuyo semblante se iluminó con el entusiasmo de los valientes, no ha de faltar mañana á estas horas la buñolera, en las tiendas de vuestra alteza.

Desapareció la sonrisa en el rostro de la reina, y sus mejillas ya pálidas acrecieron en palidez.

—No, no lo hemos dicho por tanto, capitán, dijo con interés á Gonzalo: entrar, solo y sin mas compañía que el valor en Granada, es buscar una muerte cierta: Nos, os prohibimos capitán, que tal hagais.

—Tragera yo la sultana á vuestra alteza, que no esa villana; y si así os placiera, hasta el mismo Abu-Abdallah el Chico de entre los guardas de su alcázar.

—Sí, sí, dijo el rey con cierta amargura, de valientes es acometer imposibles; id, capitán Gonzalo, id; que yendo con vos vuestra espada, seguro llevais bastante, aunque tuviérais que bajar cual otro Orfeo á los infiernos.

Calló el rey, y la reina guardó silencio.

Gonzalo Fernandez de Córdoba les saludó con gran mesura, y salió de la tienda meditando y llegó á paso lento á la no distante de Hernan Perez del Pulgar.

El buen Alcaide del Salar se hallaba á caza de moros en la vega, y en la tienda solitaria, solo se veia al morisco Pedro, sentado sobre sus rodillas y asaz pensativo y cabizbajo.

Alzó la frente al sentir pasos en la puerta de la tienda, y reconociendo á Gonzalo Fernandez, se puso en pié de un salto y le saludó con respeto.

Despejóse el rostro del capitan al ver al morisco, porque nacido Pedro en Granada, podia servirle de mucho para llegar al colmo de su empresa, que no era otra, que robar, al dia siguiente, de la ciudad á Haxima, á pesar de cuantos moros se le pusiesen al paso.

Sentose sobre el lecho de Pulgar, y preguntó al escudero por las calles y revueltas que debia pasar, una vez dentro de la puerta de Elvira, para llegar hasta la buñoleria.

Una lágrima arrasó los ojos del morisco; Gonzalo Fernandez, sin saberlo, habia tocado al seno mas recóndito de su corazon, porque Pedro de Pulgar, cautivo de Hernan Perez, era aquel mismo Aben-Hamut que no habia vuelto á Granada despues de la rota del Zenete, y por cuya memoria Haxima se mostraba tan desdeñosa con sus nuevos adoradores.

Contestó el morisco á las preguntas de Gonzalo, contole su historia, triste como la de todos los enamorados ausentes, y alentado por la gran fama del caudillo, y por la buena ventura de la hazaña del *Ave Maria*, cuando entró con Pulgar hasta la mezquita,

le demandó por merced le permitiese acompañarle.

—Solo he de ir, contestó el de Córdoba; pero aun así confío, en que mañana antes que el sol medie, habrás visto á la mora en los reales.

Una palabra empeñada por Gonzalo de Córdoba, era lo mas valedero que se conocia en aquellos tiempos, y el moro saltó de alegría, teniendo ya por seguro el abrazar al dia siguiente á la hermosa buñodera.

—Pero para ello, continuó el capitan, preciso será que me procures un arnés y una vestimenta, tales, que pueda yo pasar por moro entre esos perros, que tienen olfato bastante para ir sobre el rastro de un cristiano.

Prometióselo Pedro, salió el de Córdoba de la tienda, y quedó el morisco imaginando como proveer al que habia de dar dichoso fin á sus amores, de lo necesario para el caso, y acordóse de las armaduras, caballos y capellares morunos, que habian traído de Granada los que fueron en el desagravio de la sultana.

Y tal maña se dió, que al dia siguiente por la mañana, antes que el sol se mostrase, llevando del diestro un caballo árabe encubertado y cargado con arnés y vestidura, y una larga pica de dos hierros con pendoncillo rojo, se hizo anunciar por los escuderos del poderoso alcaide de la villa y fuerza de Illora, Gonzalo Fernandez de Córdoba, en su tienda de capitan de caballos.

Y de allí á poco que entró el morisco, el de Córdoba salió disfrazado, tal, que nadie le hubiera tenido por cristiano sino por moro de Berbería, y cabalgó

en el caballo, tomó la pica, salió del real y se alejó la vega adelante, llevándose consigo el alma de Pedro de Pulgar.

Picó al corcel Gonzalo de Córdoba, y llegó á la puerta de Elvira y pasó de ella sin que la guarda lo tuviese por otro que por un caballero granadino.

Cuando el valiente español se vió dentro de la ciudad, acometiéronle deseos de subir á la Alhambra, alborotar el alcázar y tomar posesion de él, como lo habia tomado de la mezquita Hernan Perez del Pulgar.

Abandonó, empero, suspirando este pensamiento, cuya magnitud le hacia imposible de realizar, y siguió la calle adelante y llegó á la buñolería.

Su puerta no presentaba el aspecto que el dia anterior, ni habia valla, ni almoravides, ni tumulto; solo se veian en la pared vestigios de disparos de arcabuces, y sobre las piedras de la calles rastros de mal lavada sangre.

Mas allá, tras la puerta, en el interior, Haxima, con los hermosos brazos desnudos, se apoyaba pensativa y triste sobre el cancel de otra puerta que daba entrada á un alegre patio, donde se veian multitud de moros sentados á las mesas y ante escudillas llenas de buñuelos.

Un hombre, en el cual reconoció Gonzalo al espía del dia anterior, se ocupaba en el despacho, y otros dos que eran los almogavares causadores del motin, sentados uno frente al otro en los opuestos costados de la parte de la tienda anterior al patio, miraban á la mora que al parecer no reparaba en ellos.

Pero al alzar los ojos una vez, encontró los de

Gonzalo, que á caballo aun delante de la buñolera, fijaba en ella su atrevida y valiente mirada.

La mora se ruborizó, y el de Córdoba echó pié á tierra, ató su corcel por las riendas á la aldaba de la puerta, y entró yéndose en derechura á la jóven.

—Así, Dios te salve, hermosa, le dijo en arábigo aljamiado; ¿eres tú Haxima la buñolera?

La niña, cuya edad llegaria apenas á los diez y seis años, levantó su tersa frente, y en voz tímida por el respeto que le causaba el grave y noble semblante del castellano y sus relumbrantes galas que le mostraban tal como un príncipe, contestó:

—Yo soy caballero.

—Pues á tí es á quien busco, repuso el de Córdoba.

Aplicaron el oído los soldados almogavares, pinto se la estrañeza en el semblante de Haxima, y Gonzalo continuó.

Esta noche se casa en el Fargue (1) el moro Aben-Hamut, que hasta ahora ha estado cautivo entre cristianos desde la batalla del Zenete, y yo que soy su wali, he aprovechado la ocasion en que venia á visitar al rey, para llevarte á que hagas buñuelos en la boda.

Ni una palabra de esta plática perdieron los almogavares, ni les pasó por alto el encendido color y la sombría palidez, que alternativamente se mostraron en el semblante de Haxima al escuchar el nombre de Aben-Hamut, y al saber que se casaba con otra que

(1) Lugar cerca de Granada sobre el camino de Guadix.

no era ella; ella, en cuyo semblante campeaba la tristeza, y de cuyos ojos corrían las lágrimas, desde el malaventurado día en que el moro había partido de Granada para ser hecho cautivo por el cristiano.

Y como nada hay mas audaz que la mujer, cuando es herida en su amor ó en su orgullo, entró adentro, tomó un albornoz y un velo, envolvióse en él, y dijo á Gonzalo:

—Ahora mismo, señor.

Bien comprendió el de Córdoba lo que importa la diligencia en empresas aventuradas, y sin agnardar á mas, asió de la mora, la colocó en el arzon delantero de su caballo, y saltó en él, á tiempo que el moro espía apareció en la puerta del patio con las manos llenas de escudillas vacias, y reconoció en el hombre que robaba á su sobrina, el famoso capitán de caballos del real de los cristianos.

Y á tiempo que el caudillo arrimaba los acicates á su corcel y partía, el moro arrojó las escudillas, corrió á la calle y gritó con el rostro descompuesto:

—¡A las armas! ¡los cristianos están en Granada! ¡atajadle! ¡es Gonzalo Fernandez de Córdoba!

A aquel nombre tan conocido, los almogavares y algunos ginetes que bajaban del Albaicin, precedidos del tio de Haxima, se lanzaron tras Gonzalo Fernandez, que, al sentir el alboroto, pesaroso de que le viesen huir los moros, volvió riendas, y con la lanza baja, conteniendo al propio tiempo á la mora, que al escuchar aquella voces pugnaba por arrojarle del caballo, embistió á los que le seguian.

Su nombre solo los puso en fuga; le acosaban, y se alejaron temerosos que llegase á su alcance aquella

terrible lanza, que por cada bote contaba un enemigo muerto.

El de Córdoba, siguió otra vez su camino; pero la alarma habia cundido; agolpábanse á su paso ginetes y peones, al fin su lanza se ensangrentó.

Su generoso corcel, atropellaba á las turbas que crecian alrédedor; heria su lanza en ellas, Haxima gritaba aterrada, y apenas bastaba la adarga del castellano á defenderla de las piedras que llovian sobre ella.

Al fin logró acorrallar á algunos contra la cerrada puerta de Elvira, y el miedo de éstos le salvó; no encontrando salida, tomada la estrecha calle por la larga espada de Gonzalo Fernandez, que habia arrojado la lanza por inútil; aterrados por sus fuertes mandobles, abrieron la puerta y escaparon, haciendo plaza al gallardo campeón, que aguijó su caballo, y á poco trecho llegó á las primeras guardas de atalayas cristianas, situadas á dos tiros de arcabuz de la ciudad.

Haxima estaba desmayada; cuando tornó en sí, se encontró entre los brazos de Pedro de Pulgar, que habia salido á esperar á Gonzalo Fernandez de Córdoba, y lo comprendió todo; se arrojó á los piés de su robador, y ya mas contenta sobre el arzon del caballo del morisco, siguió á Gonzalo Fernandez, que la condujo á la tienda de la reina.

El alcaide de Illora, el que debia mas tarde dar á la corona de España el reino de Nápoles, el *Gran Capitan*, habia dejado tambien consignado su nombre en las tradiciones de la conquista.

Máxima se cristianó, sirviéndole de madrina la reina, de quien recibió el nombre de Isabel, y casó con su llorado Aben-Hamut, á quien despues de la conquista donaron la buñolería de la calle de Elvira, que pasó á sus descendientes, produciendo esquisitos buñuelos por espacio de mas de dos siglos (1).

(1) Esta buñolería existía aun en nuestros tiempos sin interrupcion desde la conquista, en la misma casa que hoy es hojalateria, y forma ángulo con un despacho de bebidas y licores, frente al Pilar del Toro y á la calle de la Calderería.

EL PADRE PIQUIÑOTE.

Episodio de la rebelion de los Moriscos de Granada.

POR

D. Luis de Montes.

A mi amigo el Sr. D. José de Castro y Orozco.

Hacia algunos años que la ciudad de Granada se habia rendido á las poderosas armas de los reyes D. Fernando y D.^a Isabel: unos de los principales artículos de las capitulaciones para la entrega, acordadas por parte de los cristianos por Hernan Perez del Pulgar, Gonzalo Fernandez de Córdoba, el conde de Tendilla y Hernando de Zafra; y por parte del monarca por los alfaquies Chorrud y el Pequeni, y el alcaide Muley, era la tolerancia del culto mahometano á los moros que no quisiesen convertirse, y el libre uso de su lengua, trajes y costumbres, sin que

pudiesen ser incomodados nunca por los vencedores. Sin embargo, el celo religioso de estos, y particularmente de los prelados que consideraban de un valor inmenso la conversion á la fé católica de aquellos infieles, les hizo adoptar al principio medios de persuasion y blandura, con los que lograron atraer á no pocos de ellos que abjuraron su creencia, y adoptaron el traje y habla de los castellanos: otros, ó mas tercios en la suya, ó mas fanáticos, ya fuesen sostenidos en su negativa por un odio político al ver dueños de su preciada ciudad á estranjeros aborrecidos, ya por los consejos y amonestaciones de sus alfaquies que habian perdido la consideracion que disfrutaban por la introduccion del nuevo culto, se negaron abiertamente á adoptarlo, sin que bastasen para conseguirlo las dulcissimas persuasiones de Fray Hernando de Talavera su primer arzobispo, ni las de tanto varon piadoso como tenia entonces Granada.

Pero á estos hombres llenos de mansedumbre y de caridad cristiana que estaban convencidos de que solo por la persuasion podrian conseguir su difícil obra, sucedieron otros no menos celosos de la propagacion de la fé católica; pero que creian que para conseguir la conversion de los moriscos se debian emplear medidas enérgicas y severas. Uno de ellos fué el Cardenal Francisco Gimenez de Cisneros, cuya alma de hierro mal podia avenirse á medidas contemplativas cuando estaba acostumbrado á que todo cediese á su inflexible voluntad: así que, aconsejó á los reyes que modificasen en algun tanto los privilegios concedidos á los moros, que trajesen la Inquisicion que estaba en Jaen, y que adoptasen otras medidas con lo que solo

lograron exasperar los ánimos de los turbulentos, rehacios y pertinaces, y dar ocasion á alborotos parciales en el Albaicin que fueron sosegados por la prudencia y valor del conde de Tendilla D. Iñigo Lopez de Mendoza, alcaide de la Alhambra.

Pasóse así algun tiempo, y poco á poco fueron cerceñándose los privilegios hasta el punto de irritar los ánimos de los mas apáticos é indiferentes: viéronse dominados por tantos señores como vecinos, sobrecargados de tributos é impuestos, privados del derecho de asilo en los templos, obligados á hablar la lengua castellana, á no vestir sus antiguos trajes, á no reunirse á bailar sus danzas, á llevar sus mujeres el rostro descubierto, y, finalmente, á tener abiertas sus casas para ser examinadas á cualquiera hora del dia por el mas insignificante de sus conquistadores. Tamaño olvido de la fé de las capitulaciones, semejantes ultrajes á un pueblo que llevaba con impaciencia el yugo, produjeron revueltas y desasosiegos que no estimaron los gobernantes en lo que en si valian, y que dieron ocasion á mayores disturbios, y últimamente á una rebelion que necesitó para sosegarse todas las fuerzas de Castilla, la cooperacion de los mas esclarecidos varones en armas y en letras de la nacion, y la espada del ilustre hijo del invencible emperador Carlos 5.^o

No es nuestro ánimo describir ahora las diferentes vicisitudes de esta tenaz lucha: solo si hemos querido dar una ligerisima pincelada de la situacion religioso-política de la ciudad en los primeros treinta años del siglo 16, para mas claridad de los sucesos que vamos á referir.

lograron exasperar los ánimos de los turbulentos, re-
-basos y pertinaces, y dar ocasión á alborotos parcia-
-les en el Alhambra que fueron sofocados por la pruden-
-cia y valor del conde de Tendilla D. Inigo Lopez de
-Mendoza, alcaide de la Alhambra.

—Pasóse así algun tiempo, y poco á poco fueron cer-
-ceniéndose los privilegios hasta el punto de irritar los
-ánimos de los mas apáticos é indiferentes: víéronse
-dominados por tantos señores como vecinos, sobre-

Hallábanse una mañana en el salon de Embajadores
del palacio árabe de la Alhambra el Marqués de Mon-
dejar Capitan General de Granada, D. Pedro Deza
Presidente de la Chancillería, el licenciado D. Her-
nando de Montoya Inquisidor mayor, y otros caballe-
ros de los mas ilustres de la poblacion hablando de
los temores que habia de que los moriscos se le-
vantasen.

—Estoy convencido, señores, decia el Marques,
de que los desaciertos del gobierno han traído á este
estado los asuntos de la ciudad: si en vez de las me-
didas de rigor se hubieran empleado las de persua-
sion, estarían reducidas á estas horas las conciencias
de estos naturales, así como se han reducido sus
personas.

—Os equivocais, Marqués, replicó D. Pedro Deza:
tengamos contemplaciones con estos perros infieles, y
subiránsenos á las barbas, y exigirán hoy la anula-
cion de los últimos decretos, mañana la participacion
de los destinos públicos, y luego que se hallen fuer-
tes tratarán de declararse independientes. No: el rigor
con estos descreídos, y aun la muerte para los mas
turbulentos.

—Además, añadió el licenciado Montoya: ¿Cómo hemos de permitir el escándalo de sus obscenas zambras y de sus supersticiosos ritos? ó abrazan la religión católica, ó perecerán en los tormentos del santo tribunal.

—Paso, señores, interrumpió Mondejar: creo que sería mas prudente no exasperar los ánimos, y procurar atraerse la amistad de sus principales caudillos para tener en ella una garantía de la tranquilidad pública: ¿qué se ha conseguido con vuestro decantado rigor? que se han desviado de nuestra causa aquellos convertidos en quienes podíamos apoyarnos por la influencia que sobre el pueblo ejercen, y ahora son nuestros mas irreconciliables enemigos.

—Pues yo juro, exclamó Deza, que el traidor que coja con las armas en la mano ó promoviendo la sedición, será juzgado con el rigor de las leyes sin que baste á detenerme consideracion de ninguna especie.

—No seré yo el que me oponga á determinacion tan justa, replicó Mondejar: pero siempre es mas prudente prevenir los delitos que tener que castigarlos. Todos nosotros estamos obligados á mantener el orden y la obediencia á las leyes: contribuyamos todos á conservarlos sin tener que derramar sangre...

—Señor, señor, interrumpió precipitándose en el salon un escudero del Marqués, ajitado y tembloroso: las Alpujarras se han levantado: en Cádiar se han reunido los jeques de las Tabas (1) circunvecinas, y han alzado por Rey á D. Fernando de Valor, veinti-

(1) Voz árabe que equivale á distrito, ó demarcacion.

cuatro que ha sido de esta ciudad, bajo el nombre de Aben-Humeya, y la primera señal de sus hostilidades ha sido el degüello de los cuarenta soldados de caballería que con el capitan Herrera estaban en aquella villa; uno de ellos que pudo escapar de la malanza, acaba de referirlo en la plaza de los aljibes.

—Vive Dios que esto es ya demasiado! prorrumpió el Marqués: se han atrevido a levantar el estandarte de la rebelion! pues bien: ya humillaremos su arrongancia: que se prevengan mis tropas: vos Don Pedro, vijilad con vuestros alguaciles la ciudad; vos Sr. Inquisidor, tendreis a vuestra disposicion mis alabarderos para mantener sosegado el Albaicin, y al temerario que quiera secundar el movimiento de la sierra, muerte y esterminio.

Y diciendo así, salió de la Alhambra para disponer su marcha contra los rebeldes.

II.

Poco tiempo antes de estos acontecimientos se habia visto en las calles de Granada un sugeto que al par que despertaba una vivisima curiosidad, inspiraba un profundo respeto: al verle atravesar por las plazas con reposado continente, alto, delgado, macilento, con los ojos inclinados ordinariamente hácia el

suelo, pero que cuando los alzaba despedian un brillo sobrenatural; con una frente ancha, despejada, surcada de ligerisimas arrugas; con una nariz aguileña sombreando una boca breve que descubria dos hileras de blanquissimos dientes, con una barba negra que bajaba en confuso remolino hasta el pecho; vestido con un saco de jerga en cuya abertura superior tenia una capucha de la misma tela; ceñido con una cuerda de esparto, y con un báculo en la mano, se le tenia por uno de aquellos piadosos anacoretas que habian abandonado el desierto para emplearse en la conversion de los infieles: sin embargo, cuando aquellos ojos se fijaban en un objeto, cuando aquella boca se contraia, cuando aquellas arrugas se amontonaban sobre su entrecejo, se conocia que ni los ayunos ni los cilicios habian podido domar de un todo á la rebelde carne, que aquella frente mas á propósito era para concebir planes de batallas que pensamientos de abnegacion y de humildad, y que aquel brazo estaba mas acostumbrado á manejar la espada que á arrastrar un báculo. ¿Quién era? Se ignoraba: solo se sabia que vivia en una cueva en lo interior del barranco de Peña-quebrada en la subida del Sacromonte, que pedia limosna para repartirla despues entre los infelices, que se ejercitaba en la oracion, y que no habia desgraciado, ya fuese cristiano ó morisco, á cuyo socorro no acudiese, ni calamidad que no procurase aliviar con sus consuelos; de modo que el *Padre Piquinote*, nombre con el que se le conocia, era casi un objeto de culto para aquellos naturales sencillos y supersticiosos: habia ocasiones en que se ausentaba de Granada y al cabo de cierto tiempo se le veia re-

gresar con abundantes limosnas que repartía entre todos los pobres del Albaicín. Acababa de llegar de su última expedición que le había detenido más de dos semanas, y se advirtió que no traía tantas limosnas como acostumbraba, y que estas las repartía con preferencia entre los castellanos, contentándose con decir á los moriscos que se le acercaban: «*Dios socorrerá la mayor necesidad:*» con todo, al tiempo de despedirlos se inclinaba y les añadía: «*el que tenga sed que acuda esta noche al Aljibe de la Lluvia.*»

III.

Era una oscurísima noche de diciembre: una espesa niebla cubría la cima del cerro de Santa Elena que domina á la ciudad, la que desgarrándose al impulso de una violenta hocanada de aire dejaba ver en las ruinas de un antiguo castillo, inmediato al estenso aljibe de la lluvia, una multitud de personas agrupadas en confuso montón: todas las avenidas del cerro se hallaban cubiertas de bultos que se aproximaban con rapidez al castillo, los que al acercarse á la entrada pronunciaban una palabra y penetraban en él. En una de las alas del desmantelado edificio había un salón que en este momento presentaba un imponente espectáculo: hallábanse reunidos allí como un

par de centenares de hombres conversando en voz baja y produciendo un murmullo suficiente á confundir todos los diálogos: en las hendiduras de las paredes ardian varias teas arrojando á desiguales intervalos una luz turbia y amarillenta al par que una nube de espeso humo dando un color fantástico á los arabescos y estrellas del techo, por donde se precipitaban de vez en cuando violentas columnas de aire que sacudiendo las teas, avivaban por un momento su sinistra llama, y se estrellaban en los ángulos de la cuadra produciendo un mugido sordo y aterrador.

—Amigos; gritó una voz que dominó el ruido de todas las conversaciones y el del viento: amigos, ha llegado el dia de la venganza. Basta ya de vergonzoso silencio, basta ya de sufrimientos: tiempo es ya de romper las cadenas que nos han puesto y de arrojarlas á nuestros opresores: bastantes dias de opresion y de vergüenza han pesado sobre esta nacion infortunada. Qué humillaciones no nos han hecho sentir? Nos han obligado á abjurar de nuestra creencia, nos han prohibido nuestra lengua, nuestras zambras, nuestros trajes, nuestras ceremonias, nos han arrebatado nuestros hijos, nuestros bienes, nuestros esclavos; ¿y podremos vivir así por mas tiempo? Nó. Todos los verdaderos creyentes han vuelto los ojos á Dios, y este les ha marcado la senda de salvacion. Muerte y esterminio á nuestros tiranos!

—Muerte! gritron todos.

—Todo contribuye á presagiar un triunfo seguro: las tabas de las Alpujarras y del rio de Almanzora se han declarado ya; contamos con los auxilios de Ochali, rey de Argel, y con 45,000 hombres de pelea se-

gun el último cómputo: (1) además, nuestros enemigos tienen mucho á que atender en estos momentos: las disensiones en Flandes, las guerras con Francia, las desavenencias con Inglaterra, los proyectos sobre Portugal, todo les ocupa en términos, que tienen separada la vista de estos reinos: esta es la ocasion oportuna: alcémonos, y que la rapidez sea la prenda segura de la victoria.

—Si; interrumpió uno de los circunstantes; pero ¿quién nos guiará al triunfo? quién abrazará nuestros intereses de modo que se sacrifique, si es preciso, por sostenerlos? quién nos mandará?

—Descuidad, interrumpió el que primero habia hablado: tenemos por jefe á un esclarecido guerrero á quien han reconocido por tal las tahas reunidas en Cádiar. El ilustre descendiente de la sangre del Profeta, el esclarecido hijo de los escelsos Aben-Humeyas, el que era conocido entre los infelices por D. Fernando de Valor ha sido alzado por rey. Yo mismo, amigos, yo mismo he presenciado su exaltacion. Hallabanse reunidos los jefes de todas las tahas; Aben-Farax de Granada, el Zagüer de Valor, el Corcuz de Dahas, el Partal de Narila, el Sorri de Andarax, lo mas ilustre

(1) Solicitaron los moros establecer un hospital de leprosos en el barrio de San Lazaro de Granada, y bajo el pretesto de atender á los gastos de su construcción, salieron varios comisionados por todo el reino para hacer el alistamiento de los hombres de guerra con que podian contar: cada familia morisca daba una moneda por cada soldado que ofrecia, y así reunieron 45,000 monedas. — Gines-Perez de Hita! — Guerras civiles de Granada.

en fin de la nacion mora; vistiéronle de púrpura, ciñeronle una faja, tendieron cuatro banderas hácia las cuatro partes del mundo, colocaron en su cabeza una corona, (1) y levantándolo en alto, lo proclamó Aben-Farax. Yo, su delegado en esta ciudad, lo proclamo á mi vez entre vosotros — y sacando una bandera y tremolándola, exclamó—Dios ensalce á Mahomet-Aben-Humeya, rey de Granada y Córdoba! Viva Aben-Humeya!

—Viva! exclamaron todos los circunstantes.

—Ahora, escuchadme: mañana á la noche en cuanto sean las doce, alzamos el grito de insurreccion: Muley con 100 hombres caerá sobre las tropas de Chancilleria, y así que las haya degollado, incendiará aquel edificio: Aben-Habiz con otros 100 levantará el Albaicin: Ismail con 300 se derramará por la ciudad y atacará los puestos de los castellanos; yo, con el grueso de los nuestros, acometeré la Alhambra, y así que háyamos muerto á Mondejar, al presidente Deza y al Inquisidor, así que háyamos sometido á la ciudad, entonces plantáremos el estandarte del profeta en la torre de la Vela, y cuando el sol aparezca por el horizonte alumbrará la señal de nuestro triunfo y la derrota de nuestros enemigos.

—Y quién eres tú, exclamó uno de los que estaban á mas larga distancia del que hablaba, tú que presagias el triunfo? Tú que nos escitas á la venganza? Qué garantia nos ofreces?

(1) La corona que ciñeron á las sieues de Aben-Humeya era de plata sobredorada, y la habian quitado á una imagen de Ntra. Sra. — id. id.

—Quién soy? respondió; y acercándose á una de las teas, la empuñó con una mano interin con la otra separaba el albornoz con que habia tenido cubierta la cabeza; y enseñando unos ojos que despedían llamas, y una frente severa y altanera: miradme, prosiguió, me conocéis?

—El Padre Piquiñote! exclamaron todos.

—El Padre Piquiñote no: Mahomad Ben-Agib, Alguacil mayor del reino, y Gobernador de Granada.

IV.

—Señor! señor! (gritaba un morisco convertido en medio de la plaza de los aljibes, la mañana siguiente á la noche en que acaecieron los sucesos que acabamos de referir, pugnando por acercarse al Márques de Mondejar que se iba á poner al frente de las tropas que salían para las Alpujarras), señor! un momento de audiencia: escuchadme á solas unos breves momentos pues pende en ello la salvacion de la ciudad y la vuestra.

—Qué me quereis? le preguntó el Márques, que habia mandado hacer alto á sus tropas, luego que lo introdujo en el palacio.

—Esta noche á las doce estalla una horrosa cons-

piracion en la ciudad; los moros de acuerdo con los de la Alpujarra se van á levantar, y sus planes atacar simultaneamente la Alhambra, la Chancilleria y el Albaicin; incendiar aquellos y degollar á todos los cristianos; vos, el Presidente y el Inquisidor sois las principales victimas que tienen señaladas. Salvaos. — Y qué os ha impulsado á hacerme esta revelacion? — El que os debo la vida, señor; y lo que soy un verdadero católico á quien no han podido seducir ni los ruegos ni las amenazas de los revoltosos. — Bien está; dijo Mondejar, y entregando el moro á uno de sus escuderos para que lo tuviera á buen recaudo, salió otra vez á la calle, y montando á caballo se dirigió con sus soldados por la puerta de Biblacha con direccion á la Sierra. No se le ocultaban al Márques la delicada situacion en que se hallaba; ni el riesgo en que estaba la ciudad de convertirse en una horrorosa carniceria; pero guiado por la mas exquisita y previsora prudencia, no manifestó la menor alteracion en sus disposiciones que habia adoptado para no llamar la atencion de los revoltosos, y salió como hemos visto al frente de sus tropas; mas no bien habia llegado á la fortaleza de Alhendin, cuando mandando hacer alto, espitió un pregon con instrucciones para el Presidente previniéndole que en quanto anocheciera volverian á entrar en la ciudad. Nunca habia presentado Granada un aspecto mas engañoso; los moriscos habian concurrido en número muy crecido á las iglesias á oír el sermón, manifestando el mayor celo en las prácticas de una religion

que detestaban; al propio tiempo que los castellanos, prevenidos ya por el mensaje del Márques, afectaban la mas completa ignorancia de los sucesos que se preparaban, entreteniéndose en tirar á la ballesta y en otros juegos militares para adormecer la desconfianza de aquellos: todos procuraban engañarse, y con igual impaciencia aguardaban la llegada de la noche que habia de ser fatal para uno de los dos bandos. Adelantose por fin, y oviose acercarse á sus cuarteles á los castellanos; dal parique dos moriscos se retiraban á sus casas preparándose para la sangrienta pelea que se iba á trabar en breves horas. Pero, ¿cuál fué el asombro de los moros al ver iluminarse súbitamente la ciudad con las hogueras y luminarias que se encendieron en todas las plazas y calles, y éntramál Marqués de Mondejar al soníto de dos atambores y trompétas labi frente de sus leucids, destacarlos por todas ellas, y ver que se iban apoderando de los principales conjurados. Conocieron que estaban descubiertos, y no atreviéndose á tentar un movimiento contra las aperecidas tropas, escondiéronse llenos de temor dentro de sus casas, y abandonaron á los que por su mala suerte se habian hecho los jefes de la insurreccion. El Padre Piquiñote fué sorprendido dentro de su cueva y arrastrado á las cárceles de la Inquisicion, sin que le valiera la desesperada defensa que hizo: los demas jeques fueron tambien presos y sepultados en los mismos calabozos, y por la mañana, cuando los ilusos moriscos creian ver ondear en la torre de la Melan el pendon de su profeta, vieron con asombro la cabeza del Padre Piquiñote, ó sea de Mahomad-Ben-Hagib, Alguacil mayor del reino y Gobernador de

Granada como él se llamaba, clavada en una escarpia en las orillas del Genil, así como las de los principales fautores de la rebelion. (1)

—Y ahora que estan castigados los traidores, marchemos á sostener á los de la Alpujarra; dijo el Marqués despidiéndose de Deza y del inquisidor mayor, y desapareciendo por el camino de Gúejar envuelto en una nube de negro polvo.



(1) El ajusticiamiento del padre Piquiñote fué el primero que se verificó en Granada despues de la conquista.—Paseos por Granada del padre Echeverria.

Hasta fines del siglo pasado permaneció clavada la cabeza de Piquiñote en la escarpia á las inmediaciones del rio.

CRISTOBAL COLON

en Granada.

POR

D. Luis de Montes.



I.

Iluminaba apenas el crepúsculo de la mañana la alta cima de Sierra Nevada el día 2 de Enero del año de 1492, cuando resonó un estrepitoso ruido de atambores, pifanos y trompetas en el campo cristiano que tenia puesto cerco á la ciudad de Granada, único punto que ocupaban á la sazón los Moros arrojados sucesivamente de sus ciudades y villas durante la lucha que por ocho siglos sostuvieron con los reyes de Castilla y de León.

Diez años habia que Fernando V. de Aragon y su esposa Isabel de Castilla habian cercado á la ciudad

musulmana, y despues de mil acontecimientos de los que no nos ocuparemos ahora, quedó concertado entre su monarca Abo-Abdheli llamado vulgarmente el Zogoibi (ó el desventurado) y los poderosos reyes castellanos, que se les haria la entrega de la hermosa ciudad, y de sus fuertes el dia 2 de enero de 1492. Al fin iba á desplegarse el estandarte de la fé sobre los muros en que habia ondeado el del islamismo, y se concluia la encarnizada guerra que tantas vidas habia costado á los dos pueblos.

Ya se iban formando los tercios de peones al mando de D. Juan Ponce de Leon, ya se adelantaban los mosqueteros conducidos por D. Juan Hurtado de Mendoza, marques de Mondejar, ya avanzaba la caballería á la órdenes del maestre de Calatrava, quando aparecieron los reyes católicos á la puerta de su tienda en la ciudad de Santa Fé. Llevaba el rey Don Fernando una armadura completa de hierro colado, con filetes y adornos de purísimo oro; su casco con la visera alzada sobre el que se ajitaba una pluma blanca; cubria una hermosa cabeza, de facciones expresivas, ojos penetrantes, nariz aguileña, y boca desdenosa: su esposa Doña Isabel, cuya deliciosa figura, arrebatava por su belleza y por la dulzura de sus miradas, llevaba un traje de seda con castillos bordados de oro, una pequeña coraza de plata con arabescos de oro, un casco de terciopelo con plumas, y una javelina en la mano: estaban rodeados de la flor del ejército; del alcaide de los donceles, del Marqués de Caliz; el conde de Cabra, de Hernan Perez del Pulgar, de Fernandez de Córdoba, de Lara, de Hernando de Talavera, confesor de la Reina, de Toledo pri-

comandado de España, de Quintanilla, tesorero de la corona de Castilla, y de multitud de ilustres y esforzados capitanes, y ricos-hombres que habian asistido á esta arriesgada cruzada con sus lanzas y peones. Detras de la Reina brillaban por su hermosura Doña Leonor de Guzman, Doña Blanca de Toledo, Doña Isabel Carbajal, y otras damas célebres por su linaje y apostura. Presentaron los palafreneros un potro cordobés al rey, el que montó de un salto, y la reina se colocó en una blanca hacanea; todos los de la comitiva montaron tambien, y al grito de D. Fernando «*A Granada Caballeros*» se puso en movimiento el dorado escuadron. Dirijieronse hácia la ciudad de las mil torres, y al llegar á la márjen izquierda del rio Genil, se encontraron con el monarca Moro que salia á su encuentro rodeado de su familia y de los principales jefes de sus tribus: Abo-Abdheli se apeó del caballo, é hincando en la rodilla en tierra presentó las llaves de la ciudad al vencedor; mas el politico Fernando bajando tambien de su caballo, le levantó del suelo, y abrazándole afectuosamente le consoló ofreciéndole un territorio en el que pudiese vivir sin echar de menos las comodidades que habia disfrutado: el triste monarca le dió las gracias con una visible conmocion, pero serenándose al punto y volviéndose á sus caballeros «*á Féz*» les dijo y desaparecieron á galope por los llanos de Armilla envueltos en una nube de espeso polvo. Entregó el Rey las llaves al conde de Tendilla y verificó su entrada en la inmensa ciudad por la puerta de *Bi-blacha* ó del Pescado. Una descarga de mosquetería y el ruido de los vi-

vas y algazaras del ejército cristiano, solemnizaron la entrada de los reyes en el palacio Moro: pero cuando apareció el conde de Tendilla en la torre de la Vela tremolando el rojo estandarte de la fé al grito de «*Granada, Granada, Granada por los poderosos reyes de Castilla y de Leon D. Fernando y Doña Isabel*», se vió el majestuoso espectáculo de un ejército endurecido con los trabajos y con los combates, arrodillarse humildemente y escuchar con religioso silencio, aquellas májicas palabras que les aseguraban el dominio de la deliciosa ciudad.

En medio de tanto júbilo, cuando todos los cristianos se apresuraban á entrar en Granada, se vió á lo lejos un hombre mal vestido montado en una mula atravesar la vega con direccion á Pinos, y detras un guerrero de los de la comitiva de la Reina, que habiendo conferenciado un momento con ella, le seguia á todo el escape de su caballo.

II.

Seis años antes de los sucesos que acabamos de referir, habia llegado al convento de franciscanos de Santa Maria de la Rábida distante media legua de Palos de Moguer, un extranjero con un niño á pié, y en la mayor miseria, y habia pedido un poco de pan y

agua con que restaurar sus abatidas fuerzas; era un hombre de unos cincuenta años, alto, robusto, de cara larga, color encendido, mejillas prominentes, nariz aguileña, ojos pardos claros y cabellos blancos, y vestia un traje bien miserable y sencillo. Mientras recibia aquellos débiles socorros pasó por la hospederia el guardian del convento fray Juan Perez de Marchena, á quien chocó su fisonomia y su acento, y al conocer que era extranjero entró en conversacion con él, y supo bastantes particularidades de su vida. Este extranjero era Cristobal Colon acompañado de su hijo Diego.

¿De donde venia?..... Se ignora: pero claramente indicaba su estremada pobreza su modo de viajar.

Marchena era un hombre muy sabio é instruido en todo lo concerniente á la navegacion, y por la conversacion que tuvo con el extranjero, se enteró de la estension de sus proyectos, por los que tomó un vísimo interés.

Veinte años de estudios y de viajes habian revelado á Colon la existencia de otro continente, y en vano habia implorado la jenerosidad de las potencias europeas á fin de que le facilitasen buques y dinero, prometiendo en cambio el descubrimiento de riquísimos paises; pero ni Juan segundo de Portugal, ni Enrique sétimo de Inglaterra, ni Luis once de Francia, ni las repúblicas de Génova y de Venecia, habian dado oido á sus proposiciones considerándolas como sueños ó bien como teorías irrealizables, y el desgraciado Colon rechazado de todas partes, desdeñado, vilipendiado y con una perseverancia que solo dan la

ciencia y la religion, no habia desmayado en sus proyectos y venia á ofrecer á los monarcas españoles un nuevo mundo que añadir á las gloriosas conquistas que cada dia conseguian sobre los infieles.

Convencido el sabio guardian de las teorías de Colón y de la posibilidad de realizarlas, le ofreció recomendarlo á sus amigos de la córte, y en efecto entre otras le dió una carta para Hernando de Talavera, prior del Prado y confesor de la reina, la que le entregó en Córdoba, ciudad en donde estaban los reyes; pero aquel considerando la empresa como descabellada, miró con desden y apenas hizo caso de sus proposiciones. Ademas era imposible en aquellas circunstancias esperar subsidios de los Reyes católicos, pues empeñados como estaban en la guerra con los moros de Granada, y decididos á arrojarlos de esta ciudad única que poseian, dejaron para mejor tiempo el examen de sus proposiciones, y poco á poco fué olvidado. Verdaderamente que debia encontrar poco apoyo un extranjero pobre, mal vestido y con débiles recomendaciones en medio de la fastuosa corte de Fernando; así es que reducido á la mayor miseria tuvo que dedicarse á hacer globos y á delinear mapas para no morir de hambre: pero la nobleza de sus ademanes y el antusiasmo que brillaba en sus inspirados ojos, le proporcionaron varios amigos entre los que se contaban Alonso de Quintanilla, tesorero por la corona de Castilla, Antonio Geraldini nuncio del Papa, y su hermano Alejandro ayo de uno de los hijos de Fernando 5.º, los que le recomendaron eficazmente á D. Pedro Gonzalez de Toledo, Cardenal Arzobispo de Toledo, y primado de España, personaje el mas influ-

yente en la córte, y de quien se decia que era el tercer monarca. D. Pedro cuyo vasto talento comprendió los proyectos de Colon á la primera entrevista, le prometió su apoyo y le presentó en audiencia particular á los Reyes, ante los cuales desenvolvió sus teorías, manifestó el conocimiento que tenia de la existencia de rejiones riquísimas que se proponia descubrir.

Era Fernando demasiado ilustrado para no conocer las inmensas ventajas que resultarían á la monarquía de la certeza y realizacion de los vastos proyectos de Colon; pero comprometido entonces en la guerra con los moros que queria acabar á todo trance, aplazó para otra ocasion el exámen de sus proposiciones y le despidió; mas la reina Isabel llena de un celo ardiente por la propagacion de la fé católica y por el esplendor de la nacion; que habia descubierto en aquel oscuro y pobre extranjero un alma de fuego, y que habia leído en sus brillantes ojos las palabras «*jenio y relijion*» le prometió su amistad y su apoyo, y le obligó con sus dulces y persuasivas palabras á que siguiese la córte hasta que pudiese inclinar á su esposo á que le facilitasen los gastos de la empresa.

En efecto, Colon la siguió por donde quiera que iba, ya á Sevilla, ya á Toledo, ya á Salamanca, ya á la vega de Granada, sin ver llegar el dia en que se realizasen las promesas que le habian hecho; hasta que cansado, aburrido, desesperado, pobre y sin esperanza, se decidió á dejar esta tierra agitada por tantas y tan continuas guerras, y en la que aunque contaba con ilustres amigos, era objeto de burla y de sarcasmo para la plebe, y para la mayor parte de la córte.

En la madrugada del día 2 de enero de 1492 montó en una mula y sin despedirse mas que de su fiel Quintanilla, salió secretamente de Santafé con dirección al convento de la Rábida con objeto de recoger á su hijo Diego que permanecía allí al lado del buen guardian, y marcharse á Francia; á la misma hora en que Fernando é Isabel se aprestaban á hacer su entrada solemne en la ciudad de Granada despues de diez años de cerco.

III

Magnífico aspecto presentaba la hermosa sala de Comares del palacio árabe de Granada pocas noches despues de la ocupacion de la ciudad por los Reyes católicos; hallabase reunido en ella un gran consejo compuesto de cuanto mas célebre habia en España en letras y en armas, presidido por D. Fernando y Doña Isabel, con objeto de discutir detenidamente las proposiciones y teorías de Cristobal Colon, á quien la reina habia mandado un correo para que se presentase en él, el que le alcanzó pasado el fuerte de Moclin.

Magnífica repetimos estaba aquella cuadra enlosada de riquísimos mármoles, cubierta de azulejos formando el mas caprichoso alicantado, bordadas sus pa-

redes de primoroso encaje con fantásticas labores, rodeada de elegantes caracteres cúficos entrelazados con hojas, flores y nescos; apareciendo repetido el mote de «*Solo Dios es vencedor*» en las paredes, en las cenefas, en los arcos de las ventanas, sobre las alacenas, en letras africanas ya de oro, ya de azul, ya de nácar; con aquel techo artesonado de esquisito trabajo con su precioso cupulino, embutido de oro y nácar y maderas de varios colores, formando círculos y coronas y estrellas, reflejando la luz de los suntuosos candelabros colocados en las rinconeras del fantástico salon, como los astros reflejan la luz del sol: y singular contraste presentaba ademas aquella habitación en que aparecia todo el lujo y voluptuosidad de la córte de Abo-Abdheli, con la apostura y trajes de los que la ocupaban en aquella noche; aquellos hombres cubiertos de hierro acostumbrados á las privaciones de la vida del soldado; aquellos prelados y religiosos del ejército con sus severos trajes eclesiásticos, ocupaban mullidos almohadones de damasco carmesí con flecos y borlas de oro y aljófár, y respiraban el suave perfume de las resinas de Arabia quemadas en braserillos de oro filigranado.

Ocupaban el trono los Reyes, y se estendian á los lados los hombres mas eminentes en ciencias, religion y armas: allí estaban los esforzados capitanes que contribuyeron á la conquista con sus inclitas hazañas, los Obispos Toledo, Talavera y Fonseca, los teólogos del ejército, y cuanto mas florido encerraban las córtes de Aragon y de Castilla.

Cuando se presentó Colon conducido por Quintanilla y Santangel se oyó un murmullo que se contu-

vo al momento con una mirada de la reina; en efecto debía chocar á algunos la presencia de un hombre oscuro y vestido pobremente en medio de aquella imponente asamblea, y con la pretension de tamaño descubrimiento: pero sostenido Cristobal por la religion, y por el convencimiento de su teoría, espuso de un modo preciso, claro y terminante las razones en que se apoyaba para creer la existencia de un nuevo continente mas allá del Atlántico.

Grave oposicion sufrió: en vano Colon apuró todas las razones que la ciencia pudo inspirarle, hasta que conociendo que era ya una oposicion calculada la que se le hacia, su carácter ardiente se exaltó, y lanzándose en el mismo terreno que habian adoptado para combatirle, desenvolvió aquellos testos magníficos de la escritura, aquellas misteriosas predicciones de los profetas que en sus momentos de entusiasmo miraba como tipos y simbolos del sublime descubrimiento que proponia. Entonces no era un hombre vulgar, sus inspirados ojos brillaban con la llama de la religion y de la ciencia, su gallarda figura y sus ademanes revelaban su profunda conviccion, de modo que arrastrando á toda la asamblea, la hizo ver la certeza de cuanto esponia.

Solo Fernando vacilaba, y aun se negaba á facilitar los gastos de la empresa, pero la grande Isabel, la sublime y católica reina cuyo entusiasmo habia llegado á su colmo, se levantó y dijo con voz fuerte y decidida: *«si Aragon no acepta esta empresa, yo me obligo á ella por la corona de Castilla; Colon cuenta con mis joyas para sus gastos.»* Mil vivas ardientes resonaron en la inmensa sala, y ya no hubo quien

vacilase. Colon se acercó á la reina y la besó la mano con los ojos bañados en lágrimas de entusiasmo, y al volverse á su sitio exclamó con voz segura, y con el acento de la confianza poniendo la mano en la empuñadura de su espada: «Reina de Castilla, á Dios, juro por mi honor que te han de llamar tambien reina de un nuevo mundo.»

de un modo preciso, claro y sencillo, en que se apoyaba para crear la existencia de un nuevo continente mas allá del Atlántico, en vano Colon pudo oponerle objeciones que la ciencia pudo inspirarle, hasta que se le hacia su carácter ardiente se

IV.

la que conociendo que ya una oposición calca- labada que se le hacia, su carácter ardiente se exaltó, y lanzándose en el mismo terreno que habían adoptado para combatirle, desenvainó aquellos

Ocho meses despues, el dia 3 de agosto de aquel mismo año, Colon se hizo á la vela partiendo de la barra de Saltes en frente de Huelva, montando la caravela *Santa María*, acompañado de Martin Alonso, y de Vicente Yañez Pinzon que mandaban la *Pinta* y la *Niña*: sesenta y nueve dias despues de su salida de España el 12 de Octubre de dicho año, descubrió el Nuevo Mundo, y al par que acrecentó el poderío y riquezas de esta nacion con tan preciosos descubrimientos, se ciño una corona de inmortalidad y rodeó su nombre de una aureola eterna de gloria.

la sublime y católica reina, cuyo entusiasmo había llegado á su colmo, se levantó y dijo con voz fuerte y decidida: «A quien no respeta esta empresa, yo me olvido á ella por la Castilla; Colon cuenta con mis ojos para sus gestos.» Mil vivas ardientes resonaron en la cámara, y ya no hubo quien

ABEN-HUMEYA,

CUENTO MORISCO.

POR

D. Agustín Salido.

Qué linda perspectiva presentaba la espaciosa plaza de la ciudad de Purchena en un día de Setiembre de 1569! Las fachadas de las casas estaban cubiertas de telas de riquísima seda; el empedrado le ocultaba el tomillo, la salvia y la avena; y en el aire resonaban los cánticos mas alegres: en medio habia un pequeño circo enarenado para que los gladiadores ejecutasen sus juegos; y las ventanas y terrados los ocupaban hermosas y engalanadas moras. La ciudad estaba llena de forasteros, venidos á las fiestas de la Alpujarra y rios Dauro, Almería y Boloduy; y por

todas partes un|inmenso gentío impedía á cada momento el tránsito. A un extremo de la plaza mandó *Abenhumeya* levantar su trono; y junto á él se colocaron asientos para los capitanes y caballeros mas allegados. Estas fiestas las dispuso el rey para animar á sus vasallos, y bajo el pretesto de celebrar las bodas de su favorito Almozabar.

Apénas doró el sol los altos picos de Sierra-nevada, cuando se oyeron muchos instrumentos de guerra, como añafles, atabales y dulzainas. «El Rey! el Rey!» gritaban de todas partes; y se vió entrar por una de las bocascalles, un hombre jóven montado sobre un blanquísimo caballo. Era de notar la gala y gallardía que ostentaba *Abenhumeya* entre su pequeña corte: su vestido era de seda color carmesí, recamado de oro y plata; y en su pendoncillo se leía este lema en signos arábigos: *Solo Dios es vencedor*. Asi que llegó al trono, echó pié á tierra, saludó á sus vasallos, y se sentó para presidir las fiestas.

Al son de los alegres instrumentos empezaron á entrar en la plaza una multitud de moras vírgenes vestidas de blanco, entre las cuales descollaba sobre un crecido camello la linda Almanzora, hermosa como las auras de Mayo, y que por última vez se hallaba entre las doncellas. Iba adornada con una marlota de damasco blanco bordada de piedras preciosas, oro y plata, un zaragüel de cambray sutilísimo, y borcegüi de terciopelo blanco ricamente bordado: llevaba el cabello en trenzas y sortijas oculto casi bajo una sutil gasa que se desprendía de sus sienes ceñidas de una corona de flores. En pos de ella, y entre infinidad de jóvenes, iba Almozabar, cuya arrogante figura encan-

ló á todos. Vestía una hermosa marlota y zaragüel de grana con franjas y flecos de oro: en el bonete de seda del mismo color llevaba una pluma blanca y otra roja: ceñía rico alfange; y calzaba un gracioso horcegui azul con vivos de color de fuego. Su caballo negro, suelto y valiente, como nacido en Africa, sentía las puntas de su dorado acicate; y en su pendoncillo se leía este mote:

«Es mas bella mi Almanzora
Que el sol que la tierra dora.»

Llegaron ante el rey: le hicieron acatamiento; y los ojos de fuego del monarca se clavaron en la linda esposa á quien veía por primera vez, y de la que quedó en el momento enamorado. Siguieron aquellos su marcha: Abenhumeya llamó á su esclavo Aldin, el que poniendo una rodilla en tierra recibió una orden de su señor, y desapareció inmediatamente.

Apénas se colocaron todos en sus asientos, cuando se oyó gran ruido de atabales y dulzainas, que precedían al capitan turco Caracacha, que acompañado de 50 de su nacion entraba en la plaza. En medio de ellos venia el bravo capitan con horrible y robusta presencia á disputar el premio de la lucha, que consistia en cien escudos de oro y una corona de hojas de laurel. Iba enteramente desnudo, con un ceñidor de seda color de carne.

Poco tardó en aparecer por otra bocacalle el valiente capitan Maleh, cuyas bellas formas y arrogante presencia admiraban. Venia acompañado de cincuenta bizarros moros con ricos trajes, y armados

de arcabuces, quienes luego que su capitán saludó al rey hicieron una descarga.

Puestos en el circo los dos combatientes, se miraron uno á otro; y despues de hablar un corto espacio, y de haber entrelazado sus manos, empezaron á luchar.

Un cuarto de hora hacia que forcejaban uno y otro sin visible ventaja: los blancos brazos de Maleh estaban teñidos de sangre; y el turco admiraba su fuerza y agilidad. Un poco se resbaló sobre la arena Caracacha; y aprovechándose de este accidente el diestro moro, se lanzó como un rayo sobre él, y le hizo dar en tierra. Una general gritería, y el eco de los atabales, anunció á Maleh que habia ganado el premio.

Otros le siguieron, y otros mil; pero cuando la diversion habia llegado á su colmo, un espía entra en la plaza y dice á grandes voces que la guarnicion de Tijola estaba en grande apuro si no se la mandaba un pronto socorro. Una mirada que dió Abenhumeya á su esclavo Aldin, le anuncio la recompensa.

Al instante se suspendieron las fiestas; y el rey hizo venir á Almozabar, y le habló en estos términos: «Bien sé que te va á ser sensible en tal dia tener que dejar á tu esposa; pero nuestros compañeros de Tijola si no reciben un pronto socorro van á sucumbir á los cristianos. En ti tengo toda mi confianza: la gente que los cerca no puede ser mucha; toma cuatro mil infantes y doscientos ginetes, hazle levantar el sitio, y vuelve victorioso á gozar del triunfo en los brazos de tu amada.» El favorito no titubeó un momento, y se dirigió á Almanzora á decirle la órden del rey. Apenas la oyo esta, copiosas lágrimas corrieron por sus

mejillas; y solo las dulces palabras del esposo, y las reflexiones del favorito, pudieron aplacarlas algun tanto.

A poco ya no sonaban por la ciudad los bélicos instrumentos con el alegre son de la fiesta: de guerra le habia sucedido, y todos los soldados corrian por sus armas.

Miéntras tanto se desnudaba del traje de boda Almozabar, y temblando su triste esposa le aprestaba la acerada armadura. «Y bien, le dijo:» despues de anhelar á tal punto este instante, ¿tienes valor para abandonarme?... ¡Almozabar, ya no te acuerdas de aquel dia en que me declaraste tu amor!»

—¿Y crees que podré olvidarlo nunca?,.... Ah! no me atormentes por piedad: es preciso obedecer las órdenes del rey; pero no dudes que dentro de muy pocos dias habré vencido á los enemigos y vuelto á tus brazos.

—Sí, esponiéndote á mil riesgos; abandonándome; vertiendo tu sangre en el campo de batalla, donde no esté tu Almanzora para recogerla y para lavar tus heridas con sus lágrimas.....

—¿Y piensas acaso que me podrán vencer?... No, esposa mia: aun cuando me vea cercado de cien lanzas, en clavando mi vista en este pendoncillo bordado por tu mano, por tu mano que ahora siente las palpitations de mi corzon, no dudes que caerán á mis pies cuantas cabezas osen mirar la mia.» *Al arma! al arma!* gritaban desde las calles los soldados; y rebotándole de amor el corazon, y de tristeza el alma, montó Almozabar un brioso caballo, y se puso á la

cabeza de los cuatro mil infantes y doscientos ginetes que salian de Purchena con direccion á Tijola.

II.

Ya eran las doce de la noche, y la luna se ocultaba entre transparentes nubes que hacian mas melancólica su luz: el relámpago hacia brillar selvas y rios, un fuerte huracán derrivaba de los árboles las ya marchitas hojas; y de vez en cuando el eco de las aves nocturnas llegaba á los oidos de la triste Almanzora, que sentada sobre ricos almohadones de damasco, lloraba la temprana ausencia de su esposo,

Abiertas las ventanas de su aposento que caian al jardin, se complacia en admirar la naturaleza que estaba tan triste como ella. No se percibia el eco de ningun mortal; y ya era la una cuando oyó dar tres golpes en el postigo, y despues cantar con una muy débil voz esta cancion:

«Si duermes, esposa mia,
despierta pronto por Dios;
que vengo muy mal herido,
y me abandona el valor.
Despierta, Almanzora mia;
Despierta pronto por Dios.»

Cual un relámpago corre al jardin; abre el postigo; y cuatro moros embozados en sus ferreruelos la asen fuertemente, y tomándola en sus brazos corren precipitados.

Poco despues se oyó por el camino de Caniles el ruido de cinco ginetes que á todo escape salian de Purchena, llevando delante uno de ellos á nuestra heroína desmayada.

III.

«¿Dónde estoy?... «preguntaba Almanzora, volviendo de su desmayo, á una esclava que con traidores ojos la miraba desde el pié de su lecho:» ¿dónde estoy?

—No temais señora: esta habitacion pertenece al castillo de Caniles, donde solo vuestras órdenes serán obedecidas.

—Pues bien, yo quiero partir: dejadme que vea á mi esposo; dejadme que le busque.» Y diciendo esto, se arrojó como frenética fuera del lecho. Apenas salió de allí, se presentó á sus ojos un salon donde el gusto asiático ostentaba su magnificencia. En uno de sus estremos se hallaba un hombre de ojos negros, color encendido, recostado sobre almohadones de seda, y en cuya boca se veia rica pipa de oro, de la que sa-

caba un denso humo que al momento se mezclaba con el que esparcian las resinas de los pebeteros. Un instante se detuvo Almanzora al ver este espectáculo; pero conociendo á Abenhumeya, arrojándose á sus pies exclamó: «vos seréis mi libertador: llevadme con mi esposo: decidme donde está.» El rey la hizo levantar, y tomando su convulsiva mano, la sentó junto á sí. Ven, hermosa criatura, la dijo despues de contemplarla un corto rato, ven, reina de las mujeres; toma posesion de este sitio para no dejarle jamas.

—¿Yo?...

—Sí; tú serás la que enjugues mi sudor cuando venga de escaramucear con los del Marqués de Mondéjar; tú la que cuidarás de mis heridas; tú la que dispondrás de la suerte de mis esclavos....

—¡Dios mio! ¡qué es lo que oigo!

—Sí, Almanzora, yo te amo: desde el primer instante en que te vi he olvidado mi rango, mi posicion, todo; solo he buscado un medio para poseerte, y al fin le he podido encontrar.

—Os equivocais, señor: mi corazon no puede amaros nunca. Pero por piedad volvedme á mi esposo. El que mil veces espone su vida por vos, no merece esta recompensa, ni que se le robe la mitad de su alma. Ah! tened piedad de nosotros, que en el momento de ser felices nos hemos visto separados.

—Almanzora, ya no me es posible volveros á vuestro esposo.

—¿Y por qué?..... ¿No sois el soberano?... ¿no teneis obligacion de administrar justicia cuando vues-

tros vasallos os la imploran? Pues bien: yo os pido que me volvais á la casa de mis padres.

—Es imposible: como amante lo repugna mi corazón; como rey lo niega mi labio.

—¿Y os quereis valer de la fuerza para ganar mi amor?

—No, hermosa mía: yo en nada te hare fuerza; pero está á mi lado, sé la diosa de mis ensueños, dispon de mis riquezas, de mis estados, de mi vida.... pero dime que me amas.... No seas cruel. En el castillo en que te encuentras los ojos de sus habitantes estarán fijos en ti para adivinarte los pensamientos; mil esclavas habrá en torno tuyo para servirte; cubrirán tus manteles los manjares mas exquisitos de España y Africa; las piedras que hoy adornan mi turbante, relucirán mañana sobre tu clara frente; y hasta el mismo sol envidiará tu ventura.

—En vano, en vano, Abenhumeya, me pintais con unos colores tan vivos la felicidad: esta solo puedo encontrarla al lado de mi esposo, ya sea en un opulento palacio, ya en una miserable cabaña.

—Con qué no deberé esperar jamas que cedais?

—No, nunca; ántes la muerte.

Adios, «le dijo Abenhumeya; y una sonrisa infernal entreabrió sus amoratados labios.



Es imposible: como V. sabe lo repugna mi cora-
zon, como rey lo niego mi labio.
Y los poderes vuestros de la fuerza para ganar mi

Almozabar llegó á Tijola, y supo que el parte da-
do al rey era falso: por lo que, despues de dar algun
descanso á la tropa, emprendió su vuelta á Purchena.
Ya pueden juzgar los lectores á qué grado llegaría
su desesperacion al saber el rapto de Almanzora.
Pero al otro dia el esclavo Aldin, disfrazado y bajo
el nombre de Osmen, pidió permiso para hablarle.
Entra, y con mil rodeos le manifestó que su esposa
estaba encerrada en el castillo de Caniles, y que, ha-
llándose él allí de guarnicion, por una rara casualidad
lo habia llegado á saber; que varios camaradas esta-
ban en el secreto de abrirles aquella noche las puer-
tas para que huyesen, y que solo esperaba en premio
de este servicio que no lo abandonase nunca, pues
temía la ira del señor que la habia encerrado.

Brotando fuego por los ojos corre el favorito á su
caballeriza, hace alistar tres caballos; y como dos
exhalaciones salen de Purchena el tierno Almozabar y
el disfrazado Aldin.

V.

Ya sería media noche, cuando á pié y con mucho
sigilo se acercaban á los muros del castillo de Caniles

nuestros viajeros. Aldin se adelantó; y habiendo presentado al gefe de guardia una orden del rey, se abrieron las puertas. Antes de entrar Almozabar, alistó sus armas, y Aldin hizo lo mismo. Despues de cruzar los solitarios jardines, patios, y cenadores, llegaron á una habitacion donde pálida, con el cabello tendido, arrojada sobre el suelo, estaba la triste esposa de Almozabar. Este al verla se arroja en sus brazos, y la sorpresa no les permite hablar por largo tiempo. El fingido Osmen rompió el silencio, y les dijo: «señores, infructuoso será todo lo que hasta aquí hemos hecho si en el momento no emprendemos nuestra fuga: si nos llegan á descubrir, somos perdidos.—Huyamos! huyamos!» repitieron los esposos, y salieron precipitados del castillo.

VI.

«Almozabar, ya estaremos lejos de nuestros enemigos; y yo estoy rendida de marchar toda la noche; esperemos aquí el alba.—Como quieras, encanto mio. Y llamando al encubierto Aldin, le hizo tomar los caballos en un pequeño prado. El cansancio, la agitación, y una de aquellas noches calurosas del otoño, traian á nuestros héroes sedientos: por lo que enviaron en busca de agua á Osmen; el cual a poco halló

una fuente, y, sacando del pecho un pomo, le derramó en ella. Al instante fue muy contento hácia los esposos, y les dijo: «Venid, venid, señores; ya he hallado una fuente de agua muy rica.» Corren á ella Almozabar y Almanzora, y beben los desgraciados en abundancia.

El veneno era muy activo. A los cinco minutos las manos de los esposos se entre lazaban con ansiedad para prestarse calor; y el pérfido Aldin corria hácia Purchena en busca del premio prometido.

A los tres dias el vuelo de las aves carnívoras llamó hácia allí la atención de los curiosos, y vieron horrorizados esta cruel catástrofe.

Diéron parte á Abenhumeya, el cual despues de haber dispuesto que fuesen enterrados con grande pompa, prometió trescientas doblas de oro al que le presentase la cabeza del asesino.

IV



«Almozabar, ya estaremos lejos de nuestros amigos; y yo me voy á la cama.»
Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta
BALTASAR MARTINEZ DURAN.

SACRISTAN DEL ALBAICIN.

POR

D. José Gimenez-Serrano.

Cuéntase que á mediados del siglo XVI habia en la parroquia de San Cristobal un sacristan de ingenio agudo, robusto en fuerzas y sobrado en alientos: lo mismo le cuadraba la sotana que el colete de ante, y llevaba el hisopo con tanta desenvoltura como la espada de ganchos: limpiaba los santos y acariciaba á las moriscas, era humilde con los viejos y daba de cuchilladas á los bravos: conforme con su vida no se le importaba un bledo de las murmuraciones de todos. Llegaba una funcion y su iglesia parecia un oratorio de monjas, se daba un rebato y su tizona brillaba la primera; querido de las hijas y murmurado de las madres, maldecido por los moriscos y acechado por sus mugeres, temido de los valientes y protector de

los débiles, su fama se estendia por todo el Albaicin y aun llegaba á la *rondilla* y al *rincon de vagos*.

Profesábale el Cura singular cariño por ser hijo de una su antigua criada y severamente le aconsejaba para que dejase su carrera de perdicion; pero al fin acababa por arrinconar su gravedad oyendo sus chuscadas y bernardinadas. Cerca de la iglesia vivia una morisca de diez y seis años, huérfana y puesta bajo el amparo del párroco que la enseñaba los dogmas cristianos por mandato especial del Arzobispo, y siempre cuidó el buen eclesiástico de que no le acompañase su desenvuelto sacristan. Sin embargo este habia olido la pista y ganándole por la mano se presentó con un fingido pretesto, se deslizó como una serpiente, engañó con socarrona hipocresía á la dueña y tomó posesion del nido de aquella inocente paloma.

Virgen á las primeras impresiones del amor, con sangre africana en sus venas y sola, sin apoyo en el mundo la pobre mora bien pronto no tuvo mas pensamientos, ni mas deseos que los del travieso monaguillo.—Este se compadecia viendola tan pura y tan amorosa y mas de una vez quiso alejarse de sus umbrales; pero tambien la amaba y al fin se decidió a robarla con atrevido empeño. Llegó una tormentosa noche de octubre (y despues de beber colmadamente para tomar valor) vistiendo los colores del soldado, con su daga y su broquel, entró por desusado sitio en la casa y á poco salió acompañado de la jóven que llorando iba aunque siguiendo las pisadas de su amante.

Nada habia previsto el galan, la hora era avanza-

da y no sabia donde ocultarse con la mora: siguió pues á la ventura los primeros callejones y despues de mil vueltas y revueltas, de subir y de bajar se encontraron los fugitivos en la plaza de la mezquita y ó del Salvador. Anchas gotas comenzaban á caer espesas como el grano de las espigas, silvaba el viento y tronaban las nubes. Gemia la jóven y no podia caminar, el sacristan estaba conmovido profundamente. Pasaron frente de la torre de la nueva iglesia y despues de un relámpago que iluminó con rasgos infernales los altos collados del Aceituno y los cipreses de la *rauda* cercana, sonó tan descompásado trueno que vibraron las campanas como heridas de un mazo de hierro. El robador tembló y se acercó á la pared opuesta; pero al mismo tiempo salió de la pared misma una sombra que le llamó. Un sudor frio bañó su frente, el pelo se erizó en su cráneo. La voz siguió llamandole y le agarraron de un brazo diciendo.—¿Dónde vas? Entonces conoció al Cura, se encendió de furor y gritó.—Dejadme.....—No.—Dejadme señor, dejadme.—No. Una puñalada en el corazon fué la respuesta de esta segunda negativa y levantando en sus membrudos brazos á la morisca que se habia desmayado, echó á correr como un gamo herido; bajó la cuesta del Chapiz guiado por el rumor del torrente y llegó á la orilla del rio que bramaba, crecidas sus ondas con la lluvia. Allí habia otras veces un puente de troncos, lo buscó, marchó resueltamente por él, mas perdió tierra al segundo paso y sintió que su cabeza se mareaba, que su cuerpo bajaba precipitado como una piedra despedida y oia que el ruido de las aguas se acercaba á cada mo-

mento.—Virgen Maria! gritó la mora asiéndose del
cuello de su raptor; y un ángel rasgando el viento la
sostuvo con sus brazos y empezó á elevarse al cielo.
El sacristan estático con aquella aparicion se asió de la
orla brillante de la vestidura del celestial mancebo y
se creyó salvo; pero una figura negra que arrojaba
llamas por los ojos y azufrado feter por la boca, le
agarró de los cabellos y le empujó al abismo asen-
tándole una hercúlea puñada en el pecho....
Despertó en este momento el travieso enamorado
y se halló en la puerta de su amada: la aurora salia
por entre pabellones de grana y dos claveles cayeron
á sus pies que era la muestra de amor que recibia de
la mora cuando pasaba á abrir el templo. Se levantó
como asombrado y á pocos pasos se encontró al Cura
sano y salvo que le reprendió por haber pasado fuera
la noche. Preparado el recado oyó la primera misa
nuestro sacristan mas devotamente que nunca, y des-
pues se confesó y despues.... se entró fraile cartujo.
La mora que tambien supo el sueño se bautizó á po-
co con el nombre de María y fué monja en Santa Isa-
bel Ambos amantes se entregaron á Dios y no pen-
saron mas en el mundo; pero hasta hoy queda noticia
de su historia y para escitar los miedos de una vieja
basta preguntarle por *el Sacristan del Albaicin*.



LA PEÑA

DE LOS ENAMORADOS.

POR

D. M. L.

I.

A principios del decimoquinto siglo, el reino de Granada yacia aun sumido bajo el pesado yugo de las armas mahometanas. Los reyes de Castilla, guiados del santo anhelo de propagar la fé del Redentor, y del patriótico celo de espulsar de la Andalucia á los dominadores infieles, que por espacio de siete siglos habian usurpado el suelo granadino. y hecho derramar tanta sangre cristiana; pusieron cerco á Antequera con una lucida hueste, compuesta de numerosos y altivos ginetes, entre los cuales descollaba la escogida juventud y la nobleza castellana, capitaneada por el valeroso infante don Fernando, terror de los moris-



eos. Ayudábanle en tan loable empresa don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, Alvaro de Guzman, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy Lopez Dávalos, don Gomez de Hínestrosa y otros señores y ricos hombres, que fuera difícil enumerar. Al frente de tan bravo ejército juró el infante en manos del obispo no desnudarse de su armadura, ni dejar ociosa su lanza hasta colocar en las altas almenas de Antequera el estandarte de la Cruz: juramento que imitaron, poniendo las manos en sus nobles y fieles pechos, todos los escogidos caballeros reunidos para tan cristiana empresa.

Sabedor el rey de Granada del riesgo que corría aquel formidable castillo, y temeroso de que la indomable saña de los cristianos, tal vez pronto vencedores, dirigiese su invicto poder á las fuertes poblaciones de Archidona y de Loja; envió para socorro de los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes; extraordinario número por cierto, y suficiente para desvaratar á sus contrarios, si estos no fuesen aguerridos castellanos, á quienes el juramento de vencer ó morir por su religion y por su patria no hubiese inflamado sus corazones y robustecido su brazo.

No bien se divisaban descender á las llanuras de Archidona las numerosas huestes de los sarracenos, cuando el inquieto y apercebido infante aguija su veloz caballo, ordena sus haces, y se apareja á recibir impávido el inmenso ejército que ve ya caer sobre los ginetes cristianos. Llegá el momento terrible de acercarse los infieles: arremeten los castellanos, y trábase tan sangrienta lid, cual si fieras embravecidas, encer-

radas por mucho tiempo, se vieran sueltas en el circo, sedientas de una horrorosa carnicería. El obispo don Sancho, que en la siniestra mano llevaba el estandarte de la Cruz, y en la derecha su acerada espada, corría de una en otra parte, alentando á los ilustres capitanes, que tan generosamente vertían su sangre por eumplir su juramento. El infante don Fernando abría paso con su lanza por medio de masas apiñadas de soldados berberiscos, que á centenares caían en tierra, cual un plantel de débiles árboles es tronchado por el espantoso huracan. Allí donde mayor era el peligro, se hallaba derrivando en tierra los innumerables peones y los ginetes que á porfía se esforzaban en cautivar ó separar de sus hombros la cabeza de un varon tan esforzado, y en regar aquel campo con la sangre real del caudillo castellano.

Don Gomez de Hínestrosa, señor de un pingue estado en los aledaños de Aragon, mozo muy gallardo, que apénas rayaba en los veinte años de edad, y que ya en repetidos encuentros se habia señalado valerosamente por el ágil manejo de sus armas, y el notable destrozo que hiciera á los sarracenos, era el mas visible, tanto por el relumbrar de su luciente armadura guarnecida de plata, y por los lujosos arneses de su andaluz caballo, como por el ardiente arrojo con que se engolfaba en lo interior de los grupos moriscos, y la horrorosa matanza que en ellos hacia, llevando siempre la muerte pendiente de su pujante brazo.

Por seis horas estuvo empeñado el espantoso combate, en que á juzgar por el inmenso número de los infieles, se habria reducido á cadáveres la escasa

hueste castellana. Pero era ya tal la excesiva mortandad de los enemigos, tal el espanto que se habia introducido en todo el ejército, al ver correr, cual si fuese un caudaloso arroyo, la sangre de los árabes, que desfallecidos del cansancio, abatidos con la sed y el hambre, y contristados sus corazones de ver morir millares de soldados, sin poder desbaratar á los cristianos, ni internarse siquiera en el real de Castilla erizado de aguzadas lanzas, se apresuran á tocar las trompetas y atabales, en señal de retirada, y huye despavorida toda la multitud en desconcertado tropel, á refugiarse unos en la fortaleza de Archidona, y á libertarse otros, fiados en la velocidad de sus caballos, que exhalados volaban hacia los castillos de Málaga y de Loja.

En tanto, y mientras tan afortunadas iban las armas de la fe, el valeroso don Gomez de Hinestrosa, llevado de su fogoso espíritu, y fiado incautamente en la destreza de su brazo y agilidad de su caballo, se internó mas de lo que fuera prudencia en el campo enemigo, y engreído con el horroroso estrago que en ellos hacia, no conoció el grande peligro que corría su vida, hasta que se vió solo y rodeado de una muchedumbre de ginetes, que con grandes alaridos y brutales ademanes le intiman la entrega, y le amenazan con la muerte. Agotados ya todos los medios de defenderse y de atacar, caido el casco y descubierta la cabeza, rota la lanza, vese forzado por la primera vez á fiar su salvacion en la ligereza de su caballo: aguijale con las aceradas puntas de los acicates, vuela el fogoso animal, y abriéndose paso por la muchedumbre enemiga, se hubiera al punto hallado lé-

jos del peligro, si desgraciadamente no hubiese caído en tierra, al saltar con la velocidad de la carrera una anchísima y profunda zanja. Los moros, que por el cuantioso valor del caballo, por la lujosa armadura y relucientes adornos habían codiciado la presa del doncel Hinestrosa, al ver su rostro, y al conocer en él las señales de ser un noble caballero de los más distinguidos del ejército de Fernando, le siguen en multitud para cautivarle y hacer un rico botín: y al caer al suelo el desventurado mozo, le rodean, le intiman que se rinda con mortales amenazas, y consiguen verle casi enajenado del fuerte golpe que ha recibido, depuestas las armas, y tendido en tierra debajo de su caballo. Un moro de robustas fuerzas estimula al bravo animal á que se levante, lo consigue al punto, toma en sus brazos al infeliz mancebo, que apenas moverse podía con el peso de sus armas y el terrible golpe que ha recibido, y cabalga aceleradamente, colocando á aquel en el arzon de la silla, asido con un ceñidor morisco.

¿Cuál sería el pesar de los caballeros cristianos, cuando convocados por el Infante D. Fernando para dar gracias al Omnipotente por tan distinguida victoria, se acercan todos los capitanes al obispo de Palencia, que revestido de sus sagrados ornamentos entona el religioso canto, y no ven entre ellos albizarro y galante D. Gomez de Hinestrosa! Búscanle al punto por todo el campo para socorrerle, si había recibido alguna herida, ó para dar, si había muerto, sepultura á su cadáver; pero todo en vano: ni caballo, ni gineete son hallados por la dilatada llanura, teatro pocos momentos ántes de la sañuda y sangrienta lucha; y

entónces reciben el triste desconsuelo de saber que habia caido en duro cautiverio.

El desventurado Hinestroza, al recobrar un poco su perdida razon, y al verse aprisionado por el bárbaro moro que le conducía, siente no haber perdido la vida en el ardor del combate, ántes que sufrir la penosa é interminable servidumbre que le espera. Entónces ruega ahincadamente que le devuelvan su libertad, ofreciendo un cuantioso precio por su rescate; y tal vez el interesado moro se lo hubiera concedido, si no fuera á su lado un fiero capitan, que conociendo ser el cautivo de alto y esclarecido linaje, se gozaba en verle bajo su poder, y en presentarle al rey de Granada para obtener en premio la gracia del monarca. Condúcenle á la fortaleza de Loja, donde descansan algunos momentos, y de allí prosiguen la vuelta de Granada; donde espera la multitud impaciente saber el éxito de la batalla. Al punto que llegan conducen al cautivo á la Alhambra á presencia del indignado rey, quien sabedor de la infausta suerte de sus armas, hubiera hecho cortar las cabezas de algunos adalides, á no haberse aplacado un tanto al descubrir en el esclarecido cautivo un personaje de privilegiada estirpe, y manda entónces que le desnuden, y le cubran con una asquerosa túnica, y que cargado de cadenas y descalzo le conduzcan al Albaicin, y lo encierren en la mas oscura y tenebrosa mazmorra de la Alcazaba.

II.

Lanzado el doncel Hineztrosa en la fortaleza de la Alcazaba, por mucho tiempo gimió en la soledad y lóbreguez de tan dura prision, sin ver la luz del dia, y sin oir ningun eco humano mas que el áspero acento de un brutal carcelero, que alguna vez se presentaba á suministrarle un negro y escaso pan y una corta racion de agua.

El jóven cristiano, acostumbrado á la regalada educacion de su noble casa, á la abundancia de su fortuna y á disponer de sus vasallos en el pingüe señorío que heredara de sus progenitores, hubiera en su corta edad sucumbido al peso de tan horrorosa servidumbre, si su corazon no hubiese estado fortalecido por los azares de la guerra, por las privaciones y los sufrimientos de una larga campaña, y por la vigorosa resignacion que consuela al hombre virtuoso, cuando sus padecimientos son originados por el ejercicio de acciones grandes, religiosas y patrióticas.

Entregado estaba el desventurado mozo, ya á los lúgubres sentimientos que su penosa situacion le sugeria, ya á los gratos recuerdos de los felices dias de su infancia, ya á la oscura é impenetrable perspecti-

va de un porvenir tan incierto, cuando una noche, al entrar el carcelero á echarle en el suelo el amargo alimento que sustentaba al ilustre prisionero, le entrega un papel cerrado, le dice que lo lea, que lo rompa al punto, y ejecute lo que en él se previene. ¡Cúal seria la sorpresa del desconsolado D. Gomez al considerar, que tan solo y abandonado del mundo, habia aun algun viviente que se acordase de su existencia, y ejecutase un acto tan arriesgado como el de comunicarse con un cristiano esclavizado en la lid! ¡Y cúal su impaciencia y su profundo sufrimiento, reflexionando que no le seria dado saber el contenido de aquel papel misterioso, porque la oscuridad de la noche se lo estorbaba, y la hermosa luz del dia no penetraba en el lóbrego y estrecho recinto del subterráneo! Su pesar era aun mayor que el que le atormentaba antes de tan sorprendente acontecimiento: su fogosa impaciencia le devoraba, le auventaba el sueño, y le hacia desear que volasen las horas, con la alagüeña esperanza de que quizás algun rayo de sol, ya que no penetrase en tan cerrado y hondo albergue, trasmitiese siquiera la escasa luz que distingue el dia de la noche en un oscuro calabozo. Cuando aquel astro iluminaba el mundo desde el cenit, comenzó Hinestrosa á conocer que el dia habia alejado las tinieblas para los felices mortales que gozaban libertad, y que quizás, aunque no sin extraordinario trabajo, podria leer el papel que tanto habia despertado su curiosidad y su esperanza. Un altísimo torreón que cobijaba la bóveda de la mazmorra, desprendido de su base por el peso enorme de los siglos, dejaba percibir alguna claridad, semejante á la

que se descubre en un espacioso templo gótico, alumbrado por una moribunda lámpara en la oscuridad de la noche. Despliega el cautivo apresuradamente el papel, como si temiese escapar de sus ojos aquella imperceptible luz que tanto alegraba su alma, y acercándolo á su vista, puede confusamente distinguir estas sucintas palabras: «*Cautivo, ten esperanza, confía en tu Dios; disponte á partir, á riesgo de perder la vida, y tal vez serás libre.*» ¡Cuál seria la sorpresa de Hinestrosa al ver interrumpida la especie de letargo en que se hallaba sumido por la soledad y las tinieblas del lobrego subterráneo, y por la postración de sus fuerzas y desaliento de su espíritu angustiado con tan amargo padecer! Dejaba unas veces estasiarse su imaginación con las ideas alagüeñas que se le presentaban, contando ya por inmediato el momento de su libertad, y por seguro el unirse pronto al ejército de Castilla, que quizá se enseñoreaba victorioso en la fortaleza de Antequera, ostentando en sus altos torreones el estandarte cristiano. Otras, dominado por aquella cruel desconfianza, que hace desesperar de todo porvenir afortunado, se entregaba á tan desconsolado desaliento, que su triste imaginación solo le representaba las ideas aterradoras de esclavitud y de muerte.

Era á esta sazón alcaide de la Alcazaba Aben-Amir, hombre poderoso, de muy encumbrado linaje, y moro de alto valimiento en la corte de Juzeph, rey de Granada. Tenía aquel una hija que apenas rayaba en los diez y siete años, de muy apuesto talle, de hermosísimo rostro, y dotada de aquella vehemencia de pasiones, que son el feliz distintivo de las que nacen

bajo la influencia del clima meridional de España. Como hija única del rico é hidalgo alcaide, habia recibido una educacion no comun, y apesar del recogimiento y recato con que eran criadas las damas granadinas, segun la austera severidad de los árabes, habia adquirido aquella robustez de imaginacion y aquel ardiente entusiasmo, que en tan corta edad son efecto del claro talento unido á la lectura de romances caballerescos y á la refinada civilizacion de las clases elevadas. A pesar de todo el celo de su padre y del director de su educacion, habia podido burlar con las travesuras de su sexo el cuidadoso ahinco con que le impedian que adquiriese conocimientos sobre las máximas de otra religion que la mahometana, y que se ocupase en las leyendas que tanto ensalzaban y hacian envidiable el nombre cristiano, por el extraordinario valor en defensa de la fe y la rendida galantería en obsequio de las señoras de sus amores. Cada vez que la bella Zayde (que así se llamaba la hija de Aben-Amir) escondida en su aposento y separada de su vigilante preceptor y de sus perseguidoras damas, leia algunas de las proezas de los caballeros castellanos, su imaginacion se exaltaba, cual si corriese por sus venas la sangre cristiana, y fuese suya la patria en cuyo obsequio lidiaban aquellos religiosos guerreros: su alma se veia conmovida de una vehemente simpatía, por la suerte de los que con tanto desnudo peleaban en defensa de su religion y de su pais; y por los que, dedicando todo el fuego de su amor el mas constante á una sola dama, la hacian señora de su corazon y la rendian un culto casi divino y exclusivo. La idea de verse dueña de un corazon tan estimable,

en el cual ella sola tuviese imperio, sin temer que osara á disputárselo una rival, la encendia en tan vivas ilusiones, que creia, consiguiendolo, hallar su suprema ventura. No temia para alcanzarlo arrostrar los mayores peligros, y aun abandonar la religion de sus padres; religion que por otra parte la creia muy inferior á la del Crucificado. La timidez propia de su débil sexo desaparecia de su corazon, cuando se poseia de este heróico pensamiento; y animada de una fortaleza varonil y grande, ansiaba realizar con denuedo la idea de verse amada por un caballero cristiano.

Tal era la disposicion del ánimo de la jóven Zayde, cuando al ser conducido el guerrero Hinestrosa á la prision del Albahicin, y al entrar en el castillo de que era alcaide Aben-Amir, vió y tuvo tiempo de observar la gallarda presencia, el noble semblante y la resignacion heróica que se descubria en el caudillo castellano. La nueva esparcida por la ciudad sobre el rebato de Antequera, sobre la rota de los moriscos y sobre el triunfo de las armas del infante D. Fernando, habian hecho fijar mas notablemente los ojos en el jóven cautivo, tanto por el desgraciado suceso en que perdió la libertad, como por ser el único prisionero de las huestes enemigas, y por la ilustre cuna que descubria en su hidalgo continente.

Desde el momento en que la hija del alcaide, asomada cautelosamente por la celosia de las ventanas de la fortaleza vió al infeliz cautivo, sintió herida su alma de aquella tierna compasion que suele ser precursora de un amor aun encubierto, y que insensiblemente se trasforma en esta pasion irresistible, sin

conocerlo el que por ella se vè sojuzgado. Aquel heroe de la guerra, de la religion, y de los amores, que tantas veces se habia representado la doncella mora en su ardiente fantasia, y al cual sacrificaría ansiosa su corazón y bien estar, su ereencia y hasta su vida, lo vió representado en el bravo doncel á quien la suerte de las armas habia reducido á la amarga condicion de la servidumbre. Inquieta y desasosegada tenia clavados sus ojos en el cristiano proscrito, engreida con el encanto que descubria en su noble aspecto y en su afable rostro, hasta que fué lanzado en la horrorosa caverna que le estaba deparada.

Desde aquel instante la inesperta Zayde, que no habia conocido mas que un amor ideal y poético, comenzó á sentir toda la vehemencia de esta pasion fogosa, aunque sin comprender que era dominada por ella, y que se ardia su corazón y se exaltaba su alma; semejante al que incautamente ha bebido el mortal veneno, y desconoce la causa del incendio volcánico que le devora. Ya le eran molestos los recreos que otro tiempo hacian sus delicias: ni los bellos y encantados jardines que reciben en su seno las mansas aguas del dorado rio, cuyo tortuoso curso se entorpece con las abundantes y variadas flores que por ambas márgenes lo ciñen: ni los paseos por el inimitable alcázar, centro de todas las bellezas de las artes, teatro otro tiempo de sus inocentes juegos y de la inconstante galanteria de sus amadores; ni la vista de la sierra plateada, cuya cumbre se confunde con la esfera celestial; ni tampoco la halagüeña perspectiva de la anchurosa vega bañada por cien raudales del Genil, engalanada con arboledas de innumerables fruta-

les y animada con multitud de pueblos que embellecen aquel eterno paraíso. Nada dulcifica la amarga melancolía de que se ve poseída: la soledad, el retiro y la imágen del objeto que le ha robado su venturosa quietud, es el único que mitiga el tédio de su existencia. Entregada á todas horas á la contemplacion de los medios de salvar al desgraciado cautivo, jura en su interior acometer la accion grande y generosa de darle libertad. ¿Mas cómo intentarlo siquiera? ¿Cómo ejecutarlo, observada por un rigoroso padre, espiada por sus celosas damas, y sin un solo confidente á quien hacer partícipe de un secreto cuya violacion le costaria la vida, y haria morir en el tormento de las puntas de las cañas al jóven cristiano, objeto de su lierna compasion?

III.

La guarda del cautivo Hinestrosa estaba confiada á un viejo moro, de fiero semblante, de adusto genio y de un corazon encallecido, insensible á los padecimientos de la esclavitud, y no por bondad de alma, si no por temor de perder su cabeza, incorruptible aun á la seduccion del oro. Habia pasado todos sus años custodiando las llaves de las oscuras mazmorras, y se hallaba ahora en la edad decrepita, ejerciendo

el mismo encargo, por la ciega confianza que de su bárbara probidad hacia el alcaide Aben-Amir. Habia visto nacer á la bella Zayde, la habia alguna vez entretenido en los juegos pueriles, y estaba tan sometido á los halagos seductores é inocentes con que la juventud suele ser árbitra de la ancianidad, que no seria capaz el viejo carcelero de resistir á una insinuacion de tan sagaz y amable criatura. Un dia que pudo esta hablarle por un momento á solas, lo colmó de caricias, de espresiones cariñosas, y le hizo el don de algunas alhajas con que le decia querer premiar los buenos servicios de tan honrado carcelero; y le indicó la santa empresa, que fingió bullir en su imaginacion de catequizar y convertir á la ley de Mahoma aquel jóven cautivo hecho esclavo en la rota de Antequera: por que era dolor ver que un guerrero de quien se habian hecho tan raros elogios, estuviese imbuido en las falsas máximas de la secta cristiana. El imbécil guarda, dominado por el fanatismo de sus absurdas creencias, y por la religiosa idea de contribuir á formar un prosélito; y seducido por un corazon á quien creia inocente é incapaz de ningun doblez, se manifestó dispuesto á tan piadosa empresa.

La apasionada Zayde rebozando de gozo su alma por el fácil medio que se le presentaba de trasmitir algun pensamiento al objeto de toda su ansiedad, trató ya de comenzar el osado proyecto, imposible tal vez de realizar, y superior á los débiles medios con que para ello contaba. Pero ¿de qué no es capaz una juventud fogosa, estimulada por una imaginacion de fuego y por un entusiasmo religioso y caballeresco, al paso que encendido por un iluso amor! Recordó

que el ignorante carcelero ni aun leer sabia, y que confiado tan á ciegas en la certeza de cuanto le habia propuesto, seria fiel conductor de un papel que no podria leer por ignorancia, ni darlo á otro para que lo leyese, por no revelar una confianza que le costaria la vida: y cuando pudo, sin riesgo de ser vista de las damas, escribió y entregó al viejo llavero, con encarecido encargo de la eficacia y del sigilo, aquel papel que tanto sorprendió al desconsolado D. Gomez de Hiestrosa; encargándole que este lo rompiese al punto, y ejecutase lo que en el se prevenia.

Ya la apasionada Zaide habia ejecutado el primer acto de arrojo que le preparaba el camino, y que le animaba á mayor audacia, cuando á poco tiempo supo haberse evacuado sin contratiempo el arriesgado mensaje. Ahora faltaba la realizacion de la atrevida empresa, que inflamaba su alma, ofuscaba su razon y la tenia sumida dia y noche en tan complicados pensamientos. Ella habia escitado al jóven cautivo á que se dispusiera á partir, arrojándose á todo peligro hasta el punto de perder la vida por rescatar su libertad; y creia, no sin fundamento, que un caballero valeroso seria capaz de la mas ardua empresa. Meditó el plan, y comenzó sin arredrarse á ponerlo por obra. Era su ocupacion comun la de elaborar cairesles y preciosos adornos de seda, y el repuesto de esta que tenia destinado á tan útil entretenimiento, lo empleó en labrar un grueso cordon por las noches cuando estaba descuidadamente sumergida en un profundo sueño la camarera que le acompañaba en su dormitorio, se entretenia en formar una escala de muchas varas, que al aproximarse el dia ocultaba detras de

las colgaduras de su aposento. Sabia la astuta Zayde que el antiguo torreón, bajo el cual yacia aherrojado el cristiano, se hallaba en su cúspide algo demolido, y que podia tal vez sin mucho trabajo abrirse el hueco suficiente, por donde cupiese una persona; y esta idea le surtió el medio de facilitar la fuga del desventurado prisionero. Necesitaba para ello que le descargasen de las gruesas cadenas que le impedian el menor movimiento; y con dádivas y con caricias inocentes y pueriles pudo alcanzar del estúpido carcelero que le quitase aquel insoportable peso. Cuando lo hubo conseguido, preparó dos vestidos de su padre Aben-Amir, y los ocultó cuidadosamente en su aposento. Nada faltaba ya para la arrojada tentativa, é impaciente se le hacian eternos los dias que dilataban su ejecucion. Una noche, cuando su anciana camarrera se hallaba entregada á un sueño tan tranquilo como la muerte, tomó la escala de seda, los vestidos, y una lámpara, salió con sumo silencio del aposento, y palpitando su corazón de zozobra, se dirigió á una escalera oculta que comunicaba con la cima de la torre inmediata, bajo cuya bóveda dormia desasosegado el objeto de su juvenil arrojado. Llega al sitio donde habia visto algo demolida la techumbre de piedra, lo observa, ve que á costa de algun esfuerzo podrá abrir un agujero del círculo de un hombre, comienza la obra solo con sus delicadas manos, y ve imposible realizar con frnto tan arduo trabajo, desprovista de todo medio para facilitarlo, y casi desmaya y retrocede en su empresa.

Ya se acercaba la luz del dia, nunca menos deseada para ella, y fuéle preciso desistir por aquella no-

che de tan imposible empeño, volviéndose sigilosamente al palacio y á su aposento, y dejando ocultos en los adarves la escala y los vestidos. Su camarera no habia despertado, ni podido sospechar siquiera la ausencia de su señora; y esta sin dejar de insistir en consumir su tentativa, se proporcionó un puñal damasquino que le facilitase ó el medio de alcanzar su intento, ó de privarse de una vida tan acibarada por la inquietud y el desconsuelo. A la noche siguiente, cuando toda la familia reposaba en el mas profundo sueño, volvió á salir en silencio, llevando la lámpara en una mano y el puñal en la otra. Con la acerada punta de este se esforzaba en abrir una especie de brecha en la bóveda del torreón, y ya casi desmayaba, sin esperanza, cuando de repente una gruesa piedra, que apenas era sostenida por un imperceptible punto de apoyo, se desprende y cae dentro de la mazmorra que sirve de prision al cautivo. Hubiera este perecido al descender con terrible violencia tan enorme mole en lo interior de la torre, si por suerte lo hubiese estado reclinado bajo una de las concavidades de la estrecha caverna: despierta entonces des-pavorido, eleva sus ojos á la altura y divisa á lo léjos un rayo de luz artificial, que hiera por primera vez sus ojos desde el principio del cautiverio. La audaz Zayde desenvuelve en tanto la escala de seda, ase una de sus estremidades en las almenas del torreón, y dirigiendo la otra á lo interior de este, dice con voz ahogada y tenebrosa: *«cristiano si tienes valor y deseas tu libertad, sube aceleradamente por esa escala.»*

El infeliz cautivo, que desde el instante en que le-

yó los misteriosos renglones llevados por el carcelero, vivia en continua inquietud, esperando siempre los efectos de tan misterioso papel, no bien despertó despavorido de su tormentoso sueño al ruido de la piedra descendida, se levanta aceleradamente, ve aquella luz que le deslumbra, oye por primera vez la dulce voz que distingue ser de una muger, y palpitando su corazon de gozo, se apresura á subir por la escala, y llega en pocos instantes á la altura de la torre. «¿Quién eres (dice) muger ó divinidad, que tan generosamente espones tu vida por dar la libertad á un infeliz olvidado del mundo, y destinado á perecer en la servidumbre?» Mas ella le contesta que no era aquel el momento de ocuparse en satisfacer tan justa curiosidad, sinó en el medio de salvarse del inminente riesgo que les amenaza. Entónces coloca ella la escala por el exterior de la torre, pendiente de una de sus almenas, y le dá el ejemplo de bajar, instándole á que le imite: lo ejecuta precipitadamente, y en breve se ven ambos fugitivos fuera de la fortaleza de la Alcazaba. Allí abandona Zayde la escala y la luz, da al doncel Hinestrosa el vestido morisco para que inmediatamente se cubra con él, y ocultándose ella por un instante de su compañero de riesgos, se coloca el otro vestido que al efecto tenia preparado, y «cristiano (le dice), no ignoro que eres un noble caballero de las más ilustre sangre de los castellanos: he sabido con entusiasmo el valor casi invencible de tu alma, y las extraordinarias hazañas con que has hecho célebre y memorable tu nombre. Un irresistible movimiento de mi corazon, exaltado por el ardiente entusiasmo que encienden las grandes acciones, me ha conducido

á esta atrevida empresa, que la fria razon calificará de imprudente, pero que yo no he podido resistir. Conozco la fé que profesas: mi convencimiento me inclina á abrazarla: estoy dispuesta á ir contigo á cualquier parte: eres cristiano y caballero; yo soy doncella, hija del alcaide Aben-Amir: tu honor será mi mas robusto escudo.» Hinestrosa promete corresponder noblemente á tan singular y generosa accion; y poseido de una gratitud amorosa, besa la mano de la doncella, y le jura que no se separará de su lado, y que morirá en su defensa, si preciso fuere. La inesperata Zayde se ve conmovida por un dulce sentimiento que jamás habia gozado con tanta vehemencia, por que jamas se habia enamorado en realidad; y el noble corazon de Hinestrosa se conmueve por las generosas emociones del agradecimiento, hasta el punto de sentir en su interior una pasion que nunca ha experimentado, y que le arrebatara.

Con casi invencibles obstáculos habia luchado la fogosa Zayde para dar libertad al cautivo, y ya habia conseguido lo que mas ardientemente anhelaba. Falta ahora ponerse ambos en salvo, y evadirse á la activa persecucion que habrian de sufrir por parte del Alcaide al saber este la inesperada fuga. Unidos estrechamente los corazones de los dos incautos mozos, aunque tal vez sin conocerlo, descienden apresurados por el delicioso monte matizado de frondosísimas flores, en cuya falda se entretiene engreido el perezoso Dauro perfumando sus saludables aguas: por su márgen derecha, y ocultándose bajo los opulentos nogales, alisos, fresnos, naranjos, guindos, almendros y otros varios y frondosos árboles, llegan á la ciu-

dad, atraviesan la plaza de Bib-Rambla, y antes de alumbrar los primeros albores de la mañana, cubren su rostro con un Chal morisco y salen á la vega, sin ser notados por las guardias.

D. Gomez de Hinesrosa al caer cautivo en el cerco de Antequera creyó haber sido tomada esta fortaleza por los eristianos, y persuadido de que en ella y en Archidona ondearia el estandarte de Fernando, esperaba poder hallar en breve un seguro asilo que pudiese en defensa sus vidas, y especialmente la de la generosa Zayde; y engañado con este terror, se dirigió apresuradamente hácia aquella parte.

Apenas los fogosos mancebos habian atravesado la florida vega granadina, y perdido de vista el encumbrado monte poblado de amenísimos jardines, en cuya falda se señorea la ciudad, el cuidadoso carcelero entra en la torre de la Alcazaba para dar el escaso alimento al cautivo, y se queda atónito al ver que no halla en ella á su prisionero: observa que se percibe alguna claridad en el lúgubre aposento: ve en el suelo los escombros de la bóveda demolida; mira á lo alto, y al punto conoce que por aquella abertura ha conseguido su evasion. Sale despavorido, alarma la guardia que vigilaba la puerta, alborota el palacio del alcaide, hace que despierten á su señor, que descansa regaladamente entregado al sueño: levántase presuroso el anciano Aben-Amir, á quien aquel refiere lo que acaba de sorprenderle: al ruido despiertan tambien las damas de Zayde, que en el instante notan la falta de su señora; y se pone en consternacion toda la fortaleza y todo el Albaicin al saberse tan inesperado y funesto acontecimiento.

El alcaide encolerizado contra el cautivo, que cree será el seductor de la imprudente jóven, y contra esta por su pérdida complicidad, manda que apresten un brioso caballo, y que parte de su guardia le siga. Recorre presurosamente todos los pueblos de la vega; pero en vano: vuela despues á las cercanías de Loja, y apenas puede conseguir algunas confusas noticias que indican haberse visto á dos mozos errantes y en dirección á los campos de Archidona.

Al acercarse Hínestrosa á aquel fuerte, que juzga dominado por los cristianos, conoce que se halla aun sometido al poder de la media luna, y que Antequera no ha sido tampoco asaltada por los castellanos: toma entonces el rumbo hácia la frontera, y desfallecida de la sed y del cansancio la delicada Zayde, acostumbrada á los regalos de una vida muéllé, páranse á descansar al pie de un altísimo peñón, cuya cima parece tocar al cielo. Apenas se habian entregado á un momentaneo reposo, divisan un grupo de árabes á caballo, y conocen ser el agraviado alcaide con algunos de sus guardias. ¿Qué podrian hacer los fatigados amantes en situación tan apurada, desalentados del cansancio y de la falta de alimentos? Ni era posible esconderse á las perspicaces miradas de sus perseguidores, ni huir á vista de tan veloces caballos. En tal conflicto un solo medio les quedaba para retardar algunos momentos la muerte que infaliblemente les aguarda. Se encumbran con suma dificultad por aquel peñón descarnado y pedregoso, cuya subida escabrosa apenas es practicable sin grave riesgo. El padre de Zayde conociendo la imposibilidad de lle-

gar hasta la altura en que se habia refugiado, con semblante sañudo y voz aterradora les manda descender, amenazándoles si desobedecen, darle una muerte la mas cruel y horrorosa. Del mismo modo les amonestan los guardas del viejo alcaide, haciéndoles ver que solo humillándose á los pies del afligido padre podrán conseguir templar su justo enojo y conseguir su perdon. Mas todo en vano: Hinestrosa y su libertadora persisten en salvarse refugiados en la inaccesible cima. ¡Miserable recurso con que los engañaba su ceguedad! Los de á caballo se apean, é intentan subir al peñon; pero el valeroso cristiano defiende heroicamente la subida con galgas, palos, piedras y cuanto encuentra á la mano, y puede servirle de armas en situacion tan desesperada. Enfurecido Aben-Amir hace que vayan de Antequera ballesteros para que desde lejos les dirijan saetas: los amantes conocen entonces que su resistencia es inútil y temeraria; mas temiendo sufrir en manos de sus perseguidores una muerte llena de tormentos, se abrazan fuertemente entre sí, y se arrojan del peñon abajo por aquella parte en que los estaba mirando y llenando de denuestos el cruel y sañudo padre. De esta manera antes de llegar al pie de aquella empinadísima colina fallecen los desventurados amantes con lástima de cuantos presenciaban tan horroroso espectáculo. Al rumor del suceso acuden las gentes de los pueblos comarcanos, y sepultan los cadáveres de los dos desgraciados fugitivos, á pesar de la oposicion del fiero padre, juntos y en el mismo sitio donde perecieron.

Tal fue el doloroso fin del esforzado D. Gomez de

Hinestrosa; y tal el desastroso resultado de la osada empresa acometida por la ilusa Zayde, cuyos benéficos sentimientos y ardiente imaginacion eran dignos de mejor suceso. Desde este desgraciado acontecimiento es conocido aquel elevado monte con el nombre de la *Peña de los enamorados*.

la cosa mas natural del mundo es que jamas pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallaba adiestrada

D. José Joaquín Soler de la Fuente.
todo este tiempo, ~~en el~~ ~~que~~ ~~se~~ ~~habia~~ ~~salido~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~labios~~ ~~de~~ ~~su~~ ~~esposa~~, a pesar de las continuas reyertas y malos tratamientos que le proporcionaba el endiablado genio de D. Mendo. Ligado a este por razon de intereses, y sin profeso el amor mas mínimo, llevaba una vida de purgatorio, sin tener otros placeres que el cuidado de su familia, cuya conciencia conseria y halaga recordaba con tanto gusto los sufrimientos



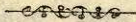
Corria los años de 18... (1) D. Mendo de Alcarax, alende en este tiempo de la fortaleza de la Alhambra, estaba casado con D. Mencia de Sancha, de cuyo matrimonio tenia siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivian al parecer, sin que ninguno amargura turbara el reposo de su existencia; empero bien distantes estaban de creer los que aduen lo suponian, el verdadero estado de su situacion. D. Mendo de Alcarax, era de un genio tan vivo y

(1) Esta tradicion está sacada de los papeles de una antigua casa de... donde se conserva la historia de la casa segun por los tribunales.

LA TORRE
DE LOS SIETE SUELOS.

POR

D. José Joaquin Soler de la Fuente.



I.



Corrian los años de 15..... (1) D. Mendo de Alcaraz, alcaide en este tiempo da la fortaleza de la Alhambra, estaba casado cen D.^o Mencia de Sanabria, de cuyo matrimonio tenia siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivian, al parecer, sin que ninguna amargura turbara el reposo de su existencia; empero bien distantes estaban de creer los que aquello suponian, el verdadero estado de su situacion. D. Mendo de Alcaraz, era de un genio tan vivo y

(1) Esta tradicion está sacada de los papeles de una antigua casa de..... donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales.

soberbio, que algunas veces degeneraba su rabia en locura, siendo de temer en tales momentos cualquier violento esceso. Era además de un carácter débil, inclinado á pensar mal de todo el mundo, y á dar incremento á chismes y sospechas, que á fuerza de reflexionar en ellas las creía realidades, figurándose la cosa mas natural del mundo lo que jamás pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallaba revestida.

Nueve años llevaba de union con D.^a Mencia, y en todo este tiempo, ni la mas leve queja habia salido de los labios de su esposa, á pesar de las continuas reyertas y malos tratos que le proporcionaba el endiablado genio de D. Mendo. Ligada á éste por razon de intereses, y sin profesarle el amor mas mínimo, llevaba una vida de mártir, sin tener otros placeres que el cuidado de sus hijos, cuya inocente sonrisa y halago recompensaban en algun tanto sus pesados sufrimientos.

Vino por entonces á Granada un antiguo conocido de D. Mendo, quien á instancias de éste se habia alojado en su casa. D. Hiscio Riaño, que así se llamaba el amigo, era un viejo de una libertina conducta, gastado por sus desastrosas costumbres y asaz mal intencionado. Vió á D.^a Mencia que apenas contaba veinte y seis años, prendáronle sus hechizos, y resolvió añadir una nueva consquita al catálogo de las suyas, creyendo encontrar en esta mujer la fragilidad que en las demas que tratara.

Vanos fueron sus intentos. Rechazado por Doña Mencia con un teson digno de elogio, era por la pri-

mera vez burlado en sus esperanzas, y por la vez primera despreciado de una mujer.

De este contratiempo nació en su corazón dañino y cruel, una horrible idea, que fijándose cada día mas, concluyó por determinarse á ponerla en práctica. Aborreció entrañablemente á D.^a Mencia, y quiso vengarse. Su larga amistad con D. Mendo le habia hecho conocer lo débil é irascible de su genio, y pensaba aprovecharse de esta circunstancia para el logro de su proyecto. Tal era el estado de las cosas cuando empezamos esta tradicion.

II.

En una sala amueblada con elegancia y lujo de la casa del alcaide en la Alhambra, estaban fumando despues de comer D. Hiscio y D. Mendo, sentados en muelles sillones de pluma. Un balcon abierto en el testero del mediodia, dejaba ver las frondosas copas de algunos árboles que se levantaban hasta allí, y el hermoso azul del cielo, sembrado de algunas blancas nubecillas. Al lado del balcon estaba D.^a Mencia durmiendo en sus brazos al hijo menor, y rodeada de los seis retantes que se entretenian en inocentes juegos.

—¡Magnífica tarde para pasear! dijo D. Mendo

despues de haber tirado su cigarro: ¿qué te parece Hiscio?

—Mejor fuera cazar, contestó éste mirando al soslayo á D.^a Mencia, y sobre todo para el ojeo del ciervo.

—Ganas tengo de proyectar una salida, respondió el alcaide; y antes de que te marches, hemos de hacer con el correspondiente tren de caza, una batida en los montes comarcanos.

—Siento que no me sea posible, Mendo.

—¿Cómo es eso?

—Asuntos de importancia me llaman á Madrid, y mañana parto; pero antes quiero, siguiendo la idea que has propuesto, dar un paseo por esas alamedas, pues la tarde no puede ser mas deliciosa.

Esto diciendo, levantose D. Hiscio y se aproximó al balcon.

—Por última vez, señora, ya habeis oido, mañana parto..... responded..... dijo entonces bajo á Doña Mencia, pero mirando á otra parte.

—Nunca, caballero, nunca, respondió con noble entereza.

—¡Miradlo bien!

Una mirada de desprecio fué la contestacion de D.^a Mencia.

—Basta, señora, bien, continuó D. Hiscio con amenazadora voz: y luego volviéndose hácia D. Mendo que se aproximaba á este tiempo al balcon, dijo señalándole á su esposa:

—No quiere acompañarnos por mas que se lo he rogado: pensaba disfrutar esta tarde, que es la últi-

ma que me hallo en Granada, de vuestra grata compañía, pero ¡habré de tener paciencia!

—¡Bah! no le hagas caso, amigo: tiene la falta de ser caprichosa como todas las de su sexo, contestó el de Alcaraz que, siendo un poco celoso, se alegraba en su interior de que no les acompañase su esposa.

Saludó cortesmente D. Hiscio á D.^a Mencia, y salió de la casa acompañado de su amigo. Pocos pasos habian dado, cuando encontraron á un chicuelo de algunos ocho ó nueve años, sucio y andrajoso, que se les acercó á pedirles una limosna.

Paróse D. Hiscio y alargó una moneda al muchacho, haciéndole una inteligente señal que no percibió D. Mendo. Deshízose el mendigo en gracias, y los amigos continuaron su paseo.

Vivo como el rayo marchó el muchacho hácia la casa del alcaide, dijo algunas palabras al oido de una mujer que estaba parada á su frente, y llamó despues á la puerta. La mujer habia desaparecido de aquel sitio.

—¿Qué quieres, avestruz? exclamó abriendo un sirviente, al ver el asqueroso aspecto del que llamaba.

—Buen caballero, contestó llorando, quisiera ver á la señora.

—¿Y qué tienes tú que ver con la señora? ¿he?

—¡Señor! hacedlo por el amor de Dios, que ya os recompensará este beneficio.

—Si es una limosna la que quieres, toma y vete, dijo el criado poniéndole en la mano algunos maravedises.

—¡Dios os lo pague! contestó guardándose el dine-

ro, pero es preciso que yo vea á la señora, hacedlo señor caballero, mirad que es una obra de caridad que no os pesará en el otro mundo.

Tanto instó, que fué al fin el criado á pedir permiso á D.^a Mencia, y obtenido á poco trabajo de su benéfico caracter, introdujeron en el salon al mendigo, quien al verla corrió hácia ella, y arrojándose á sus piés, dijo con una voz plañidera y ahogada por el llanto:

—¡Señora, favorecedme por Dios! ¡Tengo un padre anciano casi moribundo por la necesidad, y cinco hermanos pequeños estenuados por el hambre! Tres dias hace que no hemos sido socorridos, y tres dias que no ha entrado en mi cueva miserable ni un pedazo de pan! ¡Amparadnos, señora, por la Virgen! ¡Tened compasion de nosotros; no creais que os engaño; venid conmigo y os convencereis del horrible estado de nuestra situacion! Y al decir esto el muchacho con un acento que traspasaba el alma de la mujer del alcaide, regaba el pavimento con sus lágrimas.

Sensible en extremo D. Mencia, despertóse en su alma un sentimiento de caridad. Presentábase un caso en que hacer bien á aquellos desgraciados, y una voz interior, sin duda la de su ángel malo, le aconsejaba no desperdiciarlo. Quería hacer las veces de la Providencia con aquellos infelices, entrando por sus puertas los auxilios de que por tanto tiempo habia estaban privados.

No reflexionó mas; llamó á su doncella y pidió su manto.

—¿Dónde vives, hijo mio?

—Cerca de los *Siete Suelos*.

—Pues vamos; conduceme á tu casa, dijo poniéndose el manto que le habían traído, y ambos salieron.

Aquella misma tarde, poco despues de que Don Hiscio diera la lismona al muchacho, y cuando ya el sol comenzaba á declinar, una mujer, la misma con quien hablara el mendigo niño, salia al encuentro de los dos amigos, dando una carta á D. Mendo, desapareció por entre las alamedas de la Alhambra.

Abrió D. Mendo el pliego, y leyó á la luz del crepúsculo lo siguiente:

«Cáusame compasion, D. Mendo, vuestro estado, y pesa á mi conciencia teneros por tanto tiempo encubierta vuestra desgracia. La mujer con quien la mala estrella que os persigue os ha unido, deshonra vuestra heróica nobleza muchos años ha. Antes de que os conociera tenia un amante, y aun sigue sus amores á pesar de los deberes que mas tarde contraíjo con vos. Ninguno de los hijos á quienes alimentais son vuestros; fruto es de su adúltera pasion, y son otras tantas trompetas que publican á la faz del mundo la infamia que os cubre. ¡Pobre D. Mendo! os tengo lástima, y eso me mueve á descubriros vuestra situacion, para que no seais por mas tiempo el ridiculo de toda Granada. Si creis esto una calumnia hija de algun ratero enemigo de D.^a Mencia, id á las oraciones de hoy, ó de cualquier dia, pues esta es la hora que no estais en vuestra casa; id os digo, á los *Siete Suelos*, y juzgareis entonces del crédito de este papel.»

Ya que no nos es desconocido el genio iracundo de

D. Mendo, fácil es figurarse la impresion que le causaria el anónimo terrible. Una revolucion espantosa se operó en toda su máquina. Subiósele la sangre á la cabeza y se ofuscó su vista. La cólera lo poseia, y estrujaba entre sus manos el fatal escrito. Pero contuvo la esplosion. Lo veia su amigo, y para no participarle su deshonor era preciso fingir, mas tambien era preciso cerciorarse aquella misma noche de la verdad de la acusacion.

—¿Qué es eso? preguntó D. Hiscio: ¿qué te dicen en ese pliego, que tanto efecto te ha producido? ¡Estás temblando como un azogado!

—¿De veras? contestó D. Mendo con una sonrisa violenta, mucho mas pavorosa que el acceso de fiebre: ¡bah! será aprension tuya; no es nada, nada absolutamente..... Me llaman para cierto negocio á donde tengo que marchar en seguida..... por lo que te ruego vuelvas á casa.... ¿estás?.... allí esperarás mi vuelta..... muy poco tardaré, muy poco.

Y sin esperar respuesta de D. Hiscio se alejó rápidamente.

Una sonrisa diabólica apareció en los labios de D. Hiscio, quien siguió á lo lejos á su amigo.

III!

El sol habia desaparecido completamente del horizonte, arrastrando en pos de sí los arreboles que

separciera al hundirse en lontananza. Iban ya bor-
 rándose los objetos, y acercándose las tinieblas de
 la noche, mas indicadas en la Alhambra por las es-
 pesas copas de los álamos que impedían la tenue cla-
 ridad del crepúsculo. Había sonado el toque de ora-
 ciones en Santa María, y las puertas de la fortaleza
 se habían cerrado tras del último valetudinario que
 subiera á recrearse en aquella postrera mansión de
 moros. Solitaria y silenciosa se hallaba la Alhambra,
 cuyas alamedas sombrías en semejante hora tenían
 un aspecto lúgubre y melancólico. Los pájaros no
 cantaban y la brisa no movía las flores. Un hombre
 tan solo precipitadamente avanzaba en dirección de
 la *Torre de los Siete Suelos*. Al cabo de algunos mi-
 nutos, presentose á sus ojos el negro torreón, que se
 dibuja apenas cual fantástica sombra en la azulada
 bóveda del cielo, sembrada de tibias estrellas. Apre-
 suró su marcha el caminante, subió á un montecillo
 que distaba pocas varas de aquella terrible mole, y
 quedó parado ante el espectáculo que dominara des-
 de allí.

Un hombre y una mujer estrechamente abrazados
 estaban al pié de la torre; sus cabezas juntas, juntos
 sus pechos, sus manos entrelazadas.... Un vértigo
 espantoso se apoderó de D. Mendo. Zumbábanle los
 oídos, y sus pupilas se inyectaron de sangre. Había
 reconocido á su mujer. La sorprendia con su aman-
 te..... su deshonra era cierta. Precipitose hácia el
 grupo.... no veía....

Al ruido de sus pisadas desprendiose el hombre de
 su compañera y desapareció con una rápida huida.
 La mujer cayó desplomada. Llegose á ella D. Mendo,

sacó un puñal y hundió cien veces su acerada hoja en el pecho de la desgraciada: la sangre brotaba á borbotones. Su vista aumentaba su delirio... y heria... heria sin cesar. Hartose de sangre. El cuerpo de D.^o Mencia estaba acribillado á puñaladas. Buscó luego D. Mendo por todo el terraplen á su cómplice; pero nada veia... á nadie encontró. Entonces volvió al sitio del asesinato, y levantando el ensangrentado cuerpo de su esposa, penetró en lo interior de la torre, habitada solamente por bubos y murciélagos, acercose á la horrenda entrada de los *Siete Suelos*, y lo arrojó con violencia en sus profundas regiones.

Marchó despues á su casa, llamó á sus hijos, y encerrándose en su aposento, tornó á leer el anónimo.

—¡No son mis hijos!... es verdad. ¡No son mis hijos! exclamaba acometido de un nuevo delirio... ¡Son las trompetas que publican mi deshonra...! Pronto callarán.... No mas infamias.... Desaparezcan esas manchas que envilecen mi existencia... pero aun no es hora; esperemos. Y empezó á dar grandes carreras por la estancia.

Los niños, apiñados unos contra otros y llenos de miedo, miraban á su padre con espantosos ojos. El mayor de ellos llevaba en sus brazos al que estaba aun en mantillas. Asi lo habia ordenado D. Mendo.

Pasaba el tiempo. Eran las doce de la noche. Entonces mandó con imperio á los niños que lo siguiesen. Salieron por una puerta secreta, y al cabo de pocos minutos llegaron á la fatal y tenebrosa torre. Un sentimiento de compasion despertóse en el alma

de D. Mendo. Erizáronsele los cabellos y miró á sus hijos. Un grito de pavor exhaláron éstos al ver el gesto de su padre; y temblando de miedo, se agrupaban exclamando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!
Aquellas voces, que retumbaban en las bóvedas de la caverna, presentaron en la demente imaginación de D. Mendo la escena que habia presenciado en aquel lugar pocos momentos antes.

—¡No son mis hijos! espresó con balbuciente voz por la cólera que le dominaba, y en un estado de locura casi completo, dió de puñaladas á los pobres niños, arrojándolos como á su madre en aquella formidable garganta. Uno de ellos pudo escaparse, y saliendo de la torre echó á correr llorando por el terraplen; pero oyó sus lamentos el feroz alcaide, y alcanzándolo prontamente le asió por los cabellos y arrastrólo á los *Siete Suelos*, donde sufrió la misma suerte que sus hermanos.

—¡Ya está cumplida la justicia! exclamó con bronca voz: ¡nadie queda de esa raza maldita! ¡Estoy vengado...!

Un ¡ay! tremebundo resonó en aquel momento, que repitieron los huecos de la torres de la Alhambra; y un hombre deslizóse por entre los matojos que cubrían el terraplen. Era D. Hiscio.

Corrió hácia aquella sombra D. Mendo, pero se le fué de entre sus manos; y rugiendo como una hiena á quien arrebatan su hijo, dirigióse á su casa exclamando.

—¡Será el amante! ¡pero que el cielo me con-

fonda si antes de tres dias no bebo toda la sangre de sus venas!

Y entró en su habitacion por la escalera secreta.

IV.

Trascurrieron algunos dias. D. Hiscio se habia marehado á Madrid; D. Mendo quedó solo en su casa. Pasado aquel arrebató que oscureció su discernimiento, entró la reflexion con sus aterradoras luces. Una voz le gritaba desde el interior de su pecho: «Asesino, asesino!» y ya sentia los atroces efectos de una conciencia cargada de crímenes. Verdad que procuraba hacer frente á esta acusacion, presentando á Doña Mencía en el lleno de su falta: ¿pero era acaso igual la culpa al castigo? Y los inocentes niños, ¿qué parte tenían en los deslices de una madre cruel é impura? Estos pensamientos maceraban la imaginacion del alcaide, sin dejarle un momento de reposo. El sueño huyó de sus párpados, y la intranquilidad reinaba en su espíritu. Ademas, el crimen podia descubrirse. Algunas habillitas circulaban entre el vulgo sobre la desaparicion de D.^a Mencía y sus hijos; podian formalizarse y llegar hasta los jueces, á quienes tendria que dar cuenta de su familia: ¿y qué hacer en tan apurada situacion? Lo primero ante todas cosas era

impedir la entrada en los *Siete Suelos*, que siendo visitados por algunos extranjeros, infaliblemente encontrarían los cadáveres, y... entonces, ¡desgraciado de él! Pensando en este asunto, tuvo una idea que puso en ejecución desde luego.

Como descendiente de una de las mas ilustres casas de Granada, la afición dominante en aquellos tiempos, que era la caza del jabali, habiánsela transmitido sus antepasados, y tenia en su poder una brillante y numerosa jauría. A las once de la noche, cuando dormían todos sus criados, bajaba al establo donde estaban los lebreles, y salía por la puerta secreta á la Alhambra rodeado de todos ellos. Llegaba á los *Siete Suelos* y se escondía detras de un hueco. Si por casualidad algun miserable habitante de los que poblaban las cuevas que existen mas allá del *Campo de los Mártires*, acertaba á pasar por aquellos contornos, silbaba á sus perros el toque de acometida, y salían como centellas ladrando y persiguiendo al extraviado transeunte, que miedoso como todo el vulgo de aquella época, creía ver en los perros espíritus del mal en figura de canes, y corría despa- vorido á encerrarse en su choza, donde pálido, jadeante y con el cabello erizado refería á su familia el espantoso peligro á que habia estado espuesto. Estos sucesos fueron corriendo de boca en boca; y al poco tiempo toda Granada creía sin la menor duda, que de los *Siete Suelos* salían caballos *descabezados* y enormes perros *lanudos*, que perseguían y acosaban al insensato que tuviera la osadía ó desgracia de pasar cerca de aquel medroso sitio á media noche; dando esto lugar á inverosímiles anécdotas de cerebros va-

cios, que aun se conservan entre algunas personas de los tiempos que alcanzamos. (1)

La conciencia de D. Mendo cada día le fatigaba con mas ahinco. La gente no cesaba de hablar de la desaparicion de su familia, y ya iba este suceso hallando eco en los tribunales.

Era un día de riguroso invierno. Estaba D. Mendo solo en su habitacion á vueltas con sus remordimientos, tomando con inapetencia una jicara de chocolate.

Un criado se le presentó y entregole una carta con sello negro. Rompe al instante el sobre y abre el pergamino. Era de D. Hiscio. Hallábase cercano al sepulcro, y queria depositar en D. Mendo el peso que oprimia su alma, pidiéndole perdon de un gran delito. Contábale que los amores de su esposa D.^a Mencia eran falsos; que habiéndole parecido hermosa y no pudiendo vencer su obstinacion en ser fiel á sus deberes, habia manejado toda la intriga de que fueron víctimas D.^a Mencia y sus hijos, valiéndose al intento de una familia de gitanos, quien por algun dinero

(1) Creian antes con la mejor buena fe, que todas las noches á las doce en punto salia de los Siete Suelos un caballo sin cabeza y un perro todo de lanas sin cuerpo material alguno, á los que llamaban *el Descabezado* y *el Lanudo*, los que paseaban corriendo toda la Alhambra bajando á veces hasta la ciudad. Estos eran los guardianes de los tesoros que escondieron los árabes al tiempo de su espulsion, con la esperanza de volver á reconquistar á Granada. La torre de los Siete Suelos fue demolida en parte cuando se hicieron las fortificaciones en 1836, estando reducida en el día á una especie de plataforma. La bajada á estos suelos está completamente inaccesible, por los escombros é inmundicias de que se halla llena.

ofreció hacerlo de modo que no quedase la menor duda del adulterio de D.^a Mencia, tomando á su cargo el llevarla á la torre, y presentar las cosas bajo la impúdica apariencia que fascinara al alcaide: que conociendo se acercaba su última hora, y arrepentido verdaderamente de aquella falacia, pedía misericordia á María Santísima y á él su perdon.

Imposible es pintar el anonadamiento en que cayó el infeliz de D. Mendo al leer el fatal escrito del pérfido D. Hiscio. Permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos, y no salió de aquel estado sino para caer de rodillas elevando las manos al cielo y orar. Despues se levantó un poco mas tranquilo; habia tomado una resolucion irrevocable. Pidió su capilla y sombrero, y se fué á la Alhambra. A poco de haber salido de su casa, lo detuvo un alguacil acompañado de varios corchetes, quien le preguntó:

—¿Sois D. Mendo de Alcaráz, alcaide de esta fortaleza?

—El mismo soy, respondió el alcaide con voz firme.

—Tened entonces la bondad de seguirnos.

—¿A dónde?

—A la prision de estado.

—¿De qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer á vuestra familia.

No preguntó mas D. Mendo, y siguió tranquilo á los alguaciles á la cárcel de corte, donde fué puesto. En la primera comparecencia que tuvo ante los jueces, confesó su crimen con todos los detalles, declarándose culpable.

• Sacáronse los mutilados cadáveres, á los que se les

hicieron unas suntuosas exequias; se instruyó el competente proceso, y el alcaide fué condenado á la pena capital. Sus parientes solicitaron de los tribunales una próroga para representar al rey impetrando su perdón, y detuvieron un mes la ejecucion de la sentencia.

V.

Amaneció uno de los nebulosos y frios dias de enero. Las primeras personas que acertaron á pasar por la *Plaza Nueva*, vieron no sin asombro el espectáculo que se ofrecia á su vista, quedándose paradas por algun tiempo. En el costado del Poniente se levantaba un tablado de diez varas de largo y seis de ancho, forrado de un paño negro que bajaba hasta el suelo. Un tajo habia en el centro, tambien enlutado, y un hacha cerca de él. En el extremo opuesto al de las escaleras, que eran catorce, y sobre un pequeño altar, tambien cubierto de negro, estaba un mediano Crucifijo alumbrado por cuatro hachones de cera amarilla. Un piquete de guardias del Rey custodiaba el tablado, viéndose á los centinelas que místios y sombríos paseaban por los ángulos.

Pronto cundió por Granada la noticia de este extraño incidente, y á las diez del dia era imposible tran-

ditar por entre el inmenso gentío que ocupaba la plaza. Todos se preguntaban quién era el reo, y nadie sabía contestar. Los balcones y ventanas aparecían también llenos y los muchachos, encaramados sobre los marcos salientes de las puertas y algunas rejas, ponían en movimiento á la multitud con el alarmante grito de «ya vienen, ya vienen.» Arremolinábase esta prontamente, empujábanse los hombres estirando cuanto mas podían la cabeza, y nada les era posible ver. Los muchachos entonces prorumpían en grandes carcajadas y silbidos, y la gente burlada tornaba á rehacerse y á aguardar refunfuñando, hasta que otra vez las voces de los pilluelos volvían á ponerla en movimiento.

Serían mas de las once cuando el sonido de unas destempladas trompetas pusieron en grande agitacion á todos los espectadores cansados de tanto esperar, y ocho guardias de á caballo entrando de improviso en la plaza, abrieron calle hasta el tablado, no sin que esta brusca acometida dejase de producir sendos pisotones y puñadas en la estrujada multitud. Hecho ya este camino, un fúnebre cortejo entró por él con lento paso, procediendo de la calle del Elvira. Un piquete de soldados con su oficial á la cabeza, abría la comitiva. Seguían de dos en dos y á caballo los ministriles de la justicia vestidos de negro.

Detras iban á pié hasta doce sacerdotes con sus hábitos y sombreros de canal en la mano. A continuación marchaba la parroquia con luces y manguilla, llevando cuatro monaguillos una enlutada caja, á la que seguían gran número de curas con sobrepellices cantando el salmo *De profundis clamavi*. Una

carroza cubierta, tirada por cuatro caballos negros iba despues, cercada por dos hileras de guardias, y detras caminaba á pié el ejecutor de la ley acompañado de sus ayudantes, cerrando la marcha un escuadron de la misma tropa.

Al llegar los primeros al tablado hicieron alto, y formando calle la comitiva dividiéndose en dos alas, avanzó hasta allí la carroza y el ejecutor. Abrióse la portezuela. Los soldados formaron un gran cerco, callaron las preces, y todas las miradas se dirigieron entonces hacia aquel lugar esperando conocer á la victima. Un hombre de rostro enjuto, pálido y macilento, vestido con una ropilla de terciopelo negro, salió del coche seguido de un cura. La mayor parte de la concurrencia no le conocia. Era D. Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra. Subió con resuelto paso las escaleras del patíbulo. El sacerdote iba á su lado. Dirigióse D. Mendo al altar, y postrándose de hinojos ante el Crucifijo, permaneció largo rato en oracion.

Entre tanto ya estaban encima del tablado el verdugo y sus ayudantes disponiendo apuellos terribles preparativos.

Levantose el reo, é hizo una seña al sacerdote, quien se le acercó en seguida.

—Teneis algo que declarar, hijo mio? preguntó con dulce y afligida voz.

—Una cosa tan solo, contesto firmemente D. Mendo. Cuando mi cabeza haya sido dividida del tronco, desabrochad mi ropilla, y hallareis junto á mi pecho un pergamino. Leedlo en alta voz y entregádselo á



mis jueces. Nada mas deseo. ¿Lo hareis tal como lo digo?

—Sí, hijo mio, se cumplirá tu última voluntad.

—Gracias, padre. Ahora dadme vuestra bendicion, el verdugo me aguarda.

Postrose de nuevo D. Mendo, y recibió del sacerdote su bendicion. En seguida se puso á disposicion de los sayones. Ejecutaron éstos sus repugnantes maniobras, y á los pocos minutos solo quedaban en el centro del tablado el verdugo y su victima. Levantó aquel el hacha, la hizo girar al rededor de su gorro describiendo un círculo en el aire, y cayó sobre el tajo con una fuerza brutal. La cabeza de D. Mendo rodó por el tablado. Un grito de terror salió del pueblo, y los sacerdotes volvieron á entonar los salmos. Entonces el clérigo que acompañó al alcaide, se acercó á su tronco ensangrentado, desabrochó su ropilla, y sacó un pergamino doblado; mandó subir á los ministriles, reclamó silencio de la multitud, y dijo con firme y sonoro acento.

—Es la voluntad del alcaide D. Mendo de Alcaráz, que lea este documento en alta voz y despues de su muerte, para que sea notorio al pueblo de Granada: oid.

Y en seguida abriendo el papel, leyó lo siguiente:

«Nos D. Felipe II, rey de Castilla, de Leon etc.

En vista de la causa formada en la Chancilleria de Granada contra D. Mendo de Alcaráz, alcaide de la Alhambra, por el asesinato cometido en la persona de su esposa é hijos, y atendiendo á las circunstancias que le impulsaron á tamaño crimen y al estado de su salud próximo á la demencia, siendo en uno de

los vértigos que padecía cuando hizo el daño, por el que ha sido condenado; en uso de nuestras reales facultades, indultamos al referido D. Mendo de Alcaráz de la pena capital que le ha sido impuesta, mandando en su lugar la prision perpetua en una de las torres de su alcaidia.—Firmado, etc.»

Una esclamacion general de asombro respondió á esta lectura; el mismo sacerdote casi pudo concluir. ¡El perdon rehusado por la víctima!!

Pero aun tenia mas escrito el documento. A continuacion de la firma del rey, seguian del puño y letra de D. Mendo estas palabras:

«Mi familia, por evitar la mancha que caeria sobre su nobleza, si uno de los miembros de su claro linaje pereciese en un patíbulo; y por librarme de muerte tan ignominiosa, ha conseguido de la clemencia del monarca el perdon, á que no soy merecedor. Logré no sin muchos esfuerzos que se me entregase esta real cédula, en vez de que lo hicieran al presidente de la Chancillería, porque de este modo se frustraba mi objeto: quiero morir, pues solo veo esta espacion en la tierra á tan bárbaro crimen. Dios graduará si es suficiente en su infinita misericordia.—Mendo de Alcaráz.»

Acabó el sacerdote su lectura, hizo una breve oracion y bajó del tablado, incorporándose á la fúnebre comitiva que marchó con el mismo orden que viniera. El cuerpo de D. Mendo y su cabeza fueron recogidos y colocados en el féretro que traian.

La muchedumbre fué retirándose mustia, silenciosa y acongojada, y al cabo de una hora quedó solo y desamparado el colosal patíbulo.

Al día siguiente y en el mismo sitio de la ejecución apareció una grande cruz de piedra, cercada de un cuadrilongo enrejado de hierro de igual dimension que los ángulos del dablado. Esta cruz tomó el nombre de la plaza en que estaba colocada, y fue destruida en 1836.

Una exclamacion general de asombro respondió á esta lectura: el mismo sacerdote casi pudo concluir. El pèrdon rehusado por la víctima!

Porò aun leia mas escrito el documento. A continuacion de la firma del rey, seguan del puño y letra de D. Mendó estas palabras:

«Mi familia, por evitar la mancha que caeria sobre su nobleza, si uno de los miembros de su claro linaje pereziese en un patibulo: y por librarme de muerte tan ignominiosa, conseguido de la clemencia del monarca el pèrdon, que no soy merecedor.



Logró no sin muchos esfuerzos que se me entregase esta real cédula, en vez de que lo hicieran al presidente de la Chancilleria, porque de este modo se custaba mi objeto: quiero morir, pues solo veo esta expiacion en la tierra á tan bárbaro crimen.

Dios gradua si es suficiente en su infinita misericordia. — Mendó de Alcaráz. »

Acabó el sacerdote su lectura: hizo una breve oracion y bajó del dablado, incorporandose á la línea comitiva que marchó con el mismo orden que vió. El cuerpo de D. Mendó y su cabeza fueron recogidos y colocados en el féretro que traian.

La muchedumbre fué retirandose mustia, silenciosa y acorrajada, y al cabo de una hora quedó solo y desamparado el colosal patibulo.

EL COMPADRE FELIPE.

por

D. Rafael Milan y Navarrete.

I.

Era una noche tormentosa del invierno de 1576. La luna dejando escapar sus rayos de entre las pardas nubes que le cercan, dibuja de vez en cuando en la sombra las altas torres y retorcidas callejuelas de una gran ciudad. Es Granada. Granada revestida aun de toda su magnificencia y arrullada por los recientes recuerdos de su grandeza. Lejos, bien lejos, existen sus antiguos moradores regando con lágrimas de desesperacion las ardientes arenas del Africa; tributo amargo dedicado á la memoria del paraíso que perdieron. El leon español pasó su garra sobre la anti-

gua torre de la *Vela*, y á su rudo contacto desapareció la enseña de Mahoma, quedando en su lugar triunfante y orgulloso el estandarte del Crucificado. Este cambio aniquiló para siempre la media luna musulmana, arrebatando no pocos de sus mejores guerreros á los monarcas de Castilla.

Despues de muchas y violentas agitaciones, Granada admitió por fin el yugo de sus dominadores, y en la noche de que hablamos yacía tranquila y silenciosa como desafiando la próxima tormenta que la amenazaba.

Por una de sus principales calles que aun hoy se llama de *Elvira*, por ser la salida usual para la famosa sierra de este nombre, se dirigian dos bultos al parecer hácia lo interior de la ciudad, que falta de alumbrado ofrecia mil peligros para los que osaban recorrerla en las altas horas de la noche.

Por lo que se podia distinguir á la fosfórica luz de los relámpagos, el de mas estatura era un caballero como de cuarenta años, embozado en una gran capa que le cubria, y cuyos ojos á pesar de la oscuridad, parecian algunas veces animados por una luz extraordinaria.

Daba las doce el reloj de la magnífica Iglesia Metropolitana, cuando al pasar los dos embozados frente á la parroquial de S. Andrés, advirtieron que en una pequeña casa contigua á ella, las ventanas de un piso bajo dejaban escapar por sus requicias una luz escasa y amortiguada. No era esto digno de llamar la atencion, á no ir acompañado de unos quejidos débiles como de un niño recién nacido, y de otros aun

mas fuertes, que revelaban una situacion desesperada en el que los proferia.

Acercáronse nuestros dos desconocidos, y el que al parecer tenia mas autoridad, mandó á su compañero que llamase á la puerta, con el fin de saber la causa de los desconsoladores ayes que se escuchaban.

Obedecióle aunque á su pesar, y al tercer golpe que dió, cuando ya su vibracion se iba perdiendo en el espacio, una voz varonil respondió desde dentro, y abriéndose la puerta se asomó á ella un hombre joven aun, pero acabado por los padecimientos.

Al ver las figuras poco sospechosas de los dos caballeros, les invitó á que entrasen, conceptuando que quizá podrian servir de algo á los que tan á deshora le visitaban.

—Buen hombre, le respondió el mas alto, no ha sido nuestro intento incomodaros. Oimos los lamentos que salen de vuestra casa, y á fuer de hidalgos y españoles, deseamos socorrer á nuestros hermanos. Si está al alcance de los hombres aliviar vuestra desventura, sea cualquiera su causa, yo estoy dispuesto á haceros ver que la Providencia no está lejos aun en los momentos mas afflictivos. Hablad.

—Larga sería esa relacion, generoso caballero, y requeriria otro lugar mas digno de vuestra merced. Pero ya que no quereis honrar mi pobre habitacion, os haré un sucinto relato de mi angustiado estado. Soy artesano y esposo de una infeliz que yace en este momento en el lecho, agoviada por una cruel enfermedad. Hace varios dias que me hallo falto de trabajo, y en este intervalo mi mujer ha dado á luz un hi-

jo, que en otros momentos hubiera sido mi felicidad, pero que ahora es causa de mi desventura.

—Estraña contradiccion, exclamó el caballero; explicaos.

—Es que, prosiguió el artesano como temeroso de pronunciar lo que le faltaba, es que por mi falta de medios, ese hijo que debia hacer mi felicidad en este mundo, está próximo á salir de él, sin que lo purifiquen las aguas del bautismo. Señor, hace ocho dias que vive. y aun no ha entrado en el gremio de la Iglesia, por falta de un poco del despreciable metal para comprar este derecho.

—D. Pedro, le dijo, mañana dispondreis lo necesario para que con arreglo á mi clase se practique la sagrada ceremonia. Y tú, añadió dirigiéndose al mancebo, ve si aceptas el ofrecimiento que te hago de ser padrino de tu hijo.

—Señor, respondió el agradecido artesano, si en algun tiempo pude dudar de una Providencia que me abandonaba en los momentos de dolor, hoy conozco su mano en las palabras de consuelo que generosamente me dirigís. Cualquiera que seais, noble ó pechero, nonrado ó delincuente, acepto vuestra oferta, como emanada de una voluntad suprema; y en pago de ella me reconozco en cuerpo y alma vuestro esclavo.

—Cuál es el arte en que te ejercitas? preguntó el caballero, advirtiendo esparcidas por el portal algunas herramientas que le eran desconocidas.

—Soy tornero, é hijo del mejor maestro que en dicho oficio se ha conocido en la ciudad.

—Pues bien, toma para remediar tus mas urgen-

tes necesidades, y olvida que aun por un momento dudaste de la imparcial justicia del que lee hasta en lo mas profundo de tu corazon la ardiente fé con que le bendices.

Esto dijo alargándole un bolsillo lleno al parecer de oro, segun el sonido argentino que dejó escapar pasando á la mano del sorprendido tornero.

—Hasta mañana á la hora de la ceremonia, añadió el caballero despidiéndose con un saludo majestuoso.

—Hasta mañana, repitió el artesano; y queriendo añadir algunas palabras de agradecimiento, tendió la vista á su alrededor y se encontró solo como si todo cuanto habia visto y escuchado hubiese sido un sueño.

Los dos caballeros habian desaparecido: pero el bolsillo que aun se hallaba en su mano, dejaba conocer bien á las claras que era real y efectivo el diálogo que acabamos de referir.

De allí á pocos momentos la calle de Elvira se hallaba silenciosa como una tumba. Solo de vez en cuando se oia el cóncavo bramido de la tormenta que se alejaba.

II.

Magnífica y suntuosamente decorada se hallaba la nave principal de la Iglesia de S. Andrés en la noche

siguiente á aquella en que principia nuestra historia. Brillantes arañas sosteniendo innumerables bujías de blanca cera, reflejaban en las losas del pavimento mil caprichosas figuras, que solia desvanecer el paso precipitado de algun sacerdote, dirigiéndose hácia el presbiterio para prepararse á la ceremonia. En una de las capillas próxima á la puerta de entrada, el lujo sagrado habia recurrido á toda su magnificencia, para deslumbrar á los que presenciaban tan misteriosos preparativos.

Infinidad de preciosos cuadros y rieas colgadas de damasco cubrian sus paredes, y en medio de ella sobresalia como un símbolo de pureza, la blanca pila cuyas aguas borran la imagen del pecado. Los sonidos metálicos de las campanas que repicaban á vuelo y que en alas del viento se estendian hasta los confines de la ciudad, llamaban la atencion de sus moradores, que se dirigian solícitos hácia el templo, ignorantes de la solemnidad que se preparaba.

Hasta para las personas que indudablemente habian de hacer un papel principal en ella, era un secreto cuál fuese el niño á quien la Iglesia iba á hacer tan ostentoso recibimiento. Al cura le habian dado las órdenes y el oro suficiente para cumplirlas, y recorria en vano su memoria, tratando de adivinar un nombre que pudiera aclararle los acontecimientos que preveia.

La multitud veia con impaciencia trascuir los instantes. Solo faltaban los personajes principales para la ceremonia, cuando el tornero y una parienta anciana conduciendo á un niño en sus brazos, atravesaron la puerta de la parroquial de S. Andrés. A vista de la

importante perspectiva que se les presentaba, se habían detenido junto al umbral, retratándose la mayor sorpresa en el rostro del mancebo.... Pero una voz amiga que recordó haber oído la noche anterior pronunció la palabra «adelante,» y como si hubiese sentido el contacto de una barita mágica, el tornero atravesó la multitud yendo á situarse en medio de la capilla, con no poco asombro de los que aguardaban en su lugar algun poderoso magnate. Un caballero cubierta la faz con el embozo se hallaba á su lado, y el cura prevenido de que el pobre artesano á quien pocos dias antes habia llegado su auxilio, era el que ahora ostentaba tanto boato, se preparaba para cumplir los sagrados ritos,

Los ecos de las capillas y de las bóvedas repitieron las sonoras voces del órgano. En aquel momento se daba principio á la ceremonia.

Breve fué su duración. Habia llegado la hora de saber el nombre del padrino á quien se atribuia la gloria de ser el autor del lujo y la magnificencia desplegada. El párroco pasó á estender la partida y escribió hasta el momento de preguntarlo.

Entonces salió el embozado caballero del grupo en que se ocultaba, y se fué acercando lentamente hasta dominar la multitud.

A las dos primeras preguntas que se le dirigieron, contestó llamarse Felipe, sin descubrirse ni añadir su apellido segun costumbre.

La multitud aguardaba ansiosa el desenlace. El sacerdote sorprendido y aun irritado por esta falta, repitió con voz alterada la fórmula de «*Fué su padrino...*»

—Felipe, volvió á repetir el desconocido.

—De qué? insistió el cura con acento que en vano quiso hacer firme.

—*Felipe II, Rey de España y de sus Indias*, contestó aquel á quien se dirigia, y tirando el embozo descubrió á los ojos de los atónitos circunstantes la severa faz del hijo de Carlos I.

Imposible pintar los diferentes efectos que produjeron aquellas palabras. El sacerdote herido súbitamente como de un rayo, cayó contra las losas del pavimento, y al intentar levantarlo vieron que habia lanzado el último suspiro, á causa sin duda de tan repentina revelacion.

La sorpresa se retrataba en todos los semblantes. El tornero, confundido por el inesperado honor que recibia su hijo, contrayendo tan estrecho vínculo con el poderoso monarca de dos mundos, no osaba ni aun respirar, temeroso de ver desaparecer como el humo un sueño tan lisonjero.

La partida acabó de estenderse por el beneficiado de S. Andrés y la comitiva se dirigió silenciosa hácia la casa del tornero.

De allí á pocos momentos el gran rey atravesaba el umbral de la humilde habitacion donde reposaba la madre del nuevo cristiano.

se refirió al gran rey, en cuyos dominios jamás se
ocultaba el sol, según expresiones de un historiador
contemporáneo (1).

III.

(1) Hasta hace pocos años, el archivo de la parroquia de S. Andrés, se encontraba en sus libros de asiento una partida, cuyo tenor principal era el siguiente: Yo D. F. de T. cura párroco de la parroquia de S. Andrés de esta ciudad, bautizo solemnemente a Felipe, Juan, Matías de la Encarnación Jimenez, hijo, etc. Fue su compadre...

Han trascurrido algunos años, desde los acontecimientos que acabamos de referir. Contiguo á la parroquia de S. Andrés se ostenta una magnífica casa edificada al gusto de la época, y cuyos pisos bajos están adornados de suntuosos aparadores, donde se admiran las mas caprichosas y esquisitas obras de tornería.

Un hombre, en cuyo semblante rebosa el convencimiento de su propia felicidad, se entretiene en pasar su mano por la blonda cabellera de un hermosísimo adolescente.

Los lectores habrán conocido en el primero al pobre artesano que figura muy principalmente en esta historia, y que á la sazón, rico y feliz, era uno de los agentes secretos que en cada poblacion mantenía la política de Felipe II.

El niño á quien tanto cariño demostraba, era el mismo á quien sirvió de padrino su monarca, en uno de aquellos momentos en que el corazón está predisposto á los instintos generosos.

Nadie al oír al rico artesano hablar del compadre de su hijo, podría ni aun remotamente figurarse, que

se referia al gran rey, en cuyos dominios jamás se ocultaba el sol, segun espresiones de un historiador contemporáneo (1).

(1) Hasta hace pocos años, en que un incendio destruyó el archivo de la parroquial de S. Andrés, se encontraba en sus libros de asientos una partida, cuyo tenor principal era el siguiente.—Yo D. F. de T. cura párroco de la parroquial de S. Andrés de esta ciudad, bauticé solemnemente á Felipe, Juan, Maria de la Encarnación Jimenez, hijo etc. Fué su compadre..... Aquí habia un gran borron como si la pluma hubiese caido de la mano que la sostenia. En seguida continuaba de otra letra: Fué su compadre el Sr. D. Felipe II de Austria, rey de España y de sus Indias.

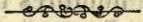
La partida comenzada por el cura, estaba firmada por el beneficiado á causa, segun esplicaba una nota, de haberle producido la muerte tan repentina é inesperada revelion. Este es el fundamento histórico de cuanto acabamos de referir (N. del A.)



LOS DOS PINTORES.

POR

D. Luis de Moutes.



*A mi amigo el Sr. D. Aureliano Fernandez - Guerra
y Orbe.*



Curiosa al par que interesante es la historia de las bellas artes de Granada. Esta ciudad en la que se formó la cuarta escuela española de pintura, y que reconoce por jefe al racionero Alonso Cano que sobresalía tanto en este ramo como en los de escultura y arquitectura, produjo muchos y escelentes profesores, cuyas preciosas obras confinadas en los cláustros y en las capillas de sus innumerables conventos, apenas han sido conocidas hasta ahora, en que reuniéndose todos los objetos artísticos, que se han podido salvar de las revueltas pasadas, en el museo provincial, han aparecido cuadros que podían rivalizar, tanto en la composición, en el dibujo y en el colorido, con lo mejor que han producido las escuelas italiana, flamenca y

francesa. Vense allí vírgenes con la espresion y dulzura de las Madonas de Rafael, cabezas tan valientes como las del Corregio, grupos tan bien entendidos como los de Lesueur, paisages tan amenos como los de Berghem; en fin, se encuentra el colorido del Ticiano, la valentía de Rembrandt y el exacto dibujo de Vinci.

Y sin embargo, en la historia de las bellas artes eran desconocidos los nombres de Cano, Bocanegra, Sevilla, Mesa, Herrera Barnuevo, Ciesa, Cotan, Mora, Mena, y otros ciento orgullo de Granada, hasta que al colocar en las suntuosas galerías del Louvre los cuadros que el Barón Taylor adquirió en 1836 y 37, dijeron los pintores extranjeros: esas son obras maestras, y proclamaron á Cano un pintor de primer órden; buscaron con ansia sus obras, y anunciaron á la Europa artistica la existencia de una nueva escuela, la de Granada: entonces volvieron los ojos hácia esta ciudad, y buscaron las preciosas obras de los grandes pero modestos artistas que habian trabajado con una fe verdaderamente religiosa en una profesión, que aun cuando estimada, no les proporcionaba otra recompensa que la de ver sus obras embelleciendo las capillas y los cláustros de las iglesias.

Curiosísima, repetimos, seria la descripción histórica de las bellas artes de Granada; pero habiendo desempeñado este trabajo con mucho tino y maestría, aun cuando con rapidez, otra pluma (1), renuncia-

(1) Bellas artes de Granada: memoria histórica que en la apertura del Museo provincial de Granada, pronunció el Señor D. José de Castro y Orozco, presidente de la comisión científica de la provincia.

mos á él, y nos limitaremos á dar á conocer á uno de los mas aventajados discípulos del racionero Cano, considerándolo bajo el doble aspecto de hombre de sociedad y de artista.

Inmenso era el gentío que circulaba por las calles y plazas de BibRambla de Granada el dia del Corpus del año de 1688, atraído no tan solo de los lugares circunvecinos, sino tambien de las ciudades de Málaga, Sevilla, Córdoba, Jaen, Murcia y Almería por la fama de las suntuosas fiestas que el Ayuntamiento habia dispuesto para celebrar tan grande solemnidad. Acababa de regresar á la catedral la procesion con sus innumerables comunidades religiosas, sus tribunales, sus corporaciones, y las alegorías que la acompañaban, y todo el mundo recorría la carrera adornada de esquisitas colgaduras, y de magníficos lienzos alusivos al Sacramento pintados por los mas sobresalientes profesores de la ciudad. Unos forasteros examinaban con embebecimiento los hermosos jardines, y los caprichosos juegos de aguas que se habian improvisado en el centro de la plaza: otros, y no eran los menos entre los que se veían los elegantes jóvenes de aquella época, seguían los pasos de alguna doncella escoltada de dueñas y escuderos, cuya hermosura habian adivinado por unos ojos que brillaban á través del velo que ocultaba su fisonomía: aquí, habia algunos que leían las composiciones poéticas que con profusion aparecían en las galerías de la plaza: mas allá, se advertía un grupo de labriegos que miraba con éstasis los caprichos de las carocas, y finalmente, observábanse unos cuantos individuos que por su porte indicaban ser personajes de importancia, ana-

lizando y comentando las bellezas y los defectos de los cuadros al óleo que estaban espuestos en un sitio preferente.

—Admiro sobremanera, decia uno que por su toga manifestaba pertenecer á la Chancillería, la dulzura y la suavidad del pincel de D. Pedro Atanasio Bocanegra: he ahí una vírgen con toda la belleza celestial que puede adivinarse de la madre de Dios; esa cabeza llena de bondad, esa frente purísima, esa rubia cabellera que parece ondular por el movimiento del aire, y esa vestidura tan natural revelan un pintor de un mérito sobresaliente y como á tal reconozco á Atanasio.

—Concedo todo cuanto vuestra señoría indica, repuso un inquisidor que estaba á su lado, pero si admiramos á Atanasio, no neguemos la misma admiración á Juan de Sevilla de quien es el cuadro que está al lado: miren vuestas mercedes ese Evangelista, esa cabeza inspirada que se destaca tan valientemente del fondo, esos toques tan atrevidos, esa mezcla de tintas para producir un efecto tan sorprendente. Si los amigos de Atanasio no vacilan en llamarle el Rafael Granadino, no titubearé yo en llamar á Juan de Sevilla el Anibal Carracio español.

—Ay amigos, exclamó un anciano, ya han concluido los buenos dias de la pintura: murió Velazquez, murió Murillo, murió Cano....

—Pero vive Atanasio; interrumpió un individuo que se aproximó al grupo y que llamó al instante sobre sí la atencion de todos.

Y en efecto debia llamarla, porque pocos hombres presentaban reunidas en su persona cualidades mas

contradictorias. En su frente se veían unas líneas puras indicio de bondad y aun de grandeza, al par que las ligeras arrugas que se distinguían entre sus ojos le daban un aire de dureza desagradable: al examinar su boca podría descubrir un fisonomista en el modo con que comprimía los labios un ser insensible y orgulloso; otro al examinar sus ojos negros brillantes y rasgados hubiera visto en ellos la vasta concepción, el genio capaz de crear obras sublimes; pero también hubiera adivinado por el modo con que los fijaba en los objetos, que nada en el mundo podía hacerlos bajar, seguro como estaba de superioridad sobre todos los que le rodeaban. Su traje suntuoso y del mayor gusto indicaba un sugeto que pertenecía á la mejor sociedad, y el aire de seguridad y satisfacción con que se acercó al noble grupo manifestaba la confianza que tenía con aquellos señores.

—No dudo de que aun existen los felices días de la pintura, contestó D. Francisco Toledo, sugeto de la primera nobleza de Granada, pues aunque han muerto los grandes pintores que se acaban de citar, viven todavía los discípulos que han heredado su genio: si falta Velazquez, vive Claudio Coello, si no existe Murillo, tenemos á nuestro amigo Atanasio, y si lloramos la muerte de Cano, nos consuela el ver que sus discípulos Mesa, Gomez, Cieza y otros siguen por la senda de perfección que él trazó.

—Demasiado limitan vuesañorías el número de pintores actuales, puesto que lo circunscriben á los profesores granadinos (repuso un jóven como de hasta 25 años que se habia acercado á examinar los cuadros), y si en verdad estos son buenos, no les van en zaga

los de las escuelas Sevillana, Madrileña y Valenciana.

—Pinturas de todas esas escuelas he visto y examinado en Sevilla y Madrid, y no les cedo en ningún modo la preferencia, contestó con acento orgulloso Atanasio: si la de Madrid sobresale por la corrección del dibujo, y la poesía en el colorido, la de Sevilla por la pastosidad y dulzura de este, observando fielmente á la naturaleza, y la de Valencia por sus brillantes tintas y la feliz contraposición de claro oscuro; la de Granada reúne las cualidades enunciadas: y sino, díganme vuestras mercedes: ¿se puede exigir mas pureza en el dibujo y mas efecto que el que hay en el cuadro de la Trinidad de S. Diego, obra del racionero? Se puede pedir mas brillante colorido, un colorido digno de Wandick, al cuadro de S. Fernando de nuestro amigo Sevilla?...; y... seamos francos: ¿qué pedirá el mas exigente á mi cuadro de S. Bernardo, y á mis vírgenes? yo, señores, no cedo á nadie en mi arte, y aun cuando parezca alabanza propia, digo aquí públicamente que viviendo yo le quedan aun gloriosos dias á la pintura granadina.

—No seré yo quien niegue las bellezas de esta escuela, repuso el jóven, mas, puesto que quereis hacerla resaltar á espensas de las demas, no debo permitirlo por honor á todas ellas y particularmente á la de Madrid,

—Sois pintor, por ventura?

—No me tengo por tal, contestó con un tono visible de ironía, pero al despedirme de Claudio Coello mi maestro, me dijo: puedes pintar sin temor delante de todo el mundo.

—Y pintaríais delante de mi?

—Pintaría delante de vos.

—Sin temer quedar vencido?

—Pudiera suceder que no lo fuese.

—Mucha presuncion teneis, caballero.

—Se ha despertado todo el orgullo de mi profesion al oiros hablar tan desdeñosamente de los demas pintores.

—Sabeis quien soy?

—Sí señor; sois D. Pedro Atanasio Bocanegra, discipulo el mas aventajado del racionero Alonso Cano, pintor de cámara de S. M. rival de Juan de Sevilla.....

—Basta: puesto que conociéndome persistis en vuestro empeño, os propongo un desafio artistico: retratémonos mutuamente, y aquel que mejor lo ejecute será el vencedor.

—Aun cuando no es la pintura mi profesion favorita, acepto.

—Pues quién sois voz?

—Yo, contestó con fingida humildad el jóven, un simple albañil que se ha opuesto á la plaza vacante de maestro mayor de obras de la Catedral.

—Seriais.....

—Teodoro Ardemans, pintor, arquitecto é hidrúulico de la escuela Madrileña, repuso haciendo un saludo, y despidiéndose del noble grupo.

Mucho se habia estendido por la ciudad la noticia del desafio entre los dos pintores, y todos los aficionados ansiaban porque llegase el dia para presenciarlo. Una doble curiosidad los escitaba; la de ver una muestra del talento artistico de Ardemans, y la de considerar al orgulloso Atanasio frente á frente de un

rival digno de él. Los que conocían el carácter de este presagiaban, si vencía, un considerable aumento en su porte altanero, y si era vencido que no podría tolerar esta afrenta, cuando se tenía por el primer pintor de la época: y en efecto, había dado tantas y tales pruebas de maestría en su arte, que bien se le podía disculpar en algun tanto su orgullo, cuando todo artista necesita tener un convencimiento de que vale algo, para no desalentarse, y adelantar y crear, y aventajarse á sí propio en cada nueva obra que emprende: hasta entonces solo había tenido por rival á Juan de Sevilla, pintor esclarecido, discípulo de Pedro de Moya; pero la supremacía había quedado indecisa, porque si Atanasio era inimitable en sus Virgenes pintándolas con la dulzura de Murillo y la gracia de Rafael, Sevilla, que se había encastado en el estilo de Wandick, le era superior como colorista, y era mas valiente en sus composiciones sin perder por eso la gracia en sus figuras de Virgenes: así que, cuando se le presentaba la Concepcion de la Cartuja de aquel, oponia su Ascension de la capilla de Santa Teresa en la catedral, y cuando le enseñaron los dos magníficos lienzos de Atanasio, fijos en los altares colaterales de la iglesia metropolitana que representan á S. Bernando, y á Jesus en la columna, contestó pintando otros dos que colocó en los medios puntos encima de aquellos, representando, á S. Basilio dando la regla á S. Benito, y un martirio de S. Cecilio: de modo que ambos habían dividido, desde la muerte del gran Cano, la supremacía de la pintura en Granada.

Ahora se presentaba un nuevo rival, de otra escuela, jóven y atrevido; demasiado era esto para es-

citar el orgullo de Bocanegra, á quien habian desvanecido en algun tanto los honores de pintor de cámara con que el rey Cárlos II habia recompensado su magnífico cuadro que representaba el geroglífico de la justicia que pintó para S. M. por recomendacion del Marqués de Mancera.

Llegó por fin el ansiado dia, y se presentaron ambos campeones en casa de D. Francisco de Toledo, en la que se hallaban reunidos una multitud de caballeros amigos de ambos y de la mas esclarecida nobleza. Antes de empezar los retratos, ya estaban divididas las simpatías de los circunstantes á favor de los pintores. Los unos, amigos y entusiastas de Atanasio contaban por seguro su triunfo; los otros á quienes habia interesado la juventud y desembarazo de Ardemans leian en sus ojos que no se lo dejaria arrebatarse tan facilmente: todos esperaban con la mayor impaciencia, de modo que cuando D. Francisco presentó la paleta y los pinceles á los dos rivales, y comenzó el jóven Madrileño á pintar, (pues fué el que principió) suspendiéronse todas las conversaciones, fijáronse todos los ojos en su mano, y apenas se oia otro ruido que el golpeteo de los latidos del corazon de ambos, y la respiracion entrecortada de los circunstantes.

Imponente era en verdad aquel espectáculo, pero apenas influyó en el ánimo de Ardemans, que repuesto en el momento de la ligera conmocion que experimentó al empuñar los pinceles, empezó con mano firme el retrato de Atanasio sin haber hecho trazo ni tanteo ninguno. Grande fué el asombro de los que estaban presentes al ver la seguridad con que pasaba

los pinceles cargados de colores por el lienzo, y al observar como brotaba casi por encanto la severa fisonomía de Atanasio con su frente plegada, sus ojos llameantes, sus labios comprimidos, y sus mejillas encendidas de orgullo: menos de una hora habia pasado desde que comenzó, cuando levantándose, exclamó.

—Es este Atanasio?

—Bien; escelente; admirable: gritaron todos precipitándose hácia el caballete. Inclínose tambien Atanasio, y al ver su retrato en el que no halló un defecto ni en el parecido, ni en el dibujo, ni en el colorido, palideció de repente y guardó un profundo silencio.

—Ahora os toca á vos, dijo D. Francisco Toledo alargándole los pinceles.

—Dispensadme señores, contestó: me seria imposible en este momento, pero otro dia continuaremos sino hallais en ello inconveniente.

—Me conformo, exclamó Ardemans: el señor tendrá la bondad de designarlo.

—Pasado mañana, contestó, despidiéndose de todos y bajando apresuradamente la escalera.

Terrible golpe habia sido este para su amor propio: él, el primer pintor de Granada se aterró al ver la facilidad y la maestría de su rival, y no consideró, tan ciego estaba, que un retrato hecho con mas ó menos felicidad no constituye un pintor; que en caso de que Ardemans le hubiese aventajado en la ejecucion del suyo, no perdía una reputacion legitimamente conquistada con innumerables obras en las que estaba impreso el sello de su genio, y finalmente, que podia haberle propuesto á seguida un cuadro de composi-

cion en el que indudablemente el triunfo hubiera sido suyo: pero no; solamente miró que habia hecho una obra perfecta en un brevisimo tiempo, y esto en presencia de sus amigos, y ciego de cólera y avergonzado interiormente, entró en su casa, y tirándose sobre un sillón inelinó su abrasada cabeza sobre las manos, y quedóse con el alma dominada por un solo pensamiento, el de su humillacion.

Mucho cundió por Granada esta noticia, y todos esperaban el desenlace de un suceso que tenia en espectativa todos los ánimos, cuando al encontrarse reunidos en casa de D. Francisco Toledo todos los caballeros que habian asistido á la sesion anterior, esperando á Atanasio, vieron entrar á D. Francisco quien con acento trémulo, les dijo.

—Es inútil esperar, señores, D. Pedro Atanasio Bocanegra ha muerto.

—Ha muerto! exclamaron todos.

—Sí: una conmocion cerebral ha concluido sus dias; acabo de saberlo en este instante.

—Lloremos su muerte, señores, dijo D. Teodoro Ardemans, porque las bellas artes españolas han perdido uno de los mas ilustres pintores de la época.



ción en el que indubitablemente el trabajo hubiera sido suyo; pero no; solamente miró que había hecho una obra perfecta en un brevísimo tiempo, y esto en pre-

CUADRO DE LA CHANFAINA.

un sillón inclinado, en el que se echó sobre las manos, y púesose con el alma dominada por un solo pensa-
miento, el de su humillación.

Muchos cuadros por grandes esta noticia, y todos esperaban el desenlace de un suceso que tenía en es-

D. José Gimenez-Serrano.

pectativa. Entrárase repentinamente en casa de D. Francisco Toledo todos los caballeros que habían asistido a la recepción anterior, esperando á Alansio, vieron entrar á D. Francisco quien con acento tremulo, les dijo.

—Es inútil esperar, señores, D. Pedro Alansio ha caído en la muerte.

El 5 de marzo de 1660 caminaban de mañana, por el tristísimo carril que conduce al monasterio de la Cartuja granadina, un clérigo y un rapazuelo que jadeaba abrumado con el peso de un lienzo de dimensiones colosales.

Alto, enjuto, aguileño de rostro y fiero en la mirada era el clérigo: sus manteos derrotados tenían un color medio entre la aceituna de agua y el ala de la moscarda; su porte parecía de soldado, un andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones. Tan extraño conjunto se comprende revelando el nombre del clérigo, que no era otro sino Alonso Cano, insigne pintor, y escultor famoso entre naturales y extranjeros.

—Vamos, Juan, que preciso es hablar con el P. Gerónimo antes de que pruebe un bocado, pues se pone intratable á los postres. Poco resta, hijo mio, con que ánimo, valiente.

Esto decia para alentar al jovenzuelo, con tan paternal acento, que, á pesar de su arrugado entrecejo y escéntrica catadura, bien demostraba, á su pesar, un hermoso y caritativo corazon al través de sus rudas maneras.

Apretó el paso el aprendiz, y llegaron amo y mozo á la portería, que les fué franqueada por un barbudo donado.

Atravesaron el *compás* melancólico, poblado de cipreses y madreselvas, y dejando á un lado la iglesia, que por aquellos tiempos no se habia concluido, penetraron en el claustro gótico labrado por los primitivos fundadores. Con silenciosa cortesanía los recibió un monje, en cuyo rostro demacrado revelábanse la abstinencia y el ascetismo mas severos, y Cano mientras, dijole con acento conmovido y estrechándole la enjuta mano:

—¡Bien purgais, capitan, vuestras locuras!

—¡Morir tenemos! contestó con tono reposado, pero terrible, el monje, despertando como herido por aquel mundano recuerdo de sus pasadas aventuras.

—Sí, encomendadme á Dios, que gratas le serán las oraciones de tan arrepentido y valiente corazon.

Abrióse a este punto delante de los tres la puerta de la celda del P. Gerónimo: el convertido capitan se inclinó sin mirar al pintor, y retiróse.

Alonso Cano penetró en la habitacion que le franqueaban, y colocó su cuadro á buena luz, con la co-

queteria de los artistas, descorrió el lienzo blanco que cubria la pintura y, sin mas preámbulos, dijo al reverendísimo:

—Veamos qué le parece á vuestra merced.

Era el P. Gerónimo un monje con puntos y collar de mundano.

Administraba los bienes de la comunidad, tenia el derecho de salir á la ciudad, y de hablar con todos, y sin duda, por el trato ó por otras razones que el cronista ignora, habia engordado tan desmesuradamente, que mas parecia flamenco bebedor que ascético eremita.

—Bien, señor racionero, aunque dejadme poner las anteojeras. Dijo el padre, y sacó una caja enorme de plata, y de ella unos anteojos con aro dorado, que mas parecian dos cedazos de tabona. Colocóselos sobre las abultadas y romas narices, acompañando la operacion con un sordo gruñido, y se puso á contemplar la obra del artista.

Representaba la pintura el sagrado misterio de la Trinidad. Entre fúlgidos celages de oro, púrpura y topacios, entre resplandores vivisimos y agradables como la claridad del alba, estaba el padre con el grave y sublime continente del Creador del mundo, del Uno eterno, indivisible, sin principio ni fin: su rostro y su mirar, mas sublimes que los del Júpiter de Fideas, revelaban la purisima y ardiente inspiracion cristiana, del nombre del espíritu y no de la forma. Entre sus brazos estaba el Hijo de Dios, Cristo, desnudo y manifestando en los llagados miembros humanos las huellas que en su santísimo cuerpo habian dejado las impias manos de aquellos á quienes habia venido á re-

dimir a este valle de lágrimas. El Espíritu-Santo con la vívida lumbre de su amor iluminaba la figura del Padre y del Hijo, y como que los rodeaba con una aureola de fuego, que partía de su corazón de paloma blanquísima.—Era una obra acabada como las del Creador por esencia, y al verla por mano de hombre trazada, era preciso esclamar: «Cierto que el espíritu del hombre está hecho á imagen y semejanza de Dios.»

Mas nuestro reverendísimo cartujo, despues de mirar y remirar, refunfuño no muy conforme con nuestras opiniones.

—¡Bien! ¡phs! bien; pero yo hubiera puesto mas almagre en las nubes, y hubiera pintado mayor al Espíritu-Santo.

—Sí, á vuestra merced le gustan grandes las palomas, y sobre todo para la mesa; dijo Cano con aire sarcástico y lastimado, al ver tan mal comprendido su grandioso pensamiento.

—¡Oh! sí, las aves todas deben ser cebadas.

—Ello, en fin, como está ¿os acomoda? porque jamás retoco mis obras, repuso el pintor.

—No se irrité vuestra merced, que mas ven cuatro ojos que no dos. ¿Y cuánto vale su cuadro?

—Dos mil pesos, y diez ducados que dareis de propina á este mi aprendiz.

—¡Dos mil pesos! ¡Voto vá!... y se mordió el padre los labios por no echarlo rodando; y con diez ducados de coleta, ó *post scriptum*; pues no cuesta tanto el mantener un mes á la comunidad, aunque el señor Arzobispo venga á comer los cuatro jueves.

—Digoos, P. Gerónimo, contestó colérico y desen-

cajado el bilioso pintor, que soy el mayor de los men-
tecatos cuando sufro que taseis mis obras como si fue-
sen jamones alpujarreños, ó seron de peras guadise-
ñas. Juro por lo mas sagrado, que si no estuviérais
ordenado, y yo con estas hopalandas, habiais de pa-
garme cara tal demasia. Encubre, Juan, la pintura, y
vamos con ella á casa, que no es digno de la gran
imágen de Dios, quien tan mal comprende.

—Sosiéguese el señor racionero, que le daré hasta
mil y quinientos pesos, y un ducado para el portador
con tal que no se vaya usarcad descontento; pues algo
ha de quedar para el pintor del convento, que mas
que os pese, le dará un toquecito de rojo á esas nubes,
para su perfeccion.

Oir tal sacrilegio artistico, y revolverse como un
leon Alouso Cano hácia el obeso cartujo, obra fué de
un punto; mas contúvose, y contentóse con arrojar
tan tremenda mirada sobre aquella mole de carne,
que el buen P. Gerónimo se embebió en el anchuroso
sillon de baqueta, con la misma timidez que si hu-
biese sentido venir sobre su pecho dos furiosas pu-
ñaladas.

—Razon en vuestra cólera teneis, porque el cua-
dro es hermosisimo, pero aplacaos un tanto, que
el padre vendrá á la razon. Esto dijo un fraile
guardian de San Diego, que al caso allí se encon-
traba, y con tal dulzura que el racionero se sintió
desarmado y repúsole con cariño:

—Perdonad, reverendisimo; pero cosas se han ra-
zonado aquí, que mas debieran ser asunto de espadas
que de lengua.—Y comenzó sin reparo á envolver su
cuadro dando la espalda al otro monje.

—Dejadme que acabe de contemplarle; no todos pensamos como el P. Gerónimo: cada figura, cada nubecilla, cada pincelada es un tesoro de bellezas, dijo el fraile modesto de S. Diego.

Alonso Cano, apartó la cubierta y observó no sin complacencia, que el guardian se habia colocado en el mejor punto de vista.

—¡Oh sí! exclamó con entusiasmo el fraile, despues de una larga contemplacion; habeis comprendido la divina elevacion del profundo misterio de la Trinidad: así le comprendieron los padres. Esa es la luz, el fuego del Amor, la Omnipotencia, la Sabiduria. Obras tan grandes no tienen precio. ¡Quisiera poder ser rico como un emperador romano, para vaciar mis tesoros en vuestras arcas! Colocaria despues ese cuadro en el modesto altar de mi convento, y allí las almas de los fieles se elevarian ante esa imágen altisima de la Celestial Trinidad. Estasiado y enaltecido de noble orgullo oyó el pintor estas palabras, que partieron de un varón en aquellos tiempos célebre por su ardor en la fé, por su meditada sabiduria y su religioso fervor, y reflexionando un rato, dijo con jocosa solemnidad:—Tambien podeis darme, padre reverendísimo, algo que yo aprecio en mas que el diaero, y se-reis dueño de colocar ese cuadro en el altar de San Diego.

—Decid.

—La economia del pobre es mas á mis ojos, que la hacienda espléndida del rico.

—Economias no tenemos, señor, los que vivimos de la pública caridad, y partimos con los mendigos

nuestro pan; contestó humildemente el guardian de S. Diego.

—¿Pero al menos, no podríais darme hoy un plato de chanfaina para comer.

—Sí, señor racionero, que no es viernes, y para todo el convento se guisa.

—Pues tomad ese cuadro, que ya es vuestro, y acompañadme al convento, que allí cobraré el precio sentado en la mesa del refectorio.

Dudó al principio el guardian de la sinceridad de tan extraño contrato; pero en los ojos del racionero Cano vió pintada la franca generosidad de un artista, y se apresuró á mostrarle su agradecimiento.

—Fuera bernardinas, señor Alonso, os daré los dos mil pesos, dijo algo turbado el P. Gerónimo. Dicia se habia despertado con los elogios del fraile.

—Guardadlos enhorabuena para engordar á la comunidad, si es tan poco ascética como vuestra paternidad, y callo,.... por no traspasar el antemural del decoro que mi cólera combate desesperada.—Vamos, padre guardian.—Hijo, añadió dirigiéndose á Juan, vé á casa y que vendan ese dibujo para el gasto de hoy, que yo haré mi comida con los frailes de San Diego.

Dicho esto, se asentó á una mesa, trazó con la pluma la mas picante caricatura que verse puede, donde se retrataba al buen P. Gerónimo con el parecido de dos cosas iguales entre sí, y salió sin despedirse del monasterio de la Cartuja.

Quince dias despues, se celebraba una fiesta en San Diego para inaugurar un famosísimo cuadro de la Trinidad, que acababa de colocarse en el altar mayor.

Asistieron todas las personas de valia que por entonces ennoblecian á Granada; predicó el P. Guardian un elocuentísimo sermón, y de boca en boca corria la historia que acabamos de referir, ensalzando todos la generosidad del racionero Alonso Cano.

Desde entonces, aquella pintura que se habia vendido por un plato de asadura condimentada, se llamó *el cuadro de la chanfaina*, y hasta nuestros dias ha conservado su nombre (1).

(1) El cuadro, origen de esta tradicion, se trasladó al Museo provincial cuando la estincion de los conventos, y de allí fué robado durante un baile de máscaras. Ahora con baldon de España adornara alguna galeria extranjera.



Asistieron todas las personas de valia que por entonces conohecian á Granada; predicó el P. Guaymas un eloquentísimo sermón, y de boca en boca corrió la historia de los hechos que acabamos de contar. Desde entonces, aquella pintura que se había vendido por un plato de asadura condimentada, se llamó el cuadro de la chofana, y hasta nuestros días ha conservado su nombre (1).

EL LAUREL DE LA ZUBIA.

POR

D. José Joaquin Soler de la Fuente.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,

en memoria del malogrado poeta
I.
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

- Por mi vida, conde, que el dia es placentero.
- Las brisas de la mañana convindan D. Alonso.
- ¿Dónde vais?
- ¿Y vos?
- Pts, ni lo sé; pero deseo pasear.
- Vamos pues, D. Alonso, puesto que lo mismo anhelo.

Y asiéndose del brazo los dos interlocutores, que no eran otros que el conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar, dieron la vuelta al real de Santafe, ciudad entonces compuesta de tiendas de campaña que formaban la misma traza de cruz que aun conserva,

donde la Reina Católica habia establecido su campo con toda la nobleza guerrera, y desde cuyo sitio dirigia las maniobras de las fuerzas castellanas que á sus órdenes militaban.

Nuestros paseantes, despues de haber rodeado toda aquella ciudad de lienzo, se alejaban del campo con direccion al sitio donde se encuentra el montecillo llamado hoy *Golilla de Cartuja*, queriendo prolongar aquel matutino paseo, cuando oyeron á sus espaldas precipitados pasos. Detuviéronse volviendo atrás la cabeza, y vieron á Lope el escudero del conde de Ureña, que no tardó en alcanzarlos.

—¿Qué ocurre, Lope? preguntole éste, ¿por qué corres de ese modo...? ¿Vienes acaso en nuestra busca?

—Precisamente, señor, la reina os llama con urgencia, y á vos tambien, D. Alonso; vuestro escudero corre de tienda en tienda para encontraros.

—Vamos, conde, dejemos para otro dia nuestro paseo, pues que la reina nos necesita. Volvamos á Santafé.

Y tomaron el camino de la ciudad.

Llegados que fueron á ella, diriáronse á la tienda de la magnánima soberana de Castilla, y encontraron á la puerta al duque de Cádiz, al de Escalona, y á los condes de Tendilla, de Alcaudete y de Montemayor.

Tres palafrenes lujosamente enjaezados, se hallaban en aquel sitio, y los caballeros que tenian las riendas estaban con su uniforme de gala.

Aquellos preparativos indicaban que la reina iba á salir.

Efectivamente, poco tardó en aparecer á la entrada de su tienda. Llevaba un vestido de terciopelo negro de mangas sueltas y abierto por delante, y una gorrita del propio color sujetaba los abundantes rizos de su cabellera caída graciosamente sobre sus espaldas. La banda real cruzaba su pecho, y un bastoncito con puño de oro, señal del mando que usaba con la esquisita táctica del general mas diestro, aparecia en su derecha mano. Sus hijos el príncipe D. Juan y la infanta D.^a Juana, tambien estaban con ella.

Saludó afablemente á todos los caballeros, y contestaron descubriéndose con la mas respetuosa reverencia.

En seguida la reina les habló en estos términos:

—Caballeros, los mas cumplidos de la corte de Castilla os he llamado para que me sirvais de escolta, con algunas lanzas que mandará el duque de Cadiz, á quien cometo este encargo, en el paseo que pienso dar por estos alrededores. Desde el dia en que me asustó el arrojó de Gonzalo de Córdoba penetrando en aquella fortaleza, que dijo ser de *Gallinas*, no he vuelto á gozar de la deliciosa perspectiva que tiene Granada, vista por cualquier parte, y hoy deseo acercarme un poco con este fin. Id, caballeros, disponeos á acompañarme, y disfrutaremos todos del espectáculo.

Inclináronse los capitanes, y partieron á prepararse para seguir á su reina.

El dia estaba, como dijo D. Alonso de Aguilar, bello, cual un dia despejado en la vega de Granada. No puede hacerse mejor comparacion. Era el sábado 25 de agosto de 1491. Brillaba el sol sobre un horizonte

limpido y hermoso, y el fuege de sus rayos lo templaban frescas brisas.

A las nueve salió de Santafé la brillante comitiva que habia dispuesto la reina para su escolta. Iban ésta y sus hijos sobre mansas cabalgaduras conducidas por engalanados palafreneros, rodeada de los capitanes que habia escogido, y el duque de Cádiz cerraba la marcha con dos mil caballos.

En este órden se alejaron por medio de la ancha vega.

II.

Grande silencio habia en los floridos jardines del real de Generalife. El ardiente sol del estio, obligaba á los gilgueros á esconderse entre el follaje de los naranjos, y las flores cerraban sus tornasolados pistilos, como temerosas de que sus rayos bebiesen el nectar de su cáliz marchitando su frescura.

Sin embargo, habia un sitio donde el espejo ramaje que le cubria vedaba la entrada al diurno planeta. Esta era una gruta formada por el mirto y ciprés, y entretejida de gayombas y enredaderas, en cuyo centro se gozaba de una suave frescura y del perfume de la flor.

Un plateado arroyuelo murmuraba circundando la

gruta, como envidioso de no poder entrar donde las brisas se ocultaban y las flores se abrían.

En el fondo y sobre el blando y fresco cesped que aquel suelo alfombraba, veíase á Boabdil muellemente recostado y medio dormido; una esclava de tez morena y negros ojos haciale aire con un abanico de plumas de cisne.

Todo era calma en aquel melancólico paraje y el rey de Granada, perezoso como un hijo del oriente, aprovechaba las horas mas calurosas del dia, para irse á la gruta que le proporcionaba la estancia mas grata que otro cualquier recinto de su palacio.

A las diez del mismo dia en que D.^a Isabel dispuso la salida del real, penetró un moro en Generalife, y se dirigió al sitio que acabamos de describir. No atreviéndose á entrar de prouito en la gruta, aplicó el oido por si percibia algun rumor, y no escuchándolo, dió una palmada, que fué respondida por otra que sonó dentro. Esta era la señal para prevenir á Boabdil que alguien deseaba verlo.

—Están, dijo para sí el árabe, démonos prisa, y entró en la oscura gruta.

Boabdil no varió de postura á la aparicion del moro; pero sus ojos estaban abiertos. La esclava seguia echando aire á su señor.

—Cosa muy urgente debe ser, exclamó este con dejadez, cuando se me viene á incomodar á este retiro! habla, moro, ¿qué te ha determinado á interrumpir el sueño de tu amo?

—Señor, contestó aquel sin detenerse un momento, tus fieles servidores respetan como deben el descanso de su rey, y no lo alterarian jamás por asuntos

frivolos; pero el de que te vengo á hablar, atañe á la monarquia. Dando ahora un acertado golpe, puede levantarse orgullosa é imponente.

—Habla, dijo Boabdil incorporándose, ¿qué es ese golpe de que tratas?

—En tu mano está darlo, y con él vida y esplendor al muslimico imperio.

—Di, moro, di, y no impacientes á tu señor.

—El vigia de la atalaya frontera á la puerta de Elvira, acaba de llegar presuroso al real alcázar. Trae la importante nueva de que la reina enemiga, acompañada de sus hijos y varios caballeros, con una reducida escolta, ha salido de ese pueblo que han formado á dos leguas de Granada con el nombre de Santafé, dirigiéndose hácia la talada aldea de la Zubia. Si dispones que un buen número de soldados les dé alcance antes de que puedan recibir socorros, ni valverse á su campo, es segura la victoria; la reina será tu prisionera, y las cosas variarán de aspecto. ¿Qué decides?

Reflexionó un momento Boabdil, y dijo al cabo:

—¿Cuánta gente, sobre poco mas ó menos, acompaña á la reina?

—Quinientas lanzas, segun ha dicho el vigia.

Volvió á pensar un instantes el rey.

—Pues bien, exclamó de repente: que se toque á reunion por los atables y chirimias; que se dispongan los dos tiros (1) que hay en la *Torre de las Prisiones*, y se apresten para la lucha cuatro mil de mis me-

(1) Cañones.

Jores Almoravides é igual número de los refugiados de Baza y Antequera.... Vuela: dispon lo conveniente para que tenga cumplido efecto mi mandato en el instante; y di al propio tiempo al Zegrí Alhamar, que ponga el arnés de guerra á su mejor caballo y venga á verme. Aquí espero.

Salió el árabe á cumplir las órdenes que habia recibido, y Boabdil, que durante el diálogo con el moro se fué levantando poco á poco hasta ponerse de pié, comenzó á pasearse, agitado con la esperanza de la prision de la reina, que casi veia ya realizada.

La esclava, con el abanico bajo, esperaba las órdenes de su amo en un rincon de la gruta.

No tardó en presentarse el Zegrí: venia ricamente vestido y con el alfanje y gumia que llevaba á los combates.

—¿Sabes que la soberana de Castilla ha salido de su campo? preguntó Boabdil al recién llegado.

—Toda la ciudad se halla enterada, señor, contestó el Zegrí haciendo una reverencia.

—Ocho mil soldados de todas armas, con los dos tiros de la Torre de las Prisiones, estarán dentro de pocos momentos prontos á marchar donde se le conduzca. A tí te he elegido para que dirijas esta expedicion. Te conozco, buen Alhamar: otras veces me ha sacado tu valor de grandes empresas, y por eso te confío esta, la mas delicada y de la que quizas pende la salvacion de mi reino.

—Juro por la tumba de Mahoma, respondió el Zegrí engreido con las alabanzas de su rey, morir en este lance ó traer prisioneros euantos cristianos no tiñan el suelo de la vega con su sangre.

—Gracias, Alhamar, gracias. No pierdas momento alguno: sal ahora mismo con tu gente por la *Puerta del Sol*, y dirígete hacia la que en su tiempo fué aldea de la Zubia; de esta suerte sales en su busca y na-la te digo mas: dame un abrazo y Alá vaya contigo....

A las diez y media de la mañana una division de granadinos, compuesta de ocho mil hombres entre de á pié y á caballo, y dos tiros á las órdenes de Alhamar, salió de Granada con grande grita y alborozo y tocando reciosatabales, dirigiéndose con buen paso hácia el sitio donde tambien se encaminaba D.^a Isabel, g norando el encuentro que le esperaba.

III

En el año de 1483, en una de las correrías que hicieron los cristianos en la vega de Granada talaron las aldeas de la Zubia y los Ojijares, volviéndose despues á los pueblos conquistados.

Al sitio donde se hallaba situada la primera, de la que aun existian varios restos abumados por el fuego, llegó D.^a Isabel con su acompañamiento. Hicieron alto; y apeándose aquella de su cabalgadura, con sus hijos y otros caballeros, se encaminaron á una casa

ruinosa que conservaba entero un piso superior. Subió allí la reina, y por una ventana se puso á mirar, como hizo en la colina de la *Casa de Gallinas*, el pintoresco y halagueño cuadro que por todos lados presenta Granada. Mas no bien tendió la vista por aquellas llanuras, cuando percibió el ejército enemigo, que rodeado de un grande polvarin, marchaba hácia el mismo sitio donde se encontraba.

Al instante bajó de la casa, y llamando al duque de Cádiz, que ya, como los otros caballeros, habia oido el eco de los morunos atabales, le refirió lo que viera desde la ventana.

Pronto cundió por la soldadesca que se las tenian que haber con moros, y todos anhelaban con ansia el momento.

No se hicieron esperar mucho tiempo los granadinos; y aunque la reina mandó que se hiciese cuanto fuera posible para evitar el combate, no pudieron lograrse sus deseos, porque los enemigos, animados por el número, avanzaban prontamente y con las mas hostiles intenciones.

Las tropas castellanas salieron á su encuentro, y les cortaron el paso. Entonces los árabes capitaneados por Alhamar, cargaron con espantosa furia sobre los cristianos, y se trabó una encarnizada y tenaz refriega.

Temiendo D.^o Isabel los resultados de aquella lucha cada vez mas obstinada y desigual por las superiores fuerzas mahometanas, se refugió con sus hijos en un espeso y grande bosque de laurel, que á la derecha de la aldea y próximo á la casita se estendia.

Hincose allí de rodillas, y elevando las manos al cielo exclamó con religioso entusiasmo:

—¡Padre mio! porque me concedais volver libre y salva con mis hijos y los caballeros que me han acompañado, al real de Santafé, hago voto solemne de no arriesgar mi vida ni la de mis soldados, con caprichos semejantes, y edificar un convento al glorioso san Luis, cuyo día es hoy, en el mismo sitio donde vi avanzar las tropas enemigas. (1)

Después de esta promesa inclinó D.^a Isabel su cabeza sobre el pecho, y abrazando á sus hijos, esperó con ciega confianza el resultado de la batalla.

Prolongábase está bastante tiempo: pues aunque cada bote de lanza, mandoble de espada y golpe de maza de los castellanos tendia mas de un enemigo, eran estos tantos, que neutralizaban la ventaja de los otros. Además, los disparos de los tiros, aunque mal dirigidos, no dejaban de causar muchos estragos, y el Zegri Alhamar animaba continuamente á los suyos con su grande valor y pujanza. Ya los castellanos iban cediendo desalentados al ver que los moros se rehacian y reforzaban continuamente. Ya retrocedian poco á poco no obstante las voces de los capitanes. Ya los árabes con espantosa griteria iban ganando el que dejaban los otros. La lucha tomaba un aspecto fatal para los soldados de la vega: otro impulso de los moros y se logra el proyecto de Boabdil, cuando el conde de Alcaudete, lleno de indignacion al ver la

(1) Pedraza; Historia eclesiástica de Granada.

decadencia de esp'ritu de los soldados, levantó en alto su espada y gritó con voz de trueno:

—Seguidme, soldados: ¡Viva Castilla! y se precipitó en medio de los enemigos, blandiendo á todos lados su terrible tizona, seguido de los demas caballeros. Los soldados llenos de vergüenza hicieron un desesperado esfuerzo y se arrojaron con impetu sobre los contrarios. Fué tan impensada la acometida, que sorprendidos éstos de aquel esfuerzo, cuando creian ya segura la victoria, retrocedieron un momento, que arovechado por el de Alcaudete y los otros, fué bastante á decidir el triunfo en favor suyo; merced tambien á los repetidissimos golpes que descargaban sobre las compactas masas agarenas.

Huyeron por último éstas en completo desorden hácia Granada, hasta donde fueron perseguidas por Aguilar, el de Ureña y demas capitanes y soldados, causándoles la muerte de mil moros y la toma de los dos tiros, con tres mil quinientos prisioneros. Entre aquellos se contaba el Zegrí Alhamar, que cumplió el juramento hecho á su rey, quien cayó en un profundo abatimiento al saber el doloroso fin del ataque.

Esta victoria contribuyó no poco á la conquista de la ciudad.

La reina, que durante el combate habia permanecido abismada en sus pensamientos y en continua agitación oyendo el espantoso estruendo de las armas y gritos de los soldados, cuando cesó tanta algazara con la huida de los Almoravides, no sabia si salir ó no del bosque, ignorando el resullado; pero no tardó

en ir á buscarla el conde de Ureña, quien le comunicó tan increíble triunfo.

Entonces D.^a Isabel volvió á prosternarse, y mirando fijamente al cielo dió gracias al Todopoderoso y al bendito S. Luis por haber atendido su ruego.

Despues volvió á subir á su palafren con los infantes, y tomaron el camino que conducia á Santafé acompañada de su escolta, cubiertos todos de polvo y sangre y en muy mal estado algunos; aunque pocos fueron los que murieron en la refriega,

En el camino encontraron al rey, seguido de todo el ejército, que sabedor de aquel lance iba en ayuda de su esposa. Grande fué el alborozo de D. Fernando cuando supo lo acaecido, y todos juntos volvieron á entrar en Santafé.

La reina D.^a Isabel cumplió sus promesas. Algunos años despues se edificó por su orden un convento en el lugar donde estuvo la casa referida, dándole por titular á San Luis, rey de Francia, en recuerdo de aquel memorable dia.

Este edificio, que fue habitado por religiosos franciscanos, ha sido destruido en su mayor parte; y no quedaria el mas leve vestigio de tan histórico monumento, si D. Andrés de Montes, rico propietario de la Zubia, con un celo digno de elogio, no hubiera comprado la iglesia, que es lo único que existe en la actualidad.

De los espesos bosques de laurel que se estendian en aquel paraje, solo queda un corto espacio; pero lo bastante para que merezca ser visitado por los amantes de las glorias y gratos recuerdos de su patria;

pues á la vista de este laurel es remontada la imaginacion á tan caballerescos tiempos y goza indefiniblemente el alma del poeta, al pensar que aquellos mismos árboles dieron proteccion á la reina, digna de las bendiciones de todos sus súbditos, y fueron testigos de las hazañas de unos héroes que honran las páginas de nuestra nacional historia.



De los espesos bosques de laurel que se extendían en aquel paraje, solo queda un corto espacio; pero lo bastante para que merezca ser visitado por los amantes de las glorias y gratos recuerdos de su patria;

—172—
LA

ESCALERA DE CHANCILLERIA

POR

D. José Joaquín Soler de la Fuente.

El marqués del Salar, uno de los ilustres ascendientes de esta noble familia en el reinado de Felipe II, quiso recorrer la España. Salió de sus dominios acompañado de numerosa servidumbre, y dirigióse primeramente á Granada, ciudad que le habian pintado como la mas bella del universo. Visitó la Alhambra, Generalife y demas lugares dignos de ser admirados, y cuya fama ha tenido eco en los mas recónditos paises del globo, y ya se disponia á salir para Madrid, á donde le llamaban con mucha prisa asuntos de interés, cuando uno de los principales señores de la ciudad que le habia acompañado en calidad de *cicerone*:

—Marqués, le hizo observar, si os marchais ahora, podreis decir que habeis visto los mas notables monumentos de Granada, pero muy bien puede ser que en vuestra relacion echen de menos alguno.

—¡Qué! ¿no los he visto todos? exclamó con asombro el del Salar.

—Casi todos, si señor, pero no el templo de la Justicia, la gran Chancilleria.

—Culpa vuestra será en tal caso semejante falta.

—No, marqués, iba á tener hoy el honor de llevaros allá.... pero os encuentro de improviso dispuestos á marchar de aqui.

—Entonces os suplico me lleveis ahora mismo á la Chancilleria, no perdamos tiempo; á la vuelta me marcharé.

Salieron ambos señores con direccion á la Plaza Nueva donde se halla la Chancilleria. Llevaba el marqués una sencilla y elegante ropilla de terciopelo azul oscuro, adornado con botones de azabache, una capilla negra, guarnecida de galon de seda del mismo color, y un sombrero pardo de ala ancha, en el que ondeaba una graciosa pluma blanca. A su lado caminaba el acompañante, y á alguna distancia detrás iban cuatro lacayos vistiendo la librea de la casa de que dependian.

Empezó la obra del edificio de la Chancilleria en 1584, y continuó hasta 1587, bajo la direccion de Martin Diaz Navarro y Alonso Hernandez: su fachada es bonita, con tres puertas, dos columnas de jaspe hay á cada lado de la de en medio, y sobre su entablamento se ve un leon de escultura que tiene en sus garras una tarjeta con una inscripcion en latin del

célebre cronista Ambrosio Morales, la que vertida al castellano, dice así: «A fin de que la grandeza del tribunal correspondiese á los solemnes asuntos que en él se tratan, el sabio Felipe II determinó engrandecer y adornar con decoro esta regia estancia, siendo presidente D. Fernando Niño de Guevara: año de 1587.» Siete elegantes balcones descansan sobre ménsulas, y sus ventanas están adornadas de jambaje de buen gusto. Sobre el balcon principal hay dos estatuas que representan la Fortaleza y la Templanza. Admiró el marqués todos estos pormenores que le hacía notar su acompañante, dió una vuelta alrededor de Chancillería, y entró por último en ella.

—Por mi fe que es pésima la escalera, exclamó subiendo la del edificio.

—Razon teneis, señor, contestó el guía: pero es solamente provisional. Cuando nuestro augusto monarca D. Felipe II despues de la batalla de S. Quintín trató de hacer S. Lorenzo del Escorial, mandó recoger todos los mármoles que estaban destinados á la conclusion del edificio: solamente le faltaba la escalera, y con objeto de hacerlo practicable, fabricaron la que veis, que es bastante mezquina y desdice notablemente de lo demas de la obra.

—Ciertamente: ¿pero qué es eso? ¿hay tribunal? Y al decir esto señalaba el marqués un magnifico salon, cuya puerta abierta de par en par dejaba ver una escena bastante imponente y majestuosa.

Estaban cubiertas sus paredes de un lujoso tapiz de grana, galoneado de anchas franjas de oro. En el testero de enfrente resaltaba el dorado marco de un magnifico retrato del monarca reinante, cubierto de

un suntuoso dosel. Debajo de éste y sobre un piso alfombrado, tres piés mas alto que el resto de la sala, y al que se subia por seis escalones adornados de elegantes balaustradas, estaban sentados en grandes sillones de terciopelo carmesí el presidente y demas jueces, puestas sus negras togas. Una mesa, vestida con tapete del mismo color de la colgadura, y en la que habia una escribania de plata, se hallaba en el centro de aquel recinto. A los lados de ésta, y sobre dos largos escaños, estaban los intérpretes de la ley.

Los seis escalones separaban de este lugar el sitio destinado al pueblo que acudia á presenciar los actos. En el testero opuesto al del retrato del rey, se veia sobre otro cuadro la diosa de la Justicia con la espada y la balanza.

Se hallaba reunido en pleno el terrible tribunal. El aspecto era en verdad grave y tremendo.

—Celebran juicio, llegamos á buena ocasion, dijo el que acompañaba al marqués.

—Me alegro, contestó éste: entremos.

Y así lo hizo seguido de su comitiva. Adelantóse distraido mirando á una y otra parte, parándose un momento observando bien lo que le chocaba, y volviendo á seguir pausadamente.

El pueblo que se encontraba allí reunido, admirado de la audacia del caballero, y juzgándole gran personaje por el séquito de lacayos, se replegaba hácia ambos lados dejándole un ancho espacio.

De este modo siguió el marqués hasta llegar á los escalones. Allí fijó la vista en los jueces. La indignacion se pintaba en sus severos rostros: los labios de algunos temblaban de cólera. Todos los ojos se cla-

vaban con visible espresion de enojo en la persona del marqués.

No se habia quitado el sombrero. La blanca pluma descollaba erguida sobre aquel, como orgullosa de su superioridad. El marqués no parecia notar la tormenta que mugia sordamente en su derredor amenazando confundirlo, y seguia en su minuciosa observacion.

Púsose entonces en pié el presidente, y dirigiéndose al del Salar:

—Caballero, le dijo con imperioso y ofendido ademán: caballero: salid al momento de este sitio; no profaneis con vuestro atrevimiento un lugar sagrado; no insulteis á la justicia.

Volvió de su distraccion el marqués al oir aquellas palabras, miró en torno suyo para conocer á quien fueran dirigidas, y se encontró con las miradas de todos. Alzó entonces la vista y se halló con la fulminante del juez que las profiriera, que asombrado de no verse obedecido, adelantó un paso, añadiendo con terrible voz:

—Repito que salgais, ó usaré de la fuerza: ugiere..... gritó con atronadora voz.

—Hasta ahora, señor oidor, no he comprendido que se trataba de mí, contestó con dignidad el marqués, que á haberlo notado antes, no hubiérais tenido necesidad de repetir vuestra orden. ¿En qué he faltado, pues, para que me obligéis á salir....?

—¿Y osais aun preguntarlo, cometiendo la audacia inaudita de presentaros ante este judicial tribunal con el sombrero puesto?



—Sabed, señor togado, que el caballero que á vuestro parecer comele un gran desacato presentándose cubierto en este lugar, usa en hacerlo de una de sus muchas prerogativas. Soy el marqués del Salar, caballero cubierto ante el rey y su corte.

—Marqués, respondió el presidente, si el rey os concedió tal privilegio en su corte, no pudo hacerlo en su tribunal de justicia; y yo, en representación del augusto soberano, no toleraré aquí que ningun caballero se cubra cuando se celebra tan sagrado acto; salid ó descubrios.

Encogiose de hombros el marqués, y salió sin quitarse el sombrero.

Detuvo su marcha para el dia siguiente; y antes de partir, llegó á su casa un alguacil con un pliego. Entregolo al del Salar, quien rompió el sello y leyó su contenido.

Era la notificacion de la multa que le habia impuesto el tribunal, por el desacato que cometiera el dia anterior.

—Bien está, contestó al portador, decid á esos señores que salgo al momento para Madrid donde reclamaré á mi soberano y él decidirá.

En efecto, su primer cuidado al entrar en la capital de la Monarquia, fué el de ver á Felipe II, á quien le refirió el suceso. Quedó el rey pensativo algunos instantes, y respondió al fin al marqués:

—«Eres caballero cubierto delante de mi real persona, pero no consentiré que nadie se cubra ante la sacratísima Justicia que representan allí mis oidores. Paga la multa, y sirva de ayuda de costas para cons-

truir la escalera de la obra comenzada.»(1)

No tuvo otro remedio el marqués.

Conforme lo habia ordenado S. M. pagó la multa que le impusiera la sala de Granada, con la cual fabricaron la escalera que hoy existe; y al tiempo de facilitar la suma, no pudo menos de esclamar:

¡Miren por qué causa se completa á mi costa el edificio de la Chancilleria de Granada!

(1) Gimenez-Serrano, Manual del Viajero.



LA
PUERTA DE LAS OREJAS.

POR

D. José Joaquin Soler de la Fuente.



I.



En una estancia de mezquina apariencia, en la que dos sillas de madera blancas y una cama de tablas, componian todo el adorno, estaba sentado un hombre como hasta de cuarenta y cinco años, con una pierna tendida sobre la otra silla, vendada con un lienzo, por cuya superficie aparecian algunas manchas de sangre. Una jóven, linda como una flor y fresca como su tallo, apoyada contra la cama, hacia media á la luz de un velon, que atado en el lazo de una cuer-

da que pendia del techo, difundia una claridad tenue sobre el aposento.

Serian las doce de la noche. El hombre se mostraba al parecer bastante impaciente, escuchando con avidéz el mas leve rumor que oia; y cuando el ruido era ocasionado por los pasos de alguna persona que atravesaba la calle tan á deshora, brillaban sus ojos de alegria preguntando con entrecortada voz:

—¿Será él?

La jóven, paraba su trabajo alargando la cabeza, la movia con amargura al sentir que los pasos se alejaban, y volvía á su tarea.

El reloj de la Chancilleria marcó las doce y media. A poco se oyó el violento caminar de una persona que marchaba casi corriendo, y dieron con la mano dos golpes en la puerta.

—¡El es! exclamaron á un tiempo el hombre y la jóven.

Dejó ésta su labor, y salió de la habitacion, volviendo á entrar á poco acompañada de un muchacho de diez y seis á diez y siete años, pobremente vestido, quien dirigiéndose al de la pierna tendida, dijo con balbuciente voz por la agitacion de la marcha:

—Buenas noches, tio Marcelo, ¿qué ocurre para llamarme....? pero, ¿qué veo? ¿estais herido?

—Sí, Luis, trabajando esta noche despues que vinimos de la plaza, se me fué la azuela de la mano y me di en esta pierna.... pero no se trata de eso; hace poco que he recibido una terminante órden del arquitecto, por la que se me manda que en esta misma noche construya otro tablado para la música, junto á la

puerta de Bib-Rambla (1), á fin de que mañana aparezca puesto, y no se detengan las fiestas que van á ejecutarse.

—Y cómo podreis.....

—A eso voy. No aceptar, sería degradarme, pues no habiendo intervenido en los trabajos de la plaza mas carpintero que yo, sería un golpe fatal para mi, se ejercitasen otras manos que las mias, ó las de personas de mi confianza en ese final de obra.

—¿Y á quién pensais encargarlo?

—A tí.

—¡A mí! vaya, ¡sin duda os chanceais! ¿Cómo queis con ocho meses escasos que llevo de estar á vuestro lado, que dirija nada menos que un solar portátil, donde han de sostenerse qué se yo cuántas personas?

(1) En la plaza de este nombre, célebre por las fiestas de torneos y zambras que en ella hicieron los árabes, hay un arco al fin del ángulo que mira á Levante, que aun conserva la traza de obra morisca á pesar de las restauraciones que ha sufrido. Este arco, que en lo antiguo se llamaba Puerta de Bib-Rambla tomando el nombre de la plaza, vino despues á ser nombrado de los Cuchillos, porque en ella fijaba el gobierno municipal los puñales que aprehendia á los malhechores, y por último como en el dia se llama á consecuencia de los infaustos hechos que tuvieron lugar en ella y que narramos en esta tradicion. Encima de esta pueria, se fundó despues de la conquista una capilla á Nuestra Señora de la Rosa que aun existe, y para su culto estaba destinada la renta de una capellania. No se debe confundir este arco con el de las Cucharas, de obra moderna, que se halla en el mismo ángulo debajo de la casa nombrada los Miradores, desde cuyos balcones asiste el ayuntamiento á las funciones públicas que las mas de las veces tienen lugar en dicha plaza.

Un hondo suspiro fué la contestacion de Marcelo. El reloj de la Chancilleria dió la una.

—Luis, ya he empeñado mi palabra; mi palabra que no ha faltado durante mi vida ni una sola vez... No serías capaz..... ¡un esfuerzo....! ¿Tanto es necesario saber para levantar un tablado?

—Bien, probaré....

—Anda, Luis, anda; si á las seis estás de vuelta y me noticias la conclusion de la obra, tuya será la mano de mi hija que tanto anhelas, tuyo mi establecimiento.

—¡Ah! ¿qué decis, tío Marcelo? Me escitais de tal manera con esas esperanzas, que me voy sintiendo con impulsos para levantar no digo un tablado, un palacio con su torre y su mirador. Vamos.... ¿pero y los palos?

—En el sitio hallarás todos los materiales.

—¿Ha de ser muy grande?

—Me han dicho que como para unas veinte personas.

—Corriente, hasta la vista, tío Marcelo; cuento con vuestra promesa, pues ella es la que me anima. Antonia, pide á Dios salga con bien de mi empresa.

—No olvides que á las seis has de estar de vuelta.

—Hasta las seis.

II.

—He ganado la mano de vuestra hija, tío Marcelo; dijo Luis entrando á las cinco de la mañana en la casa de donde partiéra á la una. Marcelo se hallaba en el mismo sitio: Antonia seguía su tarea. Ninguno de los dos había dormido.

—Ven, dame un abrazo, exclamó Marcelo, tendiendo los brazos hácia el aprendiz. Has sostenido mi palabra, tuya es Antonia, tuyo mi establecimiento.

—Gracias, maestro, me haceis el hombre mas dichoso. Y vaya, ¿cómo os sentis?

—Mucho mejor, acudí con tiempo, y quizás mañana mismo podré usar de mis remos.

Pero dime, ¿ha quedado eso firme? ¿cómo te has compuesto?

—Cabalmente de eso venía también á hablaros.

—¡Qué! ¿habrás hecho alguna obra imperfecta? ¿No has tenido materiales?

—Escasillos han estado..... pero en fin, todas las tablas que me trajeron se han colocado, sin que quede una astilla. Clavados se hallan todos los clavos que me presentaron. El tablado ha sido puesto; no he podido hacer mas.

—Luis, esplicáte, tus palabras me llenan de con-

fusion; dices eso con un tono..... ¿Podria temerse alguna catástrofe?

—Tio Marcelo, voy á hablaros con franqueza lo que siento. Aunque novicio en el arte, hago bajo vuestra direccion mi aprendizaje, y de algo me ha de servir trabajar al lado de un maestro como vos. El tablado no ha quedado á mi satisfaccion. Hubiera querido mas clavos, mas maderaje, pedí y se me contestó que no habia tiempo para entretenerse en muchos requirios; que no iba á sostener el templo de Salomon, ni la catedral, y que para cuatro músicos que tocasen la sinfonia, bastaba y sobraba con aquello. Callé, concluí mi obra y aqui me teneis.

—Bien, hijo, bien, no será tuya la culpa si por algun acaso....

—Os diré: si no pasan de veinte las personas que hayan de subir, respondo de su firmeza; si cargan mas.... En fin, el tablado ha sido hecho; vuestra palabra no ha sufrido menoscabo y yo he alcanzado la mano de mi querida Antonia, ¿no es eso todo? Pues bien; ¡viva el tablado! ¡viva D. Felipe IV, que á su proclamacion debo la felicidad que disfruto!

—Gracias, Luis, gracias, eres un hombre.

—Una cosa tengo que pedir. Hoy es dia de diversiones en Granada, Antonia querra disfrutar de ellas, vuestro estado no os permite salir; toda vez que os sentis mejor, quisiera me concediéseis la gracia de acompañar á mi futura. ¿Qué respondeis...?

—Sí hijos míos, id y que el cielo vaya con vosotros.

III.

Era la noche del 17 de mayo de 1621, víspera del día de la proclamación en Granada del rey Don Felipe IV. La plaza de Bib-Rambla, centro de las fiestas que se hicieran durante el día, relumbraba cual viva ascua, por el sin número de luces que aparecían en ella. El Zacatin y demás calles que desembocan en la plaza, vomitaban millares de personas, las que no pudiendo entrar con desembarazo por las que se les oponían queriendo salir, se formaban complicados nudos que daban lugar á blasfemantes dieterios y á provocativos insultos, mezclados de doloridos ayes, por los que sufrían robustos pisotones ó desmesurados codazos. Los Miradores se hallaban magníficamente iluminados, como todas las ventanas de la plaza que ostentaban en ellas sus interesantes trajes y sus más interesantes rostros las garridas y apuestas doncellas del poético Genil.

El sordo murmullo de la multitud circulaba por toda la plaza como lejano zumbido, dejando apenas percibir los armóniosos sonos de cuatro músicas, que colocadas sobre tabladitos en los ángulos de la plaza, marcaban la danza que algunas parejas de egipcios ejecutaban en el centro.

Un mozuelo y una jóven de modesto traje y asidos del brazo, pugnaban entre el gentio por ganar la puerta de Bib-Rambla, cansados sin duda de la bulla y confusion. Eran Luis el constructor del tablado, cerca del cual pasaba, y Antonia la hija del tio Marcerlo, su futura.

—Vámonos, Antonia, decia el aprendiz, vámonos, no puedo mirar el tablado sin que se me ericen los cabellos..... Mira, mira, dijeron que solo para unas veinte personas... y... ves...?

—¡Ave Maria! bien habrá cuarenta.

Y era cierto, mas de cuarenta hombres, entre músicos y espectadores ocupaban el tablado. No pudo éste resistir por mucho tiempo peso tan crecido, y apenas acababa Antonia de mirarlo santiguándose, cuando crugió el armazon, y vino á tierra con toda la gente que sostenia. Una exclamacion de angustia resonó entre la muchedumbre arremolinada en torno del lugar de la catástrofe. A este grito de horror siguióse un desórden terrible. Todos se precipitaban sin saber la causa, y solo porque vieron correr, hácia la puerta cercana que era la de Bib-Rambla, buscando el peligro que no tenían donde se hallaban. No pudiendo la puerta dar salida de una vez á la multitud agolpada y oprimida, ésta por los esfuerzos de los de atras, se chocaban entre sí con espantosa furia, produciendo un impulso retroactivo semejante al reflujó de furiosa ola estrellada contra las rocas. En aquel espantoso desórden, vieron los rateros un medio de ejercer su oficio; y tanto se engolfaron en la rapiña, que despreciaban los simples pañuelos, escogiendo entre los collares y arracadas. El hilo de aquellos cedia á

sus esfuerzos, pero no los pendientes; y llenos de ira al ver escapárseles de entre las manos parte de su presa, tomaron la sangrienta resolución de cortar las orejas que sostenian brillantes arracadas, como lo hicieron con algunas infelices. (1) Desde aquella fatal noche la puerta de Bib-Rambla tomó el nombre de Puerta de las Orejas.

IV.

—Ya estamos de vuelta, maestro, dijo Luis entrando con Antonia en la habitación de aquel.

—Y á Dios gracias, continuó la jóven; crei no volver á veros, padre.

—Yo tambien me vi ya destrozado por la gente.

—¿Pues qué ha pasado?

—Maestro, lo que me temí.

—¡Qué...! el tablado...

—Ha venido á tierra con todos los músicos.

—¡Desgraciados! Si nos exigen la responsabilidad, ¿qué vá á ser de nosotros?

(1) Lafuente Alcántara, El libro del viajero. Gimenez-Serrano, Manuel del viajero.

—¿Olvidais que exigí mas materiales, y que no se me dieron?

—Sí, pero y si á pesar de todo....

—Descuidad, tio Marcelo, que no vendrán. ¿Para cuántas personas os pidieron el tablado?

—Para veinte, segun te dije.

—En ese caso hemos hecho un tablado para veinte y no para cuarenta, como estaban encima y es notorio. Con que fuera temores, y vamos á cenar, que quiero acompañaros para celebrar este lance que me pone en posesion de la que amo. ¡Viva mil veces D. Felipe IV!

El suceso del tablado trágico para algunas personas, no tuvo mas resultado para nuestros conocidos, que el pago de su trabajo y el enlace de Antonia y Luis que se verificó pocos dias despues.



—Olvídais que exigís materiales, y que no se me dirón...

EL HAZA DE LA ESCARAMUZA.

—En ese caso hemos hecho un tablado para venirte y no para cuarenta, POR lo que no para cuarenta, y vamos á ceptar, que quiero acompañaros para celebrar este lance que me pone en Viva! veces D.

D. Leopoldo Equilaz.

El suceso del tablado lógico para algunas personas, no tuvo más resultado para nuestros conocidos, que el pago de su trabajo y el calace de Antonia y Luis que se verificó pocos días después.

PRÓLOGO.

Andando yo de rebuscos por esos mundos de Dios en requerimiento de ciertos marmotretos de antaño, que un muy amigo de mi merced me habia revelado la existencia, soñando tesoros y ansiando restañar la herida abierta en mi solitario bolsillo, que sin dinero no baila el perro, tropecé, desdichado de mí, con lo que tanto atormentaba mi caletre, que al fin y al postre vino á dar con mis ilusiones en tierra, pues aparte de ser manuscritos de escrituras viejas, lamidas y aun roidas por el tiempo, para maldito aprovecha-

ban, ni siquiera para los ordinarios usos, pena de embadurnamiento, que tales eran las claraboyas del papelucho. El baratillero en cuyos andenes dormitaba de tiempo inmemorial, tenia, segun barrunto, en mucho su ininteligible manuscrito; ello es lo cierto, que mirándome con inequívoca sonrisa de befa, valido de mis pocos lustros y de mi mas suave continente, que por cierto no provocaba á riña, el mercader de telarañas me dijo:

—He, seor bachiller, aguice su merced la visual y enderece su entendimiento, que asi como asi han tomado sus manos la joya de las librerias, el ojito derecho de los ingleses; en Dios y en mi ánima que otro gallo me cantara, si me hubiera dejado llevar del agujon del oro, que cierto Milord de la Gran Bretaña me ofreció á manos sueltas por esos papeles que usted en tan poco tiene.

Era el mercader garrafal de narices, frondoso de cejas, con cagalutas de lagañoso y prólogos de calvo, con cuya figura y el gesto acibarado como si hubiera bebido espíritus de comitre; quedeme al pronto como quien vé visiones, y ya creí que los armatostes se me venian al rostro; pero repuesto un tanto, procurando aplacar su cólera, y poner punto en su boca que asi hablaba como regoldaba injurias á mi mansedumbre, entramos en convenio de lo que no me convenia, y entre tira y afloja reales de ocho y medio, fijose el regateo en dos columnarias, con lo que quedó el trato hecho, el mercader con los cuartos y yo sin ellos y con papeles empolvados y sucios.

Reprochábame en mis adentros la tibieza de mi carácter, enderezando el paso hácia mi meson, pasan-



do y revolviendo hojas, cuando cátese usted que aciertan á ver mis ojos unas hojas en pergamino sueltas que servian de registro á una de las páginas de mi librejo. Era su letra menudísima y borrosa, pero á vuelta de algunas vigiliass y del interés que algunas palabras me causaron, dí al traste con las dificultades, teniendo lo gastado por bien gastado, y á mí con la narracion auténtica de lo que hasta entonces habia creído fábula ó sueño, no siendo mas que un verdadero suceso y una tradicion legitima, como el lector si no es bergante, pícaro, tonto ó mormurador podrá ver en la siguiente traslacion, de lo que en cierta noche del año de los Palengues acaeció en el Haza de las Escaramuzas, tradicion que á mas del manuscrito viene corroborada con las noticias tomadas de boca de algunas viejas tabaçosas y cierto buen señor que por haber pasado de los noventa y cinco, edad en que están muertos los vestiglos y las imaginaciones, es autoridad irrecusable.

En el año de gracia de mil seiscientos y tantos, á poco de acallada la rebelion de los moriscos, en una de las tortuosas callejuelas que dan á la plaza Nueva

y tienen su salida natural hácia la calle de Gomeles, hallábase establecido desde hacia años un mozuelo semimacho, mas rapado y relamido que plato de dulce en poder de pajes. Su nombre de pila, segun confesion de parte, era el de Pedro, pero sus constantes parroquianos, á quienes divertia con las rascaduras de su vihuela y los sonidos de su canto, entre acento de rabel y de jo de rebuzno, lo solian denominar Periquete, y por antifrasis el Caporal de los barberos de la ciudad. Para mayor lustre y nombradía habia puesto sobre la puerta de su zaguan, que tal era el local de su taller, un letrero grandilocuo en letras abermellonadas, que corregida su ortografía decia:

Tienda de barrer cachetes y desplumar gargüeros.

El rótulo no era en verdad muy lisonjero, y de aqui que ciertas dueñas marisabidillas murmurasen de la pericia en el arte de su convecino, que por otra parte no era bocado para desperdicio. Los que frecuentaban su casa protestaban de su honradez, juraban y perjuraban ser cristiano, no viejo, sino rancio, puesto que su padre y su abuelo, por caprichos de la justicia, habian sido colgados en lugar competente por estafadores y truhanes. Periquete no conservaba tan amarga memoria; cuando se le preguntaba por su prosapia certificaba de la alteza de sus progenitores y doblaba el capítulo. Ciertas malas lenguas decian haber heredado el hijo los amaños de sus ascendientes, pero esto no pasaba de ser una suposicion como cualquiera otra; es verdad que escamoteaba un melon, que para matar el tiempo llevaba siempre consigo un baraja roñosa, pero tambien traia una na-

vaja de cachas negras de media vara para picar el tabaco, cuyo uso acababa de ser introducido; por lo demás aquellas habilidades no eran mas que recomendaciones para la persona de Periquete.

Hallábase sentado un dia por la mañana en un sillón de pelar, aserrando las cuerdas de su violin, esperando que al reclamo acudiría abastecimiento, cuando por la abertura que dejaba espedita una media cortina de holán gallego, estampada á nubarroves de aceite y mugre, asomó la cabeza un mancebo de aspecto ladino y truhanesco que dió á nuestro Periquete los buenos dias.

—Válame Dios, dijo Periquete, y que perdido anda su merced; entre si le place, que en medio de estas ruedas de amolar, de estos escalfadores, vacias, paños sucios y moharraches, tengo yo para vuesarcé una silla despellejada.

A pesar de los tratamientos el recién llegado era ni mas ni menos que un mozo de acarrear la fruta de unas huertas.

—¿Cómo anda el trasiego, Periquete, se utiliza el oficio?

—El oficio, contestó este, de mal en peor, y temo que con los escamoteos se vayan á perder los pulsos.

—¡Ay cuitado! repuso el otro, no sabes lo que te pescas, así afeitaras las barbas como afeitas los bolsillos; pero es el caso que de trote en trote te has subido al camarote y ya hasta los gregüescos no están seguros en tus uñas y los parroquianos te desuelan que se las pelan.

—¡Calumnia! dijo el barbero, por una vez que

maté un gato, me llamaron matagatos; yo vivo honradamente, de mi oficio....

—Como yo, descompaginando la faltriguera de prójimo; pero es el caso que corren malos tiempos, nuestro comercio anda por la moneda baja, y si no se adopta un nuevo rumbo, al fin y á la postre daremos con nuestros cuerpos en las garapas.

—Otros vendrán mejores, repuso Periquete.

—Y tanto, maese; tengo yo aqui unos propósitos.

—¡Propósitos y no ponerlos por obra! veamos, seor galan, que propósitos son esos.

—Vive en la Antequeruela, cofrade amigo, una moza de singular belleza y recatado aspecto, su padre segun noticias es un judio rezagado, con hábitos de cristiano, lo cual no le quita para que calce el robo. Hame venido al olfato que producto de la mas refinada mohatreria ha allegado caudal que estaria á buen recaudo en nuestras manos, y como posible seria hacer jugada que por todas nos valiese, partiendo á escote, acordeme de tu persona, como pintada para zurcir un casamiento.

—Acertado andaste, gentil cofrade mio; y si como barrunto el caso está tan bien pensado como tus antojos me lo han digerido, anda enhiesto, que en cuestion de maravedises, mas ligero soy yo en los traslados que un procurador en hacer notificaciones.

Riyó el muletero el simil del rapista, y abandonando la puerta del zaguan, tomó asiento frontero de su cofrade.

—Maravíllame, Juan amigo, el cómo de tu aventura, y á pensar no acierto que doncella tal, tan her-

mosa y tan recatada, la hayas puesto en trance de enamoramiento.

—Pelos no soy de cochino, y aunque á mi vestimenta referirte debes, mas traída y per llevada que sotana rota en hombros de monecillo, contarte he el origen de mis amores, que por la hilaza ha de sacar tu mollera lo bien fraguado de la trama. Hará como cosa de un año que viéndome en la tristura de no poder dar ocupacion á mis muelas, atormentaba allá mi caletre, ideando como salir de situacion tan precaria, que con el desuso y la carencia de alimentos entelados se me habian puesto los dientes, y mas que ser humano, semejábame en la forma á un alma en pena condenada á vagar por este mundo. Hallábame cierto dia pensativo y macilento á la puerta del corral de comedias, aguardando requerir ocupacion que en algo reportase mis necesidades, cuando di de manos á boca con cierto gentil hombre, amigo mio de la infancia, el cual reconociéndome con trabajo, despues de referirle mis cuitas, tomome bajo su proteccion. Erase el tal el primer farsante de las comedias, y con decirte que sus primeros años los pasó de trainel, formaste debes exacta idea de su persona y cualidades. Conocile en Salamanca honradamente ocupado; era el portador nato de todo billete amoroso, y aunque del oficio se resentian á veces las costillas, una buena propina, jabelgada de algun jubon desechado daban contentamiento al enojo y buen trago de la costa al olvido lo pasado. El abandono de su persona y cierto descuido en la policia de sus manos que no eran para quedarse en requiem, llamó la ojeriza de los corchetes, y sin mas ni menos me le aplicaron el rigor de

no sé que pragmática que prohibia llevar crecidas y acaireladas las uñas. Ello es lo cierto que, para evitar mayores males, puso su bulto en cobro, no sin haber recibido antes por viático un par de docenas de pencadas, á buena cuenta de cuatro que aquellos doctores le propinaron en sus recetas. Cómo su ingenio lo hizo cómico y poeta entremesero contártelo ha él en ocasion mas propicia; bástete saber por ahora que desde aquel dia habitamos un mismo meson y dividió generosamente conmigo sus si bien escasas provisiones. De todos es bien sabidos que la gula embota los entendimientos, y como los nuestros, gracias á la poca grasa alimenticia, se hallaban en perpetua vigilia, buscamos el modo de dar ocupacion á las facultades, no fuera que con el desuso cayeran en alérgamiento, y convinimos me disfrazara con los vestidos de caballero que usaba Alfonso en sus entremeses, y recorriera la ciudad en observacion de rebuscos donde ensayar nuestras habilidades, sin escitar sospechas. Hicelo como lo habia pensado; pero cáta-te, Periquete amigo, que despnes de haber recorrido gran trecho de la ciudad, cuando desmayado el deseo y frustrado el propósito, puse la proa hácia mi zahurda, al envainarme por el tragadero de la carrera de Darro topé de manos á boca con Dorotea, que tal es el nombre de mi enamorada, atropellome la atencion, quedándome inmóvil como un postel, no acertando á pensar si eran antojos ó realidad lo que mis ojos veian.

Frisa Dorotea entre los diez y nueve á los veinte, sin pelo de barba, rubia como las candelas, y tan alba como si se hubiera jabelgado el rostro con

espumas de cataratas; venia arrullando sus ojos bajo la sombra de sus pestañas, impresionando con cada vuelco una vida á la atención mas difunta y mas muerta al propósito de nunca mas pecar; columpiaba la esbellez de su cuerpo en dos chapines de un tejido encarnado que hacian nacer los deseos una rebeldes; no pasaba albedrio á quien no diese un trasquilon, ni alma á quien no intimase un sepan cuantos de captividad; era la doncella para poseida, con licencia competente, que en cada guiñadura porfiaba halagos y vertia fruiciones. Venia acompañada de una dueña haldada, arrebujaada en un manto de anascote que besaba la tierra y trasero á ambas cierto embardurnado mozalvete de esos que convidan á fruta; púsome en ascuas su desenfadado porte, que érase el tal enfaldado de persona, rollizo de gambas, con dos gibas por pantorrillas, ácedo de aspecto, torbo de ojos, y el rostro amusco y sampilcado de ungüentos; caiale su sombrero atusado de alas como vacinilla de demandante sobre la oreja derecha, traia casaca de dos faldones, capa esclavina que le besaba los hijares y debajo del sobaco una que mas que espada esemejábese á un asador de cocina.

Encendiome la moza en yesca, y hecho cenizas el juicio seguila maquinalmente, no sin que la doncella me agujara de cuando en cuando el paso con el menudeo de sus zahumerios. Cuadno hubimos llegado á su casa, separose el mozalvete que era ni mas ni menos que un cierto primejo suyo, con lo que ella á la reja y yo en libertad de aprovechar sus guiñaduras, que por cierto no le parecí saco de paja, di una puñada al sombrero y me avalancé á la reja; zarra-

pastroso de palabras, con la voz en cuclillas, y temeroso de ser sorprendido, regalela con escogidos requiebros y blandos estribillos, que al fin menester era no desmentir el disfraz, con lo que quedó la doncella tan pagada de mi discrecion como yo mareado con sus deslumbros. Dejé en lo firme nuestro cariño, con las visitas amenudearon los afectos y se encendieron nuestros deseos, pero á fuer de honrada no ha consentido seguirme sin prévio casamiento. Accedí en hacerlo, y bajo promesa de que iria acompañada de las alhajas y dinero del padre, que para su sustraccion le proporcioné una ganzúa, concertamos que esta noche cuando la campana de la Vela tocara las doce, estaria yo al pié de su reja con el cura y los testigos. Tu fuiste manguilero de parroquia allá en tus tiernos años, y como supongo conservarás algo del romance, no tengo que encarecerte la importancia de tu papel.

—De perlas me parece todo eso, dijo el rapista que hasta entonces habia escuchado atentamente; ¿y el padre?

—Ladino es por cierto, pero le he reburtado el cuerpo y sospecho que está á oscuras de lo que pasa.

—¿Y los testigos? volvió á preguntar el barbero.

—Veraslos pronto, que aqui los tengo citados, y á lo que presumo tardar no deben.

—Descanse en paz vuesarcé, dijo el barbero, que ya yo tengo atados los cabos de ese ovillo, y rodará la pelota á satisfaccion propia y provecho comun de participes.

—Asi es lo prometido, dijo el muletero.

—Gracias por el recuerdo, maese; y como en bue-

na correspondencia de mis servicios espero me otorgue vuesaerced otro, que no le cede á ese en cuantia.

Interrogó el muletero con la vista á Periquete, el que afectando una gran reserva dijo á su cofrade entre muelas, que en cierta malaventurada pendencia habia perdido los dientes.

—Entre las consejas de tiempos allende la conquista, hay una que por su donosura haria reir á un muerto. Sábeta que estando noches pasadas en una de las casas llanas próximas á la plaza Bib-albolut, la oí de boca de Maria la Toledana, y como por sus circunstancias podemos esprimirle el jugo, acordeme de tu persona, como amoldada para el garbeo. Cuéntase que en cierta familia de la Alhambra, cuyo nombre no recuerdo, se hallaba vinculado ha años un muy curioso papel que se decia ser version de una receta árabe. Cundiose entre las gentes su contenido, y como los sotiles y almidonados pululan que es un prodigio acogiose la patraña, que en sustancia no era mas que la noticia de un tesoro de gran cuantia que estaba escondido en el Haza de la Escaramuza; pero estando encomendada su custodia á la guarda de un feroz toro, inútil era inquirirlo si antes no se le amansaba.

Para conseguirlo, dicen ser necesario ir á aquel sitio cuatro personas, tres mujeres que se llamen Marias, de las cuales una al menos estoviese en doncelez, y un apuesto mancebo llamado Juan que habria de ser soltero. Y como el toro ha de tener mas humos de señoria que los que en Colcos guardaban el Vellocino, es circunstancia indispensable que las mujeres vayan profusamente aderezadas, llevando pro-

visiones de boca y vino generoso para hacer banquete en aquel punto; y á eso de entre once y doce, al comedio de la cena ó al postre de ella, aparecerase el toro bramando, acometiendo al corro, el que con serenidad y aplomo habrá de dejarlo venir, y levantándose las tres Marias, teniendo al Juan y á la doncella de por medio asidos de las manos, los dos han de estender á una las suyas, poniéndolas al toro en los topes, que con este recibimiento quedarase mas domesticado que un cordero, y abriéndose al punto la tierra cave el toro, manifestarase la encantada riqueza, con la que y los dedos limpios no habrá mas que ponerla á buen recaudo.

Esta es la estraña historia en la que esta misma noche, sin incompatibilidad de tu proyecto, con el licor que ves en aquella redoma, saldrás avante con tu papel de protagonista, que un par de gotas del brebaje mezcladas al vino que habrase de gastar en la cena, hará caer en sopor á las tres Marias, en tanto que tú las aligeras de los aderezos y joyas que las principales damas ganosas de ver el éxito de la tentativa, han prestado á Maria la Toledana.

—Gentil proyecto, dijo el mutetero, asi y en verdad que habré de presentarme á Dorotea ataviado con algun dije, que amostazado teniame llevar lucio el vestido, sin añadidura ni condimento que diese buena cuenta de mi persona, y en Dios y en mi ánima que en cosas de galima corto de tijera muy delicadamente.

—Negocio es de gran balumba, con que al grangeo, seor galan; que apenas vengas aprestado has de toparme con el disfraz competente y pondremos ma-

nos en tu causa; pero cuidado de no despegar los labios que hay moros en la costa, y aqui no debe haber escote fuera de vuesamerced y la mia.

En esto estaban cuando pisaron la puerta del zaguan el militar y el poeta entremesero que acudian á la cita.

Erase el primero un perillan vitela, limado de carnes, y el pellejo vestido á la osamenta; echaba por piernas dos listones de hueso mas seguidos que el camino de Roma, su cara amolada en necesidad mas hambrienta que una dieta, tan hundido de ojos que todo era indicio en él de un estómago en pena; pisaba con dos atahudes en vez de cormas, medias negras y salpicadas de puntos ceñíanle los piés; traia en torno de los muslos unos zaragüelles indicados de calzones, érase de ver su casaquilla negra tan entretenida de remiendos como salpicada de pespuntos, en la cual por la parte que corresponde al pecho venianse ahorcando seis ó siete botones; completaban su extraña figura una espada atravesada por los riñones, y una campa medio ahogada bajo el sobaco. Asemejábase su descomunal bigote á una media luna de picar turron, y ciertos ademanes y miradas certificaban de la truhaneria de la persona y de su pertenencia á la casta de los jaques.

Venia colgado de su brazo el poeta entremesero amolado en hembra, lamido de gambas, mas almidonado que roquete de sacristan de monjas, y su rostro mas enharinado que rata de molinero. Columpiábase sobre los pulgares con sus vaivenes de escampavia, y sus vestidos en apariencia buenos venian ofendiendo las narices á fuer de almizclados é incen-

sados. Erase en una palabra catedrático en modos de embelecos y trazas de hurtar.

Trabaron los vinientes plática animada con los estantes, con lo que á poco los unos y los otros quedaron pagados de la visita y puestos en autos de lo proyectado, no sin haber antes establecido las condiciones de los servicios que en ambas tan singulares como arriesgadas aventuras habian de prestar. Que á mas de no ser zurdo el poeta, érase el militar temerón y pendenciero, y maese Periquete no queria verse de papel de solfa por un quitate allá esas pajas.

Quedó pactada la particion del botin en cuatro lotes iguales, como entre gente que vive del oficio, sin capitan director, ni propinas, ni almozarifazgo; y por ser cerca de medio dia y con mas necesidad los cuatro que un noviciado, marcháronse, saltos de blanca que los abonase en un figon, casa de Maria la Tolledana, adonde pasarian el dia hasta que viniese la noche y con ella la realizacion de las aventuras.

Las ánimas eran por fin, y en la hospedería de María la Toledana en animada plática murmuraban muy vellacamente las tres Marias, el barbero, el poeta, el militar y el muletero. Lanzaba el rapista con desencaje los ojos tras las joyas de las Marias, improvisaba el entremesero jácaras, mataba las piezas de mas valor el muletero, y el militar acentuaba su locuacidad con pimienta de votos y juramentos.

Cuatro sillas desvencijadas, un sillón medio desjarratado, manco del brazo izquierdo, una tarima viuda de cogines, un cuadro de las ánimas, una esterilla acucillada de vieja, dos hileras de andenes atesados de tarros y botellas, y unos vestidos viejos, zurcidos y remendados, componían el ajuar de la casa. Iluminaba el todo la hética llama de un grasiento candil ahorcado de una guita suspendida del techo de teja vana, y aunque sus reflejos asemejábanse faltos de combustible á las boqueadas de un agonizan-

te, de notarse eran los alambiques, redomillas y barrilejos de alambre, de vidrio y barro de formas extrañas y diferentes. Contenian los unos soliman para estirpas las verrugas del rostro, lucentores y clarimientes para enlustrar la frente y cachetes; verdebaban en los otros el zumo de limones, agraz y taraguntia, con otras confecciones para tener atusado el cuero; habia en los de acullá legias esprimidas de sarmiento y marrubios para enrubiar lo atezado y dar de oro el cabello; enjundias y mantecas, aparejos para baños, lavativas para enjuagarse los oidos, vizmas y mostaza, estoraque y yerba pajarera, vejigas para conservar la manteca, agujas de colchonero, hilo de hilvanar encerados, albarranas y otros condimentos para hacer de lo negro blanco y de lo blanco negro y vender gato por liebre.

Dicho se está que la dueña era perfumera, afeitadora con sus remates de ensalmadora, maestra examinada de trafagos y diabluras, como que el barrio la acusaba de hechicera y de que sacaba la médula á los difuntos. La noche en cuestion como ella viera que el temor dominaba á las dos Marias, temerosa de desahucio, mal asistida de dientes, con los ojos mirando por bucina, encorvada como arco de indio, juntando la nariz con la barbilla arremangada á manera de garra, marmullaba estas ó semejantes razones.

—Hijas, no es tan bravo el leon como lo pintan, afuera dengues y remilgos, que no se cogen brebas á bragas enjutas. Vieja soy, pero nunca como ahora ha estado el mundo para dar un estallido; miren que gentil reparo; si entendiérais que se vende mas caro un real de á ocho que un eclipse de luna, no habria-

des tanta pavora, y todo por un fantasma toro, cuando tantos y tan fieros se domestican todos los dias. Landre me mate si tal hube en mi vida. ¿Qué se hicieron, hijas, de aquellos firmes propósitos? á fe que tomarais bien mis lecciones; lo que conviene es hayamos.

—Ay madre, no me llega la camisa al cuerpo; ¡guay de mí! que con las razones de este buen señor, los pelos se me han puesto de punta.

—¿Qué es esto, hija Maria? ¿qué esquividad es esa? ¿A qué viene ese retraimiento? ¿quieres dejar á tu madre en los cuernos del toro? Malos mengues carguen con tu pellejo; barruntos me van dando de que todo se lo lleve la tarasca. Pero avisote que no soy de las que se embaucan, y como se me revuelquen las enjundias mas negras que cordoban habrás de verte las costillas.

No hubo menester la Maria de mas para poner punto en boca.

—¿Habreisla de tratar asi, señora mia, dijo el poeta, por el natural temor que le infunden sus antojos?

—Válame el diablo, añadió el militar, si yo le encuentro desmesura para tamaño reproche.

—Pelitos á la mar, tia, exclamó el rapista, no tiene mal trabajo la cuitada.

—¡Cuitadita! dijo la Toledana, y como no topan vuesaacedes con su esquivez! no es el toro, sino cierto mancebito de luengas guedejas, y vaga el galan un ayuno barbiponiente, la que la tiene desbarajustada; si te lo he dicho, hija Maria, ahí te podrirás toda tu vida hecha una bestia, y esto lo doy por hado.

En vez de servir la intercesion de calmante, puso

en asaz á la Maria, y perdido todo miramiento, se abalanzó como una tarasca á la vieja.

—Abuela maldita, tejedora de caras, moño rapante, enflautadora de personas, advierte que como á mí se me vaya la lengua cantar he del pe á pá tus fechorias; habrase visto la taimada; hame prometido del tesoro algunos maravedises, y no satisfecha de su avaricia, quiere regalarme con mil dicitos.

—Bebamos lo amargo por el provecho, así y sin mas mañana he de ponerla en lo del rey, murmuró entre encias la vieja. Hija Maria, y que rebelde estas, añadió en alta voz; no parece que vivimos entre cristianos de como te han puesto tus despechos; yo no he hablado de maravedises, ni de tercera parte, me contento con una suma moderada para renovar los ungüentos de mis cacharros y redomas que tan buen servicio os prestan; si he ofendido, perdona, hija, que tambien el sabio yerra, y en Dios y en mi ánima que no he tenido intencion, no ha sido otro mi ánimo que purgaros de los ascos con la codicia de la fortuna.

—Ta, ta, ta, y á qué vendrán esas reconvenciones, tia, dijo el rapista, que veia encrespada la reyertera y desvanecerse su propósito; cuando ya se ha hecho el gasto y los preparativos, estas tenemos? vaya! dé contentamiento á esta dama y no se hable mas palabra del asunto.

—Bien dijiste, hijo, dijo la vieja, así derrame Dios sobre tí sus favores como tu discurso derrama consuelo sobre esta pecadora criatura; no habia menester para tí mi voluntad de aparejos, que bien ganada me la habias, pero con la aficion que me mues-

tras, quédote tan obligada, que no habrás de arrepentirte de tu hidalguía.

Reanudose la concordia entre las dos Marias, en tanto que la otra tenia trabada sabrosa plática con el militar y el poeta.

Referia el primero sus batallas á la doncellita, y mostrábale sus chirlos y cicatrices; maldecia de los entuertos que habia padecido en su carrera; conservaba rastros de algunas docenas de enveses y correcciones, y acusaba al rey y á sus palaciegos de injusticia; no habia bazaña en que no hubiera sido el Bernardo, y aunque la moza no sabia leer, desplegó un cartueho de papelotes en que se hallaban certificadas sus valentias.

Prometiote el farsante fama póstuma, ya que en vida no la habia alcanzado, con cierto lugar que habria de darle en un famoso poema que pensaba componer á los innumerables mártires de Zaragoza y á su matador el rey Agrages, con lo que quedó el militar sino envanecido, al menos pagado de la prez que de tamaño asunto habia de reportar en lo futuro. Cierto es que mas hubiera agradecido un escudo de á ocho; pero érase el tal soldado de los que delgado hilan, y bien comprendido se tenia que los tiempos han de tomarse como vienen, que en materia de blancas mas escurrido estaba el poeta que su propia merced, y con ofrecerle jácaras no confeccionadas mas prometia que lo que en razon exigirsele pudiera.

El muletero que no habia dicho esta boca es mia, y como para captar confianza, habiase revestido de cierto aire pacato, encandilaron sus ojos los turbios

de la Maricuela, y al descuido de los circunstantes, postrada toda circunspeccion, comenzó á requebrarla.

—Ea, mi alma y mi tú, no pongas mientes en esos malandrines descorteses, venirse ahora con batallas y con jolgorios de versos, y á buena parte, penas me maten, si no me matara yo por dar solaz y contentamiento á tus ojos; mas chica ó mas alta la podrá haber, pero mas perla que tú es mentira; en esos brazos me ahorquen, preciosa, que por agradar á tus clisés mas aventuras habia de correr que tropiezos el hidalgo manchego.

Tendió una guiñadura la moza al muletero, y entre es sino es esperezos, largole una risa regalada y con las risas concertose la simpatia por un suave apretón de manos.

Ojos que tal vieron y como se amostazó la Toledana; encendiose en ira el rostro y á punto estuvo de hacer rodar los trevejos y cacharros.

—Tenga usarcé, seor galan, que va mal en lo que piensa; doncella es y muy mucho recatada, y no está de pasto para tales libertades. Y tú, hija, hayas mas recato es lo que quiero, no te confiaron á mi guarda tus padres para demasias.

—Mal haya, tia, si tal hice, no soy tan liviana como se piensa, que aqui como me vé, dí la mano á este señor tan solo por cortesia, y si lo ha de haber vuesa merced por enojo, estatua me quedo.

Púsose el muletero mas colorado que un tomate, que bien se tenia aprendido el como y el cuando del fingimiento.

—No es por el huevo, seor galan, dijo la vieja;

doncella y sin recato, ¿qué habredes de pensar de su desenvoltura?

—Así en efecto, añadió el barbero, y muy ancho le ha de venir el consejo si lo toma.

Como le oyó decir al barbero esto, dijo el Juan:

—Tras eso mismo ando yo, llevado por bien que me ajusten el cabestro; pero si la madre Maria ha de andar con estos dimes y diretes, en vez de cera, habránme fiera sin domesticar.

—No des tu brazo á torcer, simplon, añadió el poeta; y ¡vaya el pacato! no ha dicho esta boca es mía; y por quitate allá esas pajas, tieso que tieso.

En manos está el pandero, ¡hum! pues como yo me amosque, trabajo mando á voacodes, que yo bien me sé donde me aprieta la corma.

Fingia el bribon con tanta naturalidad, que entendió la Maria habérselas con un sutil.

—Miren y que bellaqueria, no está la miel para la boca del asno, seor gentil hombre, dijo calladamente la vieja al militar; como ha visto la doncellita, ¡vaya!

—Con que ello doncellita, repuso el militar.

—Así como vuesarcé lo oye; es requisito indispensable para adquirir el tesoro, que á no, el toro nos espanzurraria.

—Y así como suena! por vida, madre, que tal no creyera.

—¡Ah, don bellaco! los ojos se te salten si verdad no digo; anda, anda, ¿figuraste acaso encontrarla penteras?

—No digo tanto, señora mia, si digo que no digo

nada, que razones no ha menester quien ostenta autoridad y maestria.

—Ah don solapado! refunfuñó la vieja, andaste estraviado en tus antojos que no alcanzan á tanto mis confeccionamientos, y aunque alfayata no enebra mi aguja tan delicados respuntes.

—Así es ello, dijo el barbero, que el caso es peliagudo para andar á sabiendas.

—Demos corte á este incidente, caballeros, dijo el poeta, que la hora es avanzada. ¿Quién fuiste tú que tal sospechaste, seor gentil hombre? haya paz y armonia que están estas damas á dos dedos de irse, y no es bueno que lleven reproches á costas.

Pusiéronse de pié los cuatro, aprestáronse las tres Marias, llevando enmedio al Juan, saliéronse para el Haza de la Escaramuza, provistos de una succulenta cena, de vino en abundancia, y el muletero de su redoma con el narcótico.

La casa quedó encomendada á la guarda del barbero, el soldado y el poeta, que como el curioso lector verá dieron buena cuenta de la confianza.

III

Camino del Haza de la Escaramuza marchaban muy silenciosamente las tres Marias y el muletero; arrebujadas en sus mantos con mas miedo que vergüenza iban las cuitadas, y traseró á ellas el Juan, ideando sobre el desbalijo de las joyas.

Erased la noche negra como boca de lobo; las torres y minaretes destacándose entre las sombras, parecían fantasmas amenazadoras; soplabá por tramontana un viento húmedo y frío, que penetrando por el ramaje de los arbustos y los altísimos álamos producian un sonido áspero y monotonó que aumentaba la tristura de la tiniebla. Uniáse á esto el cantar dolorido de la lechuza que anidaba en las grietas de los vetustos torreones, el ladrido prolongado y estridente de los canes, que anuncian alguna desgracia, y el ¡alerta! soñoliento de los centinelas reclinados sobre sus picas en los adarves de las murallas. Todas estas cosas juntas llegaban en confuso rumor á los

oidos de las Marias y el Juan. Pero el Juan se hallaba curado de espanto, y para neutralizar los efectos del miedo, cantaba como para mover á risa al bajar la Cuesta del Chapiz:

Para cuestras arriba te quiero mulo,
que las cuestras abajo yo me las subo.

Atravesaron la Carrera de Darro, la Plaza Nueva, subieron la calle de Gomeles, Puerta de Bib-Lachar (ó de las Granadas). En las alamedas, mas allá del comedio de ellas, casi enfrente de la torre maldita de los Siete Suelos, porque no se antoja á las dos jóvenes ver venir el belludo y el caballo descabezado. Aquí fué Troya; quedaron clavadas é inmóviles cual si fueran estatuas de Lot, no sin haber dado un grito poderoso de espanto. Confortolas el muletero y la Toledana, y aunque venir veian bultos que sospechas daban, menester era demostrar fortaleza hasta reconocerlos.

Temia el Juan habérselas con una ronda, que no ponía mientes en fastasmas; pero afortunadamente salieron vanos los temores, y la causa de la alarma vino á reducirse á un pastor con su rucio cargado con las pieles de unas ovejas á quienes habian muerto sus compañeros los pastores lobos.

Sucedieronse las risas al desvanecimiento de los antojos, y pasito entre pasito, sazonado el discurso con los sabrosos sucedidos que contaba el Juan, llegaron por fin á la encantada Haza de la Escaramuza.

Eran de verse allí sentadas en corro con el mule-

tero las embobadas Marias engullendo los albores, acedias, el succulento jamon de Trevez, y tirando sendos tragos de una bien provista bota, á quien el menudeo de los tientos iba enflaqueciendo el vientre. Con los humos vivieron los consumos, pasaba la bota de mano en mano, y como si quisieran alejar pensamientos importunos, de los cuatro, no dejaba ninguno de escanciar lo que la respiracion permitia.

Que toro ni que maravedises, para toros estaban las Marias; subióse el vino á los escaparates de la sesera, y como natural efecto del aturdimiento, mientras la una cantaba, reia aturdidamente la otra, y la mas vieja y mas taimada echándose al colete el resto de las provisiones, pedia al Juan le sirviese vino y mas vino.

Complaciolas el Juan á medida de su deseo, y encontrando ocasion propicia, vertió al descuido en la bota parte del brebaje que contenia la redomilla del rapista, y hubiérala vaciado toda á no haberlo impedido la menor de las Marias que se le puso delante demandando que beber.

Alargole el muletero la bota, y una tras otra trasegaron las tres el vino sazonado de beleño del corcho al estómago.

Como era natural vino la modorra, á la modorra siguió el desplomamiento y luego el mas profundo sopor.

No bien las hubo avizado el Juan tendidas en el suelo y en situacion ajustada, no se daba el rufian manos para coger los dijes y aderezos, y puestos á

buen recaudo en sus bolsillos, dando tornillo á las zancas, allá mas listo que un gamo se encontró en un santiamen en el zaguan de su cofrade el barbero.

Apercibidos hallábanse los tres rufianes esperando la venida del muletero, bien que para matar la impaciencia, sobre una mesa mugrienta, en animado coloquio con tres escudillas rebosando vino, platicaban sobre el éxito de la empresa del Juan y las tres Marias.

Prodújoles contentamiento tal la entrada del Juan con sus despojos, que fué menester que el rapista pusiera punto en boca á los plácemes y enhorabuenas, no sin haber hecho antes cuatro concienzudos lotes de las alhajas que fueron sorteadas, aunque con manos sucias, que hubo Periquete la mejor y la parte de mas valia, bien que perjuró no haber ejercitado sus escamoteos. Dispuesto se hallaba el militar á jugar á los dados ó al cané su lote, y aunque el poeta entremesero no puso reparos al envite, menester fué levantar el campo, que la campana de la Vela indicaba con su lengua de metal que la sin par Dorotea esperaba á la reja de su casa.

Mudose el Juan la vestimenta, encasquetóse su chambergo sobre la oreja siniestra, cruzóse la espada tras los riñones, y seguido del rapista disfrazado con hábitos talaes, y de el militar y el poeta, tomaron rumbo hácia la Antequerueta.

En ascuas se encendió el Juan al ver la oscuridad de la casa de su Dulcinea, aunque bien pensado no sentaba bien á doncella tan recatada descubrir con luces la natural turbacion del rostro, en caso tan peliagudo como el de un clandestino enlace.

Batió palmas el muletero, que tal era la seña concertada, á cuyo reclamo abriéronse recatadamente las hojas de una ventana empotrada en el suelo, y un tímido ceceo le certificaron del apercebimiento.

El rapista que ansiaba echar manojos de bendiciones quiso romper marcha, creyendo haber llegado el momento; pero un *tente* del muletero le atajó el paso á cierta distancia, con la consigna de no mover planta hasta que recibiese órdenes. En tanto habiáse aproximado el Juan á la reja, y creyendo habérselas con Dorotea, comenzó á guisa de enamorado amante con una retaila de protestas y zalamerias á requebrar á su dama, que era ni mas ni menos que el vegestorio de la dueña; cogióle entre las suyas la mano que tenia asida al hierro, y cuando en un raptó de cariño iba á aplicarle los lábios, cual no sería su sorpresa al ver por entre la abertura de la ventana la cara escuálida y arrugada de la vieja, y lo que fué mas sensible sus garrafales narices y el pozo airon de su boca, huérfana hacia medio siglo del total de dientes y muelas.

A otro que al muletero hubiera desconcertado el lance, pero no habia menester el mozo de esplicaciones para reportarse.

—¿Qué es esto, la dijo, cómo así, Mari-Yañez, y la sin par tu señora, sucediérale acaso estorbo para no encontrarse aquí como debiera?

—Hay señor don Juan de mi vida, contestó la vieja, que no me llega la camisa al cuerpo, ya se vé, el trance no es para menos!

—Pero qué hay, qué sucede, qué se hizo de Dorotea? repuso el Juan.

—Repórtese usarcé, señor caballero, que ni está lejos, ni en grande cuidado, contaréle el sucedido y por él verá su merced en que modo salir de tan apurado trance.

—Colgado me tiene de los labios, murmuró Juan, fingiendo hallarse conmovido.

—Ya recordará usarcé haber entregado una gan-zúa á mi señora á fin de hacerla de algunos datos, es-cudriñando las arcas de su padre, para en su dia pedir el otorgamiento de dote.

—Así es ello, respondió el Juan.

—Pues bien, señor, temerosa mi señora de ser sentida en su inocente operacion, hubo de procurarse un narcótico con que adormecer á su padre, mientras registraba los escaparates; hizólo como lo habia pensado, mezcló el beleño en la cena, y á favor del sueño profundo que embargó los sentidos del viejo, no ha dejado rincon por examinar, y es tanto el dinero que ha encontrado en ellos, que menester seria no una, sino muchas noches para ponerlo á buen recaudo.

—No haya reparos en eso, dijo el Juan derramando gozo, que ya yo tengo previstos esos entuertos y con un par de buenos amigos muy pronto hé de enderezarlos, que la amistad es para las ocasiones, y entre gentes discretas y bien nacidas no se garbeará una blanca. Pero ¿y Dorotea? volvió á preguntar el muletero.

—Aquí sin sentido yace á mis piés.

—¡Desmayada! exclamó el muletero.

—Así es en efecto, que tan luego como vió dormido al padre, antojósele que lo habia envenenado,

y ha sido su terror tal, que heme visto negra y con todo no la hé persuadido de su error, antes mis palabras hanla servido de desconsuelo.

Oyóse en esto un suspiro de Dorotea.

—Ah mi bien, dijo el muletero, no hay que tener pavura, ello no es nada; ánimo que está tu Juan á la reja, y muy pronto hallarásle en tus brazos.

—Hay de mí, que á moverme no acierto, murmuró en esto Dorotea.

—A socorrerte iré, dueña de mis potencias.

—Y sea muy luego, antes que nadie se aperciaba, repuso la vieja, que dos talegos de buenos escudos que hé dejado en los corredores, proveerán nuestras necesidades lejos de este suelo.

Iba á responder el Juan, cuando la dueña repuso.

—Dáisme palabra, señor gentil hombre, de portaros con mi señora como cumple á los fijos-dalgo?

—Menguado quien lo dudara, dijo el Juan.

—Entonces, repuso la vieja, y bajo protesta de llevarme en vuestra compañía, puede usarcé y sus amigos entrar si les place, que está la puerta entornada y franca la de esta sala baja.

No se hizo el muletero de ruegos, retiróse de la reja, hizo señas á sus amigos, cruzó palabras con ellos, y entráronse en la casa.

Hallabase esta á oscuras, cosa que no agradó mucho á los rufianes y ni pizca, cuando habiendo puesto los piés guiados por la dueña en la sala baja, oyeron crujir los cerrojos de la puerta de la calle, como si la cerraran. Aumentóse mas su inquietud cuando al dirigir la palabra á la dueña y Dorotea, no hubieron contestacion de Dorotea ni de la dueña. Entra-

ron en ascuas los cuatro cofrades y á punto estaba de deshacer lo andado y salir al aire libre que el taposento los afixiaba, cuando de pronto hachas embreadas iluminaron con rojo fulgor la estancia, y su favor, en vez de las dos mujeres y los talegos d'oro, ven salir al padre de Dorotea, espada en mano, con una docena de corchetes blandiendo las suyas y señalando á los rufianes decirles:

—Hélos ahí á los ladrones, cerrad vive Dios con ellos, y que no quede uno para contarlo.

—Hemos sido soplados de algun cañuto, exclamó el rapista.

—Los guros! añadió el poeta.

—A ellos, repusieron los otros dos.

No era ninguno de los cuatro mancos, trabóse reñido combate, y al fin y al postre después de sendos mandobles y estocadas, quedó la resta en los cuatro maniatados, no sin que tres corchetes rodaran por la estancia.

Llenólos el padre de Dorotea de dicitérios, pero ni el militar estaba para bravatas con un nuevo chirlo que le habian abierto en el cráneo de una buena cuchillada, ni el poeta se acordaba de sus entremeses, ni el muletero, ni el rapista estaban para cancamusas.

Lo mas sensible fué, que registradas sus personas los desbalijaron de las joyas de las Marias, y para colmo de desdichas llevados á la cárcel pública, los encerraron en el mas oscuro calabozo.

El cómo de este desenlace dicelo el manucristo en esta manera. Habiéndose escamado el padre de Doro-

tea de las idas y venidas del Juan, y viniendo por sus trazas en lo intencionado de sus intentos, por medio de halagos y amenazas supo lo que proyectaba la misma noche del suceso; á la sazón pasaba por la calle una ronda, informa al que la manda del proyecto, y los oculta tras cortinas en una alcoba próxima á la sala baja, en tanto que él á favor de la oscuridad de concierto con la dueña, tiende á los rufianes el lazo en que cayeron.

Mientras estos contratiempos, continuaban durmiendo las tres Marias en el Haza de la Escaramuza.

Recorria la fantasia de la Toledana su vida pasada, y creia verse trasportada por sutiles alas á una mansion de tinieblas, donde bajo asquerosas formas cruzaban ante sus ojos los pecados de sus primeros años, á sus piés se estendia un lago vituminoso de aguas podridas y pestilentes, donde reflejaba su figura con toda la deformidad de los vicios y la vejez, á su oido una forma velada que decia llamarse el remordimiento proferia palabras desgarradoras, y sueño ó fantasia la infeliz debia sufrir mucho, que así lo indicaban las contorsiones del rostro y el retorcimiento de las manos. La mayor de las otras dos soñaba tambien en su mancebo de luengas guedejas, pero en vez de aceites y unguentos destilaban sus cabellos sangre y se le aparecia cadavérico: los gemidos y gesticulaciones demostraban lo desapacible de su sueño. En cuanto á la zagala, una egitacion estraña estremecia todos sus miembros, luchaba con un terror invencible, queria gritar y no podia, hasta que al fin á eso de la madrugada, cuando el rocío

cae en abundancia con su deliciosa frescura y la Vela menudea su lugubre sonido, por un esfuerzo supremo lanza un grito desgarrador, y allá entre las brumas de la mañana y los últimos vapores del sueño cree ver venir al toro. Como movidas por un resorte se levantan las otras dos y tomadas de espanto, creyéndose perseguidas por el toro corren despavoridas y no paran hasta el pié de la torre de la Cautiva. Llaman al Juan una, dos y tres veces, pero el Juan no parece, se miran y ¡ay! todo lo comprenden al verse despojadas de sus joyas; lloran y las lágrimas alivian la congoja que padecian. Atormentadas por crueles sospechas corren las tres Marias al Albaicin, penetran en su casa y se realizan sus temores. El Juan les habia robado sus joyas, y el rapista y sus cofrades habian saqueado la casa.

Dos horas despues el lance era contado y reido entre chicos y grandes, la nobleza y el pueblo, y se hizo tan público que los corchetes no tuvieron mas que devolver á sus legítimos dueños las joyas de las Marias.

En cuanto á ellas sirviolas de mucho la aventura. Tuvo la Toledana el sueño por un aviso, y acabó sus dias pidiendo misericordia por sus devaneos. Casóse la segunda con el mancebito de luengas guedejas, y vivió y murió honradamente, y la menor hizo vida apartada y penitente en las vertientes de la sierra de Elvira.

El lector deseará saber que se hicieron de los cuatro rufianes. Despues de ser arrimados al aldavilla y sufrir la tanda y mosqueo, condenolos el Corregidor á galeras, donde purgaron todos sus enredos y

diabluras, sin que se sepa si dieron allí fin de su vida ó consiguieron tomar las de villadiago.

Tal relata el manuscrito la tradicion del Haza de la Escaramuza; y si lector dijeres ser comento, como me la contaron te la cuento.



LA

JUSTICIA DE DIOS.

POR

D. José Rivas Perez.

I.

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj de la Catedral de Granada, en la siguiente á el día 13 del mes de julio de 1508.

La ciudad presentaba un cuadro bastante extraordinario: una gruesa capa de nieve cubria sus calles y tejados, y un helado y fuerte viento del norte azotaba sus muros. No se veia luz alguna, ni tampoco transitaba por su recinto persona alguna, que quisiera esponer su cuerpo á las consecuencias de una noche tan fria.

Sin embargo, cuando la última vibración de la campana se perdía levemente entre el silbido del viento, abrióse el postigo de una de las casas de la calle de San Matias, y apareció un hombre embozado hasta los ojos. Cerró con sigilo la puerta guardándose la llave, y después de escuchar por el ojo de la cerradura, como si temiera que los de adentro notaran su salida, marchó como satisfecho de que nadie lo había advertido, hacia la calle de la Colcha.

Al volver la esquina para entrar en la que hoy se llama de Pavaneras, dió de brúces con otro bulto que venia en dirección opuesta, faltando poco para que ambos perdiesen el equilibrio.

—¡Cuerno de Lucifer! exclamó el recién llegado, por mi vida que os ha de costar caro el enuentro; y ya se disponia á darle aire á su tizona, cuando nuestro incognito acercándose le dijo:

—Silencio, Roque, soy yo, pueden oirnos y si me conociesen soy perdido: ¿qué noticias me traes? ¿cómo está Matilde? habla.....

—Bastante mal; el médico está desesperado; dice que si esta noche no se verifica el alumbramiento, no responde de su vida. Creyendo que os habian preso, me ha hecho salir en vuestra busca, con esta maldita noche. ¡Cuerno de Lucifer! si no fuera por vos.....

—Descuida, todo será recompensado; lo que importa es que se salve Matilde; su padre unido á las autoridades, nos busca con anhelo; miles espías cercan mi casa, la que ha sido registrada hoy. La astucia de mi criado Antonio me ha librado de caer

en sus garras; si no hubiera sido por el repentino acontecimiento, ya estaríamos en Málaga.

—Sé que han salido requisitorias en nuestra busca.

—Esa es otra fatalidad que hace mas imposible nuestra fuga. Yo seguiré oculto en mi casa escudado por la astucia de mi criado; pero ella; si se descubre su paradero, como perdidos: su padre es inexorable.

—Nada temais; la tia Maruja al par que buena cristiana es algo avara, y vuestras doradas monedas la tienen hechizada.

—Toda mi fortuna es para ella, si Matilde se salva del furor de su padre y de los celos de ese infame D. Diego que Dios confunda. Adios, Roque; la impaciencia me ahoga; toma mi llave; ya sabes lo convenido; en cuanto logres que Antonio te siga, os espero casa de la tia Maruja.

Ambos se separaron. Roque bajó la calle de San Matias penetrando por la puerta que salió el desconocido, y este siguió su camino hacia el Realejo, y se paró en la puerta de una humilde casilla de la cuesta de Santa Catalina. Una mujer le esperaba en el dintel, la que reconociendo al recién llegado le dijo llena de alegría.

—Señor, ya teneis un hijo.

Casi no había acabado de decirlo, cuando destacándose de repente cuatro hombres de una calle inmediata, se arrojaron espada en mano sobre el desconocido. Este se puso en estado de defenderse, y la mujer dando un grito penetró en la casa seguida de uno de los acometedores. La espada del des-

conocido formaba mil culebrinas de fuego ante los ojos de sus contrarios, y presentándoles siempre cien puntas ante sus pechos.

—Ríndete, dijo uno de ellos y te se perdona la vida.

—Jamás, miserable D. Diego, exclamó el desconocido; primero la muerte que conseguir que logres tus desatinados planes.

—Mira que eres perdido, somos tres en contra tuya y pronto tendremos refuerzo.

—Aunque viniérais doscientos, primero pasareis sobre mi cadáver que penetrar en esta casa.

—¡Ocorro... mi hijo! dijo una voz desfallecida en el interior de la casa, al tiempo que se sintió un golpe, como de un cuerpo al caer desplomado sobre el pavimento.

—¡Cielos! ¡Matilde! dijo furioso el desconocido, mientras que haciendo un violento esfuerzo atravesaba á uno de sus contrarios.

—Matilde, si, dijo saliendo el que habia penetrado en la casa poco antes. Matilde que acaba de espirar; la justicia de un padre está vengada; tu habias deshonrado á mi familia, y yo lavo esa mancha con su muerte. En cuanto al maldito fruto de vuestros amores, aquí lo llevo; su suerte y la tuya están decretadas.

—Miserable, dijo el desconocido lanzando un grito desgarrador.

—Concluyamos de una vez, dijo D. Diego, ó te rindes ó hago con tu hijo lo que D. Hernan Sanchez con su hija.

—Nó, nó, dijo el desconocido soltando su espada; vuestra es mi vida, pero respetar la de mi hijo.

Los tres hombres se abalanzaron sobre su presa, ataron fuertemente sus manos, pusieronle una mordaza, y lo condujeron á una casa de la calle de Molinos.

II.

Retrocedamos veinte y cuatro horas antes de los sucesos que acabamos de referir. En uno de los balcones de la casa que ya conocemos en la calle de Molinos, se hallaba una jóven como de unos diez y ocho años y de una belleza extraordinaria, observando con una singular atencion á lo largo de la calle. Su rostro denotaba una profunda tristeza y su pecho se agitaba continuamente, como si un inmenso pesar acribarara su existencia.

La noche estaba serena. Un silencio profundo reinaba en el espacio, y un hombre adelantándose á lo largo de la calle, dió una palmada al acercarse á la casa. El rostro de la jóven se iluminó con una graciosa sonrisa, y su pecho dió salida á un suspiro de alegría, como si hubiera llegado el término de sus pesares. Dejó caer una escala que suspendió en la

baranda del balcon, subió por ella el desconocido, y pocos minutos despues la escala habia desaparecido, y los dos personajes se encontraban en una de las mas lejanas habitaciones de la casa.

—Rodrigo.

—Matilde; fueron las primeras palabras de ambos.

--Cuanto has tardado, dijo la jóven, creí que me habias abandonado en medio de mi desgracia.

—Abandonarte; jamás: ya que la ceguedad de tu padre con D. Diego, no ha dado lugar á que el indisoluble lazo del matrimonio nos una para siempre; ya que tú abandonándote á los deliciosos transportes de nuestro amor, me has hecho feliz; ya que te hé jurado ante la sagrada imágen del Redentor ser tu esposo; y ya que por último llevas un largo tiempo en tu seno el fruto de nuestros infortunios, ¿cómo hé de abandonarte? primero mil veces la muerte que faltar á mi juramento.

—¡Oh! ese es el lenguaje del corazon, de la nobleza de tu sangre, de lo elevado de tu linaje, de los nobles sentimientos de tu alma. Pero este viaje..... esta fuga.....

—Es precisa; tu estado ha sido descubierto á tu padre por D. Diego, cuyo secreto se lo ha vendido una de tus criadas. El hallarse actualmente D. Hernan Sanchez en Loja, donde ha recibido la noticia, es lo que nos pone en salvo; no vendrá hasta mañana. Si te quedas, eres víctima de su furor y de los celos de D. Diego; si huyes conmigo, el altar nos espera, donde un ministro del Altísimo bendecirá nuestra union: despues en un pais extranjero viviremos

felices, con mis cuantiosas rentas, hasta que logremos alcanzar la reconciliacion con tu padre.

—Pero abandonarle de esta manera; pagarle de un modo tan ingrato sus beneficio. ¡Oh nunca!

—Matilde, considera que eres madre; que esponiendo tu vida espones la de nuestro hijo, la hija, la....

—No prosigas; estoy pronta; pero esta noche me siento niala; un vago presentimiento ocupa todo el dia mi imaginacion; si irá el Señor á aumentar esta noche mis infortanios?

—Nada temas; te dejaré casa de una buena mujer que me ha ofrecido su casa, donde permanecerás hasta mañana á la noche que se efectuará nuestra fuga. Si te agravas allí tendrás todo el socorro necesario, toda la asistencia posible, todo el cariño de una madre. Yo no te abandonaré sino los momentos necesarios para preparar nuestro viaje. Roque tu fiel criado nos aguarda en dicha casa; no perdamos un instante.

—Partamos, si, y que el Señor me perdone.

Poco despues descendian por la escala, la que dejaron puesta, y entraron en la casa de la cuesta de Sta. Catalina. Roque los esperaba y nadie los habia visto en su travesia.

Al dia siguiente D. Hernan Sanchez llegó de Loja y acto continuo llamó á su hija; los criados le hicieron saber su desaparicion y la de Roque. Lleno de furia fué en busca de de D. Diego Hernandez á quien queria por yerno, y enterado de este suceso, encontró un medio para vengarse de los desdenes de Matilde. Dijo que solo D. Rodrigo Montoro podia ser el

raptor de la joven, y dando conocimiento del hecho á la autoridad, fué registrada la casa.

La prevencion del fiel criado Antonio, salvó al galante caballero.

Sin embargo pusieron espías, los que en la misma noche avisaron á D. Hernan Sanchez la salida de D. Rodrigo, y que durante su diálogo con Roque, pudieron adelantarse.

Aquel dia Matilde lo habia pasado muy malo; la hora habia llegado; y cuando acababa de dar á luz un hijo, el puñal homicida consumaba una terrible venganza, y su amante caia vajo el poder de su enemigo D. Diego Hernandez.

Al dia siguiente D. Hernan Sanchez pedia el castigo ante los tribunales, del asesinato de su hija verificado la noche anterior.

Por mas diligencias que se hicieron, solo constaba en el proceso, la escala que la noche antes se habia visto suspendida del balcon de la casa de Matilde, un cadáver que se habia encontrado en la puerta de la casa de la cuesta de Sta. Catalina, y el cadáver de Matilde sobre un lecho de la misma casa, horrorosamente mutilado. Sus asesinos despues de atravesar su corazon, habian desfigurado completamente su rostro. La dueña de la casa, así como D. Rodrigo Montoro, su criado Antonio y Roque, habian desaparecido.

El cadáver de la joven fué trasladado á la parroquial de San Cecilio, donde se le celebraron unas suntuosas exequias.

en la cama; pasó sus crispadas manos por la frente y con ojos desecados procuró reconocer los objetos que le rodeaban.

—Era un sueño, dijo; pero un sueño horrible... mi hija... pálida cual la muerte... y mostrándose una grande herida sobre su corazón... me gritaba... asesino... parricida... dame mi hijo... la justicia del cielo va á castigar los crímenes, el castigo te espera... pero antes quiero sufrir los dolores que yo sufro... Tendrás hijos, si... no uno solo como yo, sino muchos; y no podras alegrarlos con tus cari- cimas... Jamás podras desear sus infantiles rostros, ni darte el dulce nombre de hijos... Perderás los ojos los que mas amas, y el fin de la vida será... el en-

III.

Habian pasado quince dias.

Las dos de la mañana acaban de dar en el reloj de la Santa Iglesia Metropolitana.

En una habitacion de la casa de la calle de Molinos, contigua á la en que pocos dias antes estuvieron hablando D. Rodrigo y Matilde, se observaba, merced á la escasa luz de una lamparilla, un hombre que tendido en un lujoso lecho, parecia estar poseido de una penosa pesadilla.

Sus manos crispadas las apretaba fuertemente contra su pecho como si hubiese querido arrancarse el corazon, ó desembarazarse de un peso enorme. Sus labios se entreabrian de cuando en cuando, y dejaban escapar las palabras de, asesino; parricida.. venganza; y otras por el mismo estilo.

De repente, lanzó un grito de, socorro, y despertó. Un sudor frio bañaba todo su cuerpo; incorporose

en la cama; pasó sus crispadas manos por la frente, y con ojos desencajados procuró reconocer los objetos que le rodeaban.

—Era un sueño, dijo, pero un sueño horrible... mi hija... pálida cual la muerte... y mostándome una grande herida sobre su corazon... me gritaba... asesino... parricida... dame mi hijo... la justicia del cielo vá á castigar tus crímenes; el cadalso te espera... pero antes tienes que sufrir los dolores que yo sufro... Tendrás hijos, sí... no uno solo como yó, sino muchos, y no podrás alagarlos con tus caricias... jamás podrás besar sus infantiles rostros, ni darles el dulce nombre de hijos... Perderás los objetos que mas amas, y el fin de tu vida será... el cadalso... Asesino... Parricida... y su acento se perdía con ella entre una oscuridad sin límites. Despues me hallaba entre los jueces... me leían la sentencia... era de muerte... me conducían al cadalso y cuando iba á entregar mi cuello al verdugo... se apareció la sombra de mi hija... llevaba en la mano el puñal ensangrentado con que le di muerte, y su herida brotaba un torrente de sangre... Mira me dijo... el fruto de tu malvado crimen... Asesino... El verdugo iba á descargar el golpe mortal; di un grito... y me encuentro en mi casa... en mi lecho... todo ha sido un sueño... Estoy en mi casa, tengo en mi poder á Rodrigo... ¡Oh! sí, voy á verlo, temo que se me escape la presa, quiero gozarme en su martirio; hacerle padecer como padece mi alma agitada por el feroz remordimiento; yo me gozaré en su sufrimiento, me burlaré de su dolor.

Entonces tomó precipitadamente un ropaje del lado

de la cama; se lo puso; colocó en sus piés unas chinelas, y tomando la lamparilla que ardía sobre la mesa, salió precipitadamente del aposento. Atravesó varias habitaciones, bajó unas escaleras y descorrió los cerrojos de una puerta. A cualquiera hubiera trastornado el aire que se desprendió de la estancia al abrirla, pero D. Hernán bajó precipitadamente en medio de su delirio otras tantas escaleras y se halló en una profunda mazmorra: colocó la lamparilla en una punta saliente de las piedras, y se dirigió á uno de los ángulos de aquel lúgubre recinto.

Tal era la habitación donde fué colocado el desgraciado D. Rodrigo; sus negras paredes de piedra presentaban un aspecto aterrador, y un olor húmedo corrompido hacia insoportable la permanencia en un lugar tan espantoso.

El desgraciado joven, sentado sobre una poca y húmeda paja, se hallaba fuertemente sujeto por grillos, esposas y cadenas. Cuando entró el padre de Matilde, hizo un esfuerzo como para arrojarse á él, pero fué en vano; su cuerpo oprimido por los hierros y debilitado por el sufrimiento, había perdido enteramente sus fuerzas.

—Que me queréis? dijo, venis á gozaros en mis dolores?

—Sí, contestó el iracundo é implacable anciano; vengo á deleitarme en tus tormentos, á estasiarme en tu dolor. Tú has sido el deshonorador de mi familia y de mi nombre; has echado una horrible mancha sobre mi ilustre escudo, y yo quiero lavarla. Los mayores y crueles tormentos no serán suficientes para borrar tan funesta infamia.

—Pero tened presente que os pedí la mano de vuestra hija; vos fuisteis inexorable para con ella. Mi cuna es tan elevada como la vuestra, y nada perdiais con nuestro enlace.

—Mientes, villano, tu origen es desconocido.

—Preguntadlo á Matilde.

—¡Matilde! no me la nombres... su sombra me persigue hasta en mis sueños.

—¡Su sombra! ¿acaso era cierto lo que me dijisteis la noche de mi arresto? pero no, vos no habreis sido tan cruel, vos no le habreis dado muerte.

—Sí, dijo el anciano delirante, mira; yo tenia una hija y deshonoró mi nombre; pero fui vengado...

Una noche... huyó de mi casa con su amante; eras tú... Cuando acababa de dar á luz el maldito fruto de vuestros amores, yo con tres hombres te acometi; mientras tú te defendias, yo penetré en la casa; allí encontré la prueba de mi deshonra; mi mano armada de un agudo puñal descargó con furor sobre la impia; yo mismo cortaba el hilo de su vida y le arrancaba el hijo de sus brazos cuando exalaba el último suspiro. El fruto de vuestros amores me sirvió de escudo para prenderte; fácil me hubiera sido entregarte á los tribunales como su asesino, pero yo no queria tu muerte: queria saciar mi venganza con tu continuo tormento; queria verte padecer horriblemente; contarte todos los dias esta funesta historia; atravesar tu corazon con el recuerdo de tu hijo hasta verte espirar en medio del dolor y del sufrimiento mas espantoso.

—Miserable asesino; dijo el jóven dando un grito desgarrador.

—No puedes moverte, contestó el anciano, estás preso y sujeto hasta los cabellos; tu resistencia es en vano: así gozaré en tu martirio. Voy á traerte á tu hijo; lo verás flaco, escuálido y amarillo por la falta de alimento, padeciendo como tú; pero no, no lo verás; quiero privarte hasta de ese consuelo; quiero que apures hasta las heces la copa de la amargura; quiero que un tormento eterno aniquile tu cuerpo y que mueras sin que haya mortal alguno que te dé el mas leve auxilio, y en medio de la desesperacion mas espantosa. Igual suerte le espera á tu hijo; y cuando estenuados por la fatiga os encontréis en las puertas de la muerte, entonces celebrando mis bodas con la hermosa Catalina hermana de D. Diego, vendré desde el colmo de mis placeres á gozarme en el funesto estertor de vuestra agonía.

—¡Oh! no, por piedad; vos no sereis tan inhumano, vuestro noble corazón no puede arraigar tantos horrores: tened compasión de ese niño, es mi hijo; vos no sabéis lo que es un hijo. Quitadme la vida, inventad toda clase de tormentos para conmigo Yo seré vuestro esclavo; os perdonaré la muerte de mi esposa; os serviré de rodillas, vesaré vuestros piés continuamente y mis lábios no se abrirán sino para bendeciros. Dadme mi hijo; que yo lo vea; que estampe mis cárdenos lábios sobre su pura frente, y después podeis darme muerte.

—Jamás; ese será tu mayor tormento: atado como una fiera oirás desde este fatal recinto sus quejidos y no podrás socorrerle.

—Esto es horrible; márame miserable, que la *Justicia de Dios* vengará mi inocencia. Sí, dijo como

inspirado, vas á casarte, la Providencia te dará hijos en abundancia, y tú no podrás contemplar sus angelicales rostros: te serán arrebatados por la muerte, y cuando creas encontrarte feliz, la *Justicia de Dios* castigará tus crímenes. Un abismo sin fondo se abrirá entre tí y tus hijos, y este abismo será el cadalso.

—Calla, calla, esas son las palabras de mi sueño; pero todo es una ilusion de mi fantasia..... Hasta mañana; yo mismo vendré para referirte los proyectos que imagino.

D. Hernan agarró la lamparilla y salió precipitadamente, cerrando despues la puerta. D. Rodrigo quedó enteramente abatido. Un ruido que sintió á sus espaldas le hizo volver la cara, y vió que por una puerta abierta de repente en el muro penetraba Roque con una lamparilla en la mano, seguido de su criado Antonio.

—No me engañé, dijo Roque, la gitana ha cumplido su palabra.

—Vos aquí, exclamó D. Rodrigo, ¿por donde habeis entrado?

—Por un subterráneo que desde el Genil conduce á este aposento. Una gitana me ha vendido el secreto. Pero no perdamos un instante; vuestro hijo os espera. Lo hemos arrebatado á su nodriza y despues hemos venido á salvaros. Despachemos.

—Gracias, gracias, noble amigo, yo recompensaré tus servicios.

—Nada hay que recompensar; me ha entregado á

vos y quiero salvaros, lo demás ya lo arreglaremos despues.

Quitaron los grillos y esposas al desgraciado joven, y desaparecieron por la puerta secreta que quedó cerrada herméticamente.

IV.

Era el 13 de julio de 1509, es decir, un año despues de la muerte de Matilde.

La casa de D. Hernan Sanchez presentaba un cuadro bastante extraordinario: varios criados cruzaban en todas direcciones, pero con el mayor silencio y denotando en sus semblantes las bien marcadas huellas del insomnio y de la tristeza.

La causa era la siguiente.

Su señora, D.^a Catalina Hernandez, hermana de D. Diego y esposa actual de D. Hernan Sanchez padre de Matilde, estaba próxima á dar á luz el fruto de su matrimonio. Su salud se habia empeorado en las primeras horas de la mañana, y se temia bastante por su vida.

D. Hernan encerrado en su despacho, tenia la cabeza sumerjada entre las manos, como si un grande tormento abrigase dentro de su pecho.

—Estamos á 13 de julio de 1509, dijo, dia fatal, fecha aterradora. Hoy hace un año... y sin embargo, esa idea no se aparta jamás de mi memoria. Cuantos desengaños hé sufrido desde entonces con D. Diego. Creí aquietar mi corazon por medio del enlace con su hermana; vago é infructuoso remedio; las miras de mi herencia lo han guiado en su camino. Pero hoy el cielo, parece vá á dulcificar en algun tanto mi amargura dándome un hijo; sí, un hijo que será el báculo de mi vejez, el heredero de mis cuantiosos bienes. Y sin embargo, no sé que presentimiento funesto ocupa todo el dia mi mente, que me hace temblar hasta del ruido mas leve, hasta de mi misma sombra. Las palabras de mi sueño, repetidas luego por D. Rodrigo, no se apartan de mi mente, y á cada instante creo verle entrar acusándome de mis crímenes.

Un criado que penetró en la estancia cortó el hilo de sus reflexiones.

—Señor, dijo, vuestra esposa ha dado á luz un hijo.

—Gracias, Dios mio, contestó el anciano, voy á estrecharle contra mi corazon, á llenar el vacío que hace tanto tiempo se encuentra en mi alma; á contemplar sus infantiles gracias.

—Dispensad, señor, continuó el criado, el médico me ha encargado os haga presente, que vuestra presencia será fatal á vuestra esposa: está de mucho peligro, y en cuanto á lo que decís de vuestro hijo, todo es en valde; ha nacido muerto.

—¡Muerto! ¡Oh! el cielo me castiga en lo que mas

amo, las palabras de mi sueño principian á cumplirse.

--Sin embargo, prosiguió el criado, no debeis desesperar; el médico asegura que el parto no ha concluido; tal vez...

--Pues entonces nada temo, dices bien, tal vez se cumplan mis esperanzas; marcha no te separes de su lado, y avisame si el Señor compadeciéndose de mis lágrimas me diese otro hijo que bendiga mi existencia.

El criado salió y D. Hernan continuó en sus meditaciones.

Una hora despues, el criado le anunciaba el nacimiento de otro hijo, muerto como el anterior; y el encargo del médico de que continuase en su aposento.

D. Hernan creyó desesperarse, y mucho mas cuando á las siete de la tarde le fué anunciado el nacimiento de una tercera criatura, muerta como las otras y que su esposa se habia agravado extraordinariamente.

De este modo continuó toda la noche el criado anunciándole el nacimiento de nueve hijos y prohibiéndole por órden del médico pasar al aposento. Cada vez que el criado se presentaba, creia D. Hernan cumplida su esperanza, pero la palabra *muerto* que salia de la boca de aquel, destruia su felicidad y esasperaba su ánimo.

A las seis de la mañana del dia 14, D.^a Catalina Hernandez habia dado á luz en trece horas nueve hijos muertos, y D. Hernan en medio de su frenético

delirio, veia cumplido casi en todo el anuncio de su sueño.

Entre diez y once del mismo dia penetró por décima vez el criado en la estancia, comunicándole el nacimiento y muerte de otro hijo; volviendo á anunciarle el que hacia once á la una de la tarde. Este mas bien que criatura parecia un mónstruo, y á las dos de la tarde del siguiente dia, le fué anunciado el nacimiento del duodécimo hijo.

D. Hernan no pudo aguardar mas: con las manos crispadas y los hojos desencajados, penetró en la estancia de su esposa. Esta estaba desfallecida; arrancó de los brazos del médico el niño que acababa de nacer, pero su asombro no tuvo limites. No tenia ojos, orejas, ni brazos, y su aspecto era espantoso. Lo dejó sobre el lecho de la madre, y trémulo de espanto y pálido cual la muerte, se lanzó á las escaleras.

Al abrir la puerta de la calle se presentó un alguacil seguido de varios dependientes.

—A quien buscais, dijo el anciano.

—A D. Hernan Sanchez.

—Yo soy, que me quereis.

—En nombre de la ley daos á prision.

—De que crimen se me acusa.

—Del asesinato de vuestra hija, cometido el 13 de julio del año anterior.

—Mentis, dijo Matilde presentándose seguida de D. Rodrigo.

D. Hernan quedó helado de espanto.

—Matilde Sanchez, dijo esta, se halla en vuestra presencia. El cadáver encontrado en la casa de Santa

Catalina, era de una jóven desgraciada que sufrió por mí la cólera de mi padre; pero su hija ha alcanzado el perdon de nuestro soberano, y que tengo la satisfaccion de presentaros.

Entonces entregó el pliego al alguacil.

—Perdon hija mia, dijo el anciano cayendo á sus piés.

—Alzad, padre mio, vuestros brazos son mi mayor consuelo, bastante os ha castigado ya la justicia de Dios.

Entonces Matilde se arrojó en los brazos de su padre.

El alguacil se marchó á dar fé del acontecimiento á la autoridad competente.

Al dia siguiente, D. Diego habia desaparecido!

D.^o Catalina Hernandez, esposa de D. Hernan, murió despues de algunos meses, por un continuo padecimiento.

La justicia de Dios habia vengado la inocencia.

Catalina, era de una joven desgraciada que sufrió por mi la cólera de mi padre; pero su hija ha alcanzado el perdón de nuestro soberano, y que tengo la satisfacción de presentaros.

Entonces entregó el pliego al alguacil.

—Perdon hija mía, dijo el anciano cayendo á sus

pies, y

—Alzad, padre mio, vuestros brazos son mi ma-

yor consuelo, bastante os va castigado ya la justicia

de Dios.

Entonces Matilde se arrojó en los brazos de su

padre

El alguacil se marchó á dar fe del acontecimiento

á la autoridad competente.

Justo será que aclaremos un poco los acontecimientos, para que se pueda comprender claramente la presencia de Matilde en casa de su padre, cuando anteriormente hemos manifestado haber sido asesinada por este, y lo que es mas, haberle dado sepultura á su cadáver.

Al separarse Roque de D. Rodrigo la noche del alumbramiento de Matilde, recibió orden de volver casa de la tia Maruja, si lograba convencer al criado Antonio á que le acompañase. Logrólo al fin, y una hora despues llegaban ellos á la mencionada casa. Lo primero que vieron fué la puerta abierta, y á la tia Maruja medio estrangulada con un pañuelo en la boca. Esta principiaba á despejarse y hacia esfuerzos por levantarse. La levantaron prontamente quitándole el pañuelo, y despues de administrarle el socorro necesario, los informó de la acometida de

los enemigos de D. Rodrigo, y que habia conocido á D. Hernan que la habia puesto de aquel modo llevándose al recién nacido.

Pasaron á la habitacion de Matilde y encontraron á esta desmayada sobre el pavimento, y poco mas allá la hija de la tia Maruja bañada en su sangre.

La infeliz estaba muerta.

Al sentir Matilde la voz de su amante y el ruido de las espadas, se habia lanzado del lecho hácia el balcon, al tiempo que su padre penetraba en la estancia.

La hija de la tia Maruja que era de la misma edad de Matilde, se hallaba vistiendo al niño, y el furor de D. Hernan no la distinguió, creyéndola su hija, y descargó sobre ella el puñal homicida, arrancándole el niño de los brazos.

Al grito que lanzó la infeliz entró Matilde en la estancia, mientras su padre salia por la puerta contraria. Al ver tan funesto cuadro, solo pudo articular: Socorro! mi hijo! y cayó desmayada sobre el pavimento, cuyo golpe habia sentido D. Rodrigo.

Roque hizo volver en sí á su señora, consoló á la tia Maruja, y queriendo ocultar la existencia de la joven desfiguró á escondidas de la anciana el rostro de su difunta hija. Despues trasladaron con cuidado á Matilde á otra casa.

Al salir de la casa les hizo volver la cara un leve gemido, y encontraron un hombre que bañado en su sangre estaba tendido en el suelo.

—Quien eres? le preguntaron.

—Soy..... dijo con voz lenta, un..... criado de D. Diego.



—Que se ha hecho de D. Rodrigo, dijo Roque.

—Ha... sido preso... por mi... amo... yo...
mue...ro..., yo...

No pudo seguir, el infeliz habia muerto.

Nuestros conocidos se apartaron de aquel lugar espantoso, y desde luego Roque y Antonio se dedicaron en averiguar el paradero de D. Rodrigo. Una gitana les informó del subterráneo que conducia desde el Genil á casa de D. Hernan, por ser de origen árabe, y no dudando que allí estaria su señor, lograron salvarle despues de haber arrebatado el niño á su nodriza.

El niño y sus padres se vieron reunidos á la mañana siguiente, y al punto se retiraron con Roque Antonio y la tia Maruja á una hermosa quinta de D. Rodrigo, donde un sacerdote bendijo la union de los esposos y bautizó á su hijo.

Desde entonces y por consejo de Matilde, su esposo buscó sus relaciones para con el gobierno, y haciendo este una estensa declaracion de los hechos, logró alcanzar el perdón de D. Hernan, que tan oportunamente le llevó su hija, cuando descubierto su crimen iba á ser conducido al cadalso.

«al parecer no pareció criatura, porque tenía los ojos
«y orejas diferentes de criatura humana, sin brazos,
«la comadre le abrió la cabeza y le hallaron una ve-
«jiga de agua y un gusanillo dentro: á todo lo cual
«susodicho lo vieron muchas personas. Lo vieron
«Hernando Diaz, panchero, Maria Rojas y Ana Vi-
«sueja, estos vieron los nueve, y otros dos vieron
«Isabel Lopez, y la vecina de ella Coban y otros
«dos, y juntamente con los de arriba y Castillo y
«su mujer y otros muchos. Sigue la firma.»
El no expresarse en la anterior partida el acto del
baptismo se infiere que nacieron muertos, lo cual ha
sido el fundamento histórico de esta tradición.

En el archivo de la iglesia parroquial de San Cecilio de esta ciudad, en el libro primero de bautismos, fólío 80 vuelto, se encuentra un documento firmado por el beneficiado de dicha parroquia, que escrito con el lenguaje propio de la escasa civilización de aquel tiempo y copiado literalmente, dice así:

«En Granada, domingo trece de julio de mil quinientos y nueve años. En esta parroquial del Señor San Cecilio, Catalina Hernandez, mujer de Hernan Sanchez, á las cinco horas de la tarde empezó á moverse con sus dolores como si fueran de edad, hasta las siete de la tarde echó tres, y así fué prosiguiendo en su mover en ciertas horas de la noche; hasta la mañana siguiente habia nueve criaturas; despues lunes siguiente entre diez y once del día echó otro, y este no pareció ser criatura, y el miércoles á las dos de la tarde echó otro, el cual el beneficiado y sacristan de dicha iglesia lo vieron, y

«al parecer no pareció criatura, porque tenia los ojos
«y orejas diferentes de criatura humana, sin brazos,
«la comadre le abrió la cabeza y le hallaron una ve-
«jiga de agua y un gusanillo dentro: á todo lo cual
«susodicho lo vieron muchas personas. Lo vieron
«Hernando Diaz, panadero, Maria Najos y Ana Vi-
«sueja, estos vieron los nueve, y otros dos vieron
«Isabel Lopez, y la vecina de ella Coban vió otros
«dos, y juntamente con los de arriba y Castillejo y
«su mujer y otros muchos. Sigue la firma.»

El no espresarse en la anterior partida el acto del
bautismo se infiere que nacieron muertos, lo cual ha
sido el fundamento histórico de esta tradicion.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del magis-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN

LA COLUMNA

DE

Santa Maria de la Alhambra.

POR

D. Mariano Hernandez Rivera.

I.

En uno de los dias del mes de mayo del año de 1397, entraban por el barrio que hoy llaman de San Lázaro, dos venerables religiosos que á primera vista daban á entender pertenecian á la órden de San Francisco por el color de sus raidos hábitos. Tendria el uno como cincuenta años, de gallarda presencia, de larga y poblada barba entre cana, en su faz se hallaba pintada la gravedad y su mirar era franco y espresivo. El otro demostraba mas edad, su barba era blanca enteramente, pero ágil y robusto; y am-

bos á pesar del polvo y sudor que cubria sus tostados rostros, dejaban ver un carácter afable y bondadoso al par que enérgico. Vestian un hábito de tosca lana azul, y pendiente de sus cinturas se ostentaba un cordon y un rosario; calzaban unas sandalias de cáñamo y llevaban al hombro unas alforjas ocupadas sin duda de algunas provisiones y libros.

Los que de este modo caminaban eran el reverendo fray Pedro de Dueñas y fray Juan de Cetina, que dejando su tranquilo claustro, iban de ciudad en ciudad predicando el Evangelio santo del Crucificado, con el laudable fin de convertir herejes, y aliviar en algun tanto la suerte de los cautivos cristianos que se hallaban bajo la cruel barbarie de los moros que por este tiempo eran dueños de esta bella ciudad.

Imponente era en verdad el aspecto que presentaba en la época á que nos referimos. Reinaba en ella Mahomad Aben-Balla, el cual subió al trono por haberlo usurpado á su hermano mayor Jusafat Abul-Haxex, al que tuvo encerrado catorce años en un castillo de Salobreña. Se hallaba, segun el célebre escritor D. Luis de Mármol, cercada de muros y torres de argamasa tapiada, y tenia doce entradas al rededor enmedio de elevadas fortalezas con sus puertas y rastillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de afuera, habiendo tan crecido número de gentes de guerra, que unido al de los lugares de sus sierras comarcanas, con razon podia llamarse inespugnable y poderosa.

El sol iba ocultando en el ocaso sus ya ti-

bios rayos, cuando los dos misioneros cruzaban la plaza del Triunfo (1).

—¡Hermosa ciudad! decía Juan Cetina á su compañero.

—Cierto que es muy bella, replicaba Pedro de Dueñas: ¡lástima que esté ocupada por estos infieles!

—Hé... hermano, todos son hijos de Dios, y quien sabe si sacaremos de ellos mas partido...

—Quien sabe, decis bien, ¡oh! Dios haga que así suceda; si viérais que placer siento en el alma cuando logro que un descreido conozca su error y adore á ese Supremo Ser de donde dimana toda felicidad....

—Bien lo sé; y ese mismo bienestar embarga mis sentidos en casos análogos, tanto que me parece estar trasportado á otro mundo sin fin de inagotables delicias, y solo por conseguirlo abandonamos nuestro hogar y surcamos este piélago inmenso de turbulencia, donde á cada paso encontramos un abismo; ¿poner nuestra existencia! pero..... ¿qué importa perderla una y mil veces si ganamos un alma para el cielo?.....

—Bravo..... bravo..... gritaba entusiasmado fray Juan, os conozco demasiado hermano mio, y dudo

(1) Llamada así desde el año de 1628 en que la Municipalidad de esta ciudad juró la defensa del misterio de la Purísima Concepcion, y para perpetuar este acto religioso se mandó erigir el Triunfo de esta Señora, colocando enmedio de dicho campo el primoroso pedestal que aun existe y sostiene la venerada Imágen, de mármol blanco de la sierra de Filabres.

que haya un mortal que al oír la elocuencia de vuestras palabras, no penetre la luz radiante y pura de la fé en su corazón, disipando la densa oscuridad que en él impera...

—Dios os pague el buen concepto en que sin merecerlo me teneis, replicó en tono humilde Pedro de Dueñas...

Embebidos en su conversacion, cruzaron por las calles mas públicas de Granada, hasta venir á parar al barrio de San Cecilio, que era donde habitaban los cristianos, sin atender que varios moros los seguian con miradas y ademanes, ora de burlas ora amenazantes; mas ellos fijada la vista en el suelo seguian presurosos su camino, hasta llegar á una modesta casa situada en dicho barrio ante cuya puerta pararon. Despues giraron sus goznes apareciendo en el dintel un anciano con quien se cruzaron algunas palabras en voz baja, penetrando por fin en ella, Los que largo rato venian en pos de los franciscanos quedaron formando grupo á larga distancia, haciendo mil comentarios y perdiéndose en conjeturas sin poder adivinar la causa que motivara su venida.

Poco á poco se fueron retirando, no sin esclamar á una voz, que ya averiguarian quienes eran los dos frailes.

la indómita barbarie del Cadi. De este modo llega-
ron hasta hoy posesos de los Catalanes, donde que-
daron reducidos provisoriamente á prision.

Al otro dia fueron trasladados de igual forma al
Corral de los Cantivos, donde al ver á sus her-
manos redoblan de nuevo su exortacion encariñados
sus corazones del divino fuego, haciéndoles ver
lo grandioso y sublime de nuestra santa religion,
y lo falso y absurdo de la de Mahoma, y que no
vacillasen en dar mil vidas que tuviesen por sus-
tener sus creencias, pues el Dios de los Justos les
preparaba otra mas feliz, cual era el Reino de los
Cielos.

Tal fué el ánimo que sus palabras inundaron á

el Serian como las doce de la mañana de un hermo-
so dia de primavera, un gentío inmenso ocupaba el
lugar que hoy llaman Plaza Nueva, multitud de cu-
riosos aumentaban el número de espectadores, y un
rumor prolongado se dejaba escuchar en todo el ám-
bito. Todos fijaban la vista en dos enérgicos misio-
neros que en alta voz predicaban el Evangelio San-
to, las mas saludables doctrinas. Injuriosas impreca-
ciones se escuchaban de una parte contra los ora-
dores, de otra risas y burlas, al par que otros los
contemplaban con admiracion y respeto. De pronto
crece el murmullo, la muchedumbre comienza á agi-
tarse y á abrir paso al Cadi ó justicia mayor de Gra-
nada, que venia seguido de toda su servidumbre, y
llegando á los fieles cristianos, les amenaza, les
amarra cual si fuesen temibles criminales, y los lle-
va por las calles mas públicas de la ciudad seguidos
del populacho, que con grande algazara festejaban

la indómita barbarie del Cadi. De este modo llegaron hasta hoy posada de los Catalanes, donde quedaron reducidos provisionalmente á prision.

Al otro dia fueron trasladados de igual forma al Corral de los Cautivos, donde al ver á sus hermanos redoblan de nuevo su exortacion enardecidos sus corazones del divino fuego, haciéndoles ver lo grandioso y sublime de nuestra santa religion, y lo falso y absurdo de la de Mahoma, y que no vacilasen en dar mil vidas que tuviesen por sostener sus creencias, pues el Dios de los Justos les preparaba otra mas feliz, cual era el Reino de los Cielos.

Tal fué el ánimo que sus palabras infundieron á los cristianos, que entusiasmados desafiaban ya el poder del tirano, ambicionando solo ceñir sus sienes con la gloriosa corona del martirio.

En este dia el rey Mahomad entraba victorioso en Granada, concluida que fué la sangrienta batalla que sostubo con D. Enrique de Castilla en las inmediaciones de Quesada. El pueblo mahometano en masa lo recibia con vítores y aclamaciones de un gozo sin límites.

El pueblo mahometano en masa lo recibia con vítores y aclamaciones de un gozo sin límites.

—¿Cuanto me alegró decir con honrada conciencia el Cadi, os doy la mas cumplida enhorabuena.

—Gracias, repuso el rey, aunque espero me las dadas mas cumplidas, pues parto al momento para Jaen, donde pronto colmarame de gloria ganando dos dicha ciudad.

III.

—Estoy seguro de que así sera, señor, pues sois el rey mas intrépido y valiente que han visto los siglos; además a la es grande y no abandona nunca a los que pelean por tan justa causa.

—En él confío y estoy seguro del triunfo; y de

Trasladaremos al lector á una de las salas del palacio árabe de la Alhambra, adornada con lujo á estilo oriental. En ella se hallaba el rey de Granada reclinado muellemente sobre un magnífico divan de seda y oro; sus manos sostenian una enorme pipa de ambar que llevaba alternativamente á sus labios, y de un soberbio pebetero se desprendian los mas gratos aromas de Smirna. A su lado se veia sentado á un moro de faz morena cubierto de un albornoz blanco, que parecia escuchar con gusto la relacion que le hacia su soberano. Este hombre era el Cadi ó justicia mayor.

—¿Con que tan feliz habeis sido, decia este, en la última batalla contra esos perros?

—Cierto que sí, contestó el rey, buena pasada les hemos jugado, figuraos que se hallaba en Quesada muy tranquilo el rey D. Enrique confiado en la alianza que por sostener mi trono hice con él, cuando de

repente cayeron mis valientes soldados sobre su ejército, que apesar de haber peleado como héroes, su derrota ha sido completa.

—Cuanto me alegro, decia con lisonjera sonrisa el Cadi, os doy la mas cumplida enhorabuena.

—Gracias, repuso el rey, aunque espero me la darás mas cumplida, pues parto al momento para Jaen, donde prometo colmarme de gloria ganándoles dicha ciudad.

—Estoy seguro de que así será, señor, pues sois el rey mas intrépido y valiente que han visto los siglos; además Alá es grande y no abandona nunca á los que pelean por tan justa causa.

—En él confio, y estoy seguro del triunfo; y decidme Cadi, ¿á qué debo el gusto de teneros á mi lado tan de mañana?

—Primeramente á saber de vuestra salud y de tan gloriosas hazañas, y despues á daros cuenta de otras no poco importantes que han ocurrido en vuestra ausencia.

—Hablad, hablad.

—Habeis de saber que estos dias se presentaron en esta dos infames cristianos de esos que van sembrando doquiera la sedicion; los que trataron de sublevar al pueblo; pero yo, que siempre velo por la tranquilidad y bien estar de la ciudad, los sorprendi cuando mas entusiasmados gritaban en contra de nuestra religion. Semejante sacrilegio no podia quedar impune: al momento los reduje á prision, donde están esperando vuestras órdenes.

—Muy bien hecho, gritó enfurecido el rey; semejante osadía! ya sabeis que soy inexorable con esos

eanes, y deben sufrir un ejemplar castigo; decidme, ¿donde se halla?

—Hoy se encuentran en el Corral de los Cautivos.

—Sin pérdida de tiempo los hareis conducir al sitio destinado interin otra cosa determino, dedicándolos á los trabajos mas forzados.

—Sereis señor al instante obedecido, y besando la mano del soberano, salió precipitadamente de la estancia.

—¿Es posible, gritaba el furioso Rey luego que hubo quedado solo, que no hé de poder verme libre de esa abominable raza cristiana que por doquier me asedia? Pues bien, ya que no lo consiga, desgraciados podeis llamaros los que entreis en mi poder: y vosotros miserables que tratais de sublevar mi pueblo y destruir nuestra religion, ya os probaré vuestro torpe error arrancándoos la vida por grados y gozándome en vuestros dolores.

Asi discurria el rey, imaginando un cruel martirio para los dos cristianos, en tanto que eran conducidos por el cadí á las cisternas que á la sazón se hacian en el Campo de los Mártires, en cuyo sitio fué erijido despues por nuestros Católicos Reyes el convento del mismo nombre.

Entonces habia en este lugar nros pozos ó cuevas abiertas en peña viva, que así como eran angostas á la entrada, era su profundidad mas espaciosa y dilatada. En ellas los encerraban de noche despues de tenerlos el dia espuestos á los rigores de la estacion, trabajando sin cesar, dándoles un alimento sumamen-

te escaso, y posándose muchas veces en sus delicados cuerpos el látigo del que los custodiaba. Mas en medio de esta crueldad sin límites no exhalaban la mas lijera queja contra sus enemigos, ni declinó en un átomo en sus corazones la verdadera fé, que solo esa Divinidad que ostenta su trono en las alturas, sabe inspirar á los que le aman.

Empero no estaba satisfecha aun la sed de venganza de los mahometanos: necesitaban ver regado su maldecido suelo de sangre cristiana; ver rodar por él sus cabezas; oir ayes lastimeros exhalados por la fuerza de los tormentos, y contemplarlos en fin arrastrándose á sus plantas demandándoles clemencia y adhiriéndose á su supersticiosa creencia; pero fueron ilusorias sus esperanzas, eran cristianos, y como tales no retrocedian ante el peligro cuando atacaban á su religion.

Bien lo probaron en el dia 12 de Mayo del referido año, los dos héroes de nuestra historia, á los que vió esa infiel secta caminar con paso firme y la risa en labios al lugar destinado al sacrificio. Llegados que fueron, se presentó el Rey de Granada cercado de toda su comitiva, y acercándose les dijo:

—¿Quién sois?

—Cristianos, contestaron tranquilos.

—¿Y con que objeto abandonais vuestra pátria y os entrometeis en mi reino?

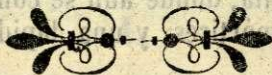
—Con el de predicar el Evangelio Santo, haceros ver la oscuridad en que estais sumidos, y probaros lo nulo de vuestra religion.

—Miserarables! gritó colérico el Rey al oír tales palabras, lanzándose furioso sobre ellos y sepultando en sus cuellos la cortante cimitarra, sin considerar el desgraciado que en vez de causarles un mal les abría la senda gloriosa que tanto ambicionaban, por do volaban sus almas á la mansion eterna de los bienaventurados.

CONCLUSION.

Estos son los hechos.

En frente de la iglesia de Santa María de la Alhambra se ostenta una columna de jaspe malizado que sostiene una rejilla donde aun se conservan las reliquias de estos señores, la cuya inserción dice así:



Año de MDCCLXXII á XII de mayo. Reinando en Granada Mahomad, fueron martirizados por uno del mismo Rey en esta Alhambra Fray Pedro de Buena y Fray Juan de Gona, de la orden del Caballero San Francisco, cuyos reliquias están guardadas en un altar de la iglesia de Santa María de la Alhambra, Señor de esta memoria, por mandado del Ilustrísimo Señor D. Pedro de Castro Arzobispo de Granada, año de MDCC.

CONCLUSION.

Enfrente de la iglesia de Santa Maria de la Alhambra, se ostenta una columna de jaspe matizado que sostiene una rejita, donde aun se conservan las reliquias de estos mártires, y una lápida cuya inscripcion dice así:

«Año de MCCCXCVII á XII de mayo. Reinando
«en Granada Mahomad, fueron martirizados por ma-
«no del mismo Rey en esta Alhambra Fray Pedro
«de Dueñas y Fray Juan de Cetina, de la órden del
«Padre San Francisco, cuyas reliquias están aquí. A
«cuya honra y la de Dios nuestro Señor se consagra
«esta memoria, por mandado del Ilustrísimo Señor
D. Pedro de Castro Arzobispo de Granada, año de
MDCX.»



ALCALDE DE OTIVAR.

Escena de la guerra de la Independencia.

D. Luis de Montes.

I.

A fines del año de 1812 subian por las cuestas inmediatas á la Almirara, en la provincia de Granada, una compañía de soldados franceses que, habiendo salido aquella mañana de la venta Marina, se dirigian á batir las guerrillas que se levantaron en casi todos aquellos pueblos, para resistir á la invasion de los ejércitos que, despues de haber atado al carro triunfal del emperador Napoleon Bonaparte casi todas

las naciones del continente, entraron en la península para colocar en las sienes de su hermano José la corona que había arrebatado traidoramente de las de Fernando VII. Imposible sería describir el disgusto que cundió por toda la nación al saber que se había dispuesto de ella como de un juguete, y el entusiasmo con que corrieron á las armas todos los que se hallaban en edad de llevarlas. El carácter indomable del pueblo español, y su espíritu de independencia le incitó á levantarse en masa para rechazar la agresion, y dió á la Europa asombrada, el grandioso espectáculo de una tenaz resistencia á las orgullosas tropas que no la habían encontrado en toda Europa: además de los ejércitos que se formaban en todas las provincias, se vieron brotar, como por encanto, mil partidas de guerrilleros que, en la guerra de montaña llegaron á hacer mas destrozos en el ejército invasor, que el que hubiera podido sufrir en diez sangrientas batallas.

Aquellos hombres que aparecian en grupos de veinte ó treinta individuos, vestidos con sus calzones bombachos, con sus chamarras claveteadas de plata, con sus botas blancas y su sombrero portugués; con su escapulario ó rosario al cuello, con una canana á la cintura en la que llevaba treinta cartuchos, con un cuchillo de monte atravesado en la misma, restos de las costumbres de los árabes sus antepasados; cavalgando en potros tan salvajes como sus montañas, en aparejos redondos con largos flecos de seda floja, y colgando de él una bocacha en un lado y un relico al otro; aquellos partidarios que aparecian á la vuelta de un desfiladero, y atacaban con ventaja á

un cuerpo mucho mas numeroso y disciplinado; desaparecian como una nube de humo arrojada por el viento, y como esta, tampoco dejaban huella de su retiro, diseminándose por las agrestes veredas de sus ásperos montes, y reuniéndose en seguida en otro punto, distante cinco ó seis leguas del primero, para volver á comenzar un ataque ó una sorpresa, siendo tan incansables y valientes, como feroces é intolerantes.

No fué la Andalucía la que opuso á los franceses menos partidas, y principalmente al mediodia de Granada aparecieron algunas que llegaron á ser el terror de los jefes de los puestos militares de los alrededores. Una de las que mas incomodaron á las tropas extranjeras, fué la mandada por Juan Fernandez (a) Caridad, conocido mas bien por el *alcalde de Olivar*. Este guerrillero que en su juventud habia sido guarda de los montes de Cásulas, se reunió con algunos amigos para hacer la guerra de esterminio á los franceses, en venganza de las injurias que de ellos habia recibido siendo alcalde de su pueblo Olivar: llevaba de segundo á su compadre Guerrero, y mandaba en la época en que se refiere esta historia unos ochenta hombres, gente desalmada, y que creia ganar indulgencia plenaria por cada *gabacho* que enviaba al otro mundo. Tales y tan continuas eran las fechorias que cometian con los pequeños destacamentos franceses que marchaban de un punto á otro, que resolvió el general Sebastiani, que mandaba la provincia de Granada, limpiar la sierra de partidas, y al efecto dispuso que salieran gruesos destacamentos por diferentes puntos para hacer una batida ge-

neral en su distrito militar. Uno de ellos habia salido el dia anterior al en que principia esta historia, y habia llegado á la venta Marina, distante siete leguas de Granada, al anochecer, en la que resolvió quedarse para volver á proseguir su camino en cuanto amaneciese. Dificil era por cierto hallar á los guerrilleros que se encontraban en todas partes á la vez, y peligrosa era una expedicion en la que se habia de combatir con enemigos invisibles por decirlo asi. Aquellos campos estaban llenos de trabajadores que llevaban la escopeta entre la mansera del arado, y de la que se servian cuando aparecia un soldado francés: cada cortijo podia ser una fortaleza, cada arbusito, cada matorral podia ocultar un paisano fanático, y por todas partes debia temerse un lazo ó una estratagemá, pues la muerte se hallaba para ellos por doquiera, y bajo todas formas. Asi es, que el comandante que mandaba la expedicion procuró tomar cuantas precauciones le sugirió su experiencia, para no dejarse sorprender en una empresa tan arriesgada como poco gloriosa.

puertos de narajos y timoneros, y el ameno valle de Lecrin, habiendo por cien pueblos, en los que crecen los olivos mas grandes de Andalucia; á su derecha se levantaban las sierras de Albuñuelas y de Jajena, sobre las cuales aparecian como masas oscuras contornadas con el cielo, los altos montes de Gómpeta y Sierra Tega que separan esta provincia de la de Málaga; y finalmente, al frente se veia un verde prado esmaltado de lil flores, por medio del cual corría con velocidad un arroyo sembrado de largas y enramadas ramas de caixal, de espaldas blancas y de flexibles y sonoras cañas: el sol que se alzaba con lentitud sobre el horizonte, bañaba con una luz tan variada y agradable, y obliqua á las

Serian las siete de la mañana cuando llegó á la Almirajara y las Alberquillas la columna que el comandante Gerad habia dividido en tres partidas: la primera, que iba explorando las montañas al mando del teniente Lefleur; la segunda, que iba de vanguardia por los llanos, al del alférez Gudín; reservándose el comandante la tercera que marchaba á una regular distancia de ambas, pronto á socorrerlas en caso de necesidad. Al llegar á la cima de la sierra del Higuero se la presentó un espectáculo bellissimo: á la derecha se veian esparcidos en las montañas inferiores los pequeños lugares de Olivar, Gete y Lentegi; mas allá, y en la misma direccion, alzaba el mar sus gigantescas olas azotando las playas de Castell de Ferro y de Almuñecar: á la espalda, escondida en las nubes su alta cima la Sierra Nevada, en cuya pendiente están pintorescamente situados Lanjaron con sus mil

huertos de naranjos y limoneros, y el ameno valle de Lecrin, habitado por cien pueblos, en los que crecen los olivos mas grandes de Andalucia; á su derecha se levantaban las sierras de Albuñuelas y de Jayena, sobre las cuales aparecian, como masas oscuras confundidas con el cielo, los altos montes de Cómpeeta y Sierra Tegea que separan esta provincia de la de Málaga; y finalmente, al frente se veia un verde prado esmaltado de mil flores, por medio del cual corria con velocidad un arroyo sembrado de largas y enmarañadas ramas de zarzal, de esbeltos juncos, y de flexibles y sonoras cañas: el sol que se alzaba con lentitud sobre el horizonte, bañaba con una pura luz tan variado panorama. y obligaba á las tardas sombras de la madrugada á refugiarse en lo interior de las cuevas que presentaban los costados de las montañas.

—Delicioso paisaje! exclamó el segundo teniente Verneuil: esto me recuerda á mi Bretaña querida, prosiguió dirigiéndose al comandante.

—En efesto, mas de un punto de comparacion tiene con la Bretaña, respondió éste; y el mayor es, que aqui, lo mismo que alli, el pueblo, seducido por el clero, rehusa aceptar los beneficios que los que por él se interesan quieren proporcionarle.

—Teneis razon, dijo Verneuil: no olvidaré jamás las sangrientas escenas de que fueron testigos los valles de Couesnon; cada habitante era alli un *Chouan*, y siempre estaba yo temblando de que me asesinasen durmiendo, creyendo hacer una accion agradable á la Virgen d' Auray su patrona.

--Silencio! le interrumpió el comandante; no veis

allí, junto aquella piedra, una cosa que centellea al través de las abulagas?

—Por vida del emperador, que son dos ojos que nos espian, contestó el teniente lanzándose con el sable en la mano hácia los matorrales.

Sargento Gautier, gritó Gerad: marchad con cuatro hombres á la derecha y cogedme á ese pillo.

En efecto, salieron rápidamente, pero al acercarse á él, disparó un tiro que mató á un soldado, y dejándose caer rodando á la izquierda de la montaña, se escapó sin que pudieran herirle ninguno de los que le tiraron desde lo alto: á pocos momentos le vieron en el fondo del barranco levantarse, y echar á correr hácia Otivar; y los franceses pudieron distinguir á lo lejos, su chamarra, sus calzones de piel, las puntas de un pañuelo encarnado asomando debajo de su sombrero portugués, el escapulario que el viento llevaba sobre sus hombros, y su brillante escopeta que agitaba con aire de triunfo.

—Silencio y adelante: fué la última voz de mando que dió el comandante Gerad al perderse con sus soldados entre los sombríos pinos de la sierra.

—Vaya otro trago.—
—Silencio! dijo Medis-cars, contrabandista de Benamargosa, acercándose al grupo: silencio! Por ahí viene un trahuco solo que irá á llevar algún par- te al comandante de Albama. Agarrémosle, y que nos baile el fandango colgado de un árbol: esto nos distraerá.
Al mismo tiempo estaba en la piedad un joven

—Por vida del emperador, que son dos ojos que nos espian, contestó el teniente lanzándose con el sable en la mano hacia los matortales. ¡vaya se acercó Sargento Gantier, gritó Gerard: marchad con vosotros hombres á la derecha y cogedme á ese pillo. En efecto, salieron rápidamente, pero al acercarse se á él, disparó un tiro de III. dejándose caer rodando á la izquierda de la montana, se escapó sin que pudieran verle ninguno de los que le tiraron desde lo alto: á pocos momentos le vieron en el fondo del barranco levantarse y echar á correr hacia Olivar; y los franceses pudieron decir:

—Ea, muchachos, otra rueda y viva nuestro rey, dijo José Vico alzando una corpulenta bota llena de delicioso vino de Molvizar.

—Mueran los *gabachos*! mueran los *fulres*! contestó medio borracho Mateo Pereda, antiguo contrabandista de las playas de Almuñecar.

—No, que vivan, que vivan: dijo el alegre Frasco, ágil cazador de liebres: que vivan... hasta que nosotros los matemos.

—Vaya otro trago,—vaya otro trago.

—Silencio! dijo Media-cara, contrabandista de Benamargosa, acercándose al grupo: silencio! Por ahí viene un franchute solo, que irá á llevar algun parte al comandante de Athama. Agarrémosle, y que nos baile el fandango colgado de un árbol: esto nos distraerá.

Al mismo tiempo entraba en la pradera un jóven

cazador, con el fusil al hombro, cantando muy descuidadamente una canción de su país.

—Escondeos detrás de los árboles, prosiguió Media-cara.

Hiciéronlo en efecto, y cuando ya se había internado en el bosque el imprudente militar, salió la partida y rodeándole le intimó la rendición.

—Plutôt mourir! (1) respondió el cazador disparando su fusil, y tendiendo en el suelo á Frasco.

—Veinte robustos brazos se apoderaron de él, y en un instante le amarraron con una soga.

—Al arroyo á juzgarlo, dijo Pereda.

—Al arroyo, gritaron todos.

Y empujándolo con las culatas de sus escopetas le llevaron á una fuente cubierta de espesos árboles.

—Sentémonos y convengamos como ha de morir este judío: exclamó Media-cara.

—Toma, ¡cómo ha de morir! quemado! respondió Vinagreras, sacristan que habia sido del convento de franciscanos de las Albuñuelas.

—No; mejor es colgado de un alcornoque: replicó Pereda, y veremos doblarse sus ramas con el peso de semejante fruta.

—Gabacho! di viva Fernando VII: le gritó al oído el Raton, mozo de unos diez y nueve años, aplicándole al propio tiempo la punta de su navaja guadiña al costado.

—Vive l' empereur! respondió el francés echándolo de un puntapié al suelo.

(1) Antes morir.

—Muera! muera! exclamaron todos los partidarios; y lanzándose sobre él, é hiriéndole ya en la cara, ya en la espalda, ya en los muslos, ya en los brazos, le abrieron mil heridas por donde salia un mar de sangre.

—Colgado de una encina, dijo Pereda, para que los grajos tengan hoy su merienda; y enlazándole al cuello una soga, empezó á arrastrarlo por el suelo, y colgándolo de una rama lo suspendió en el aire.

El pobre francés, á pesar de estar acribillado de heridas, murmuraba de vez en cuando su *vive t' empereur!* al tiempo de llevarlo al árbol; pero cuando se sintió elevar sobre el suelo, cerró los ojos é invocó una muerte que tardaba en llegar.

—Qué significa esto? gritó con voz de trueno *Caridad*, el alcalde de Otivar, al acercarse á galope á la fuente.

—Un gabacho que nos ha caído entre las manos, le respondieron diez voces.

En este instante se agitaba el cuerpo del desgraciado francés con las agonias de la muerte.

—Una bala á la cabeza de ese hombre y que acabe de sufrir! dijo el alcalde; y descolgando su boca-cha, le disparó una rociada de metralla que le hizo mil pedazos la cabeza.

—Viva el alcalde! gritó la partida.

—Silencio! dijo este. A caballo, todo el mundo! Todos obedecieron á su comandante.

—Vico, dijo el alcalde: marcha con dos hombres á la cueva de Pedro Sanchez, y mira si nuestros ami-

gos de Albuñuelas y Jayena han llevado allí las provisiones que nos prometieron; y si de camino ves al teniente, á mi compadre Guerrero con la otra mitad de la partida, le dirás que aquel es el punto de reunion para que vayan al instante; y diciendo asi, montó en su jaco negro, y se puso al frente de la partida con direccion á la cueva.

El alcalde de Otivar habia llegado á dominar á sus partidarios por una singular mezcla de bondad y de firmeza de carácter, que revelando un hombre en cuya alma fermentaba el inmenso orgullo que le causó la muerte, al par que la amabilidad para con sus compañeros; le hacia contar con ellos para cualquier empresa por aventurada que fuera. Es cierto tambien, que en una vida tan arriesgada como la que llevaba, hubo ocasiones en que hizo daño á los pueblos por donde transitaba exigiendo raciones y dineros; pero en tiempo de revolucion no para esto de extrañar, pues tales desórdenes, imposibles de contener, son su natural consecuencia.

Donado á la Biblioteca

Universitaria de Granada,

en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

IV.

La partida iba doblando la sierra de Armijo con su jefe al frente, que llevaba un uniforme y dos charreteras que habia cogido con el caballo en que iba montado, en una escaramuza que habia tenido poco tiempo antes en los llanos del Padul; cuando al entrar en el prado inmediato á la cueva, vió que los franceses le habian cercado, y que sus parejas avanzadas rompian un fuego de guerrilla.

—Fuego! gritó el alcalde, y cuarenta balas fueron silbando por el aire hácia los enemigos derribando á seis franceses.

—*En avant*, dijo el comandante Gerad, y se adelantaron los soldados haciendo un vivo fuego guareciéndose de los árboles y abulagas.

Entonces empezó el combate con un encarnizamiento difícil de explicar: los antiguos soldados del imperio veian que no podian atacar sin desventaja á

los partidarios (les brigands): porque estos se hallaban protegidos por los trozos de roca desprendidos de la cueva, y porque iban replegándose hácia ella para tener cubierta la espalda; pero su orgullo militar se irritó de tener que habérselas con unos enemigos tan despreciables, cuando habian triunfado en otro tiempo en Italia, Egipto, Alemania y Prusia, y á la voz de su comandante: *en avants mes enfants*, empezaron á subir la escarpada cuesta que conducia á la ancha cueva defendida por parapetos naturales. Los partidarios no dejaban de hacer un vivo fuego que puso á raya el ardor de los acometedores, quienes iban cayendo poco á poco á los certeros tiros de los intrépidos cazadores de la sierra: por lo que tuvieron que reforzarse con los demás soldados al mando de Laffleur y de Gudin. Ya hacia un buen rato que duraba el combate, y de ambos habian caido quince ó veinte individuos.

Los soldados franceses, irritados de una resistencia que no esperaban, hicieron un esfuerzo desesperado, y subieron á bayoneta calada despreciando el fuego que á quema ropa les dirigian: ya habian llegado á la estrecha senda que habia delante de la cueva, y acometiendo con un valor ciego á los partidarios que se replegaron detrás de las piedras, inclinaron la victoria á su lado: otra carga mas á la bayoneta, y eran dueños de la cueva; pero cuando ya no habia ninguna esperanza para los montañeses, cuando estaban determinados á morir haciendo una desesperada defensa, oyeron la poderosa voz de Guerrero, el compadre del alcalde y su teniente, dominando el ruido de la fusileria, y gritando: *mueran los*

gabachos; y al mismo tiempo le vieron seguido de los suyos, trepar por la sierra como cabras monteses, haciendo un fuego horroroso sobre los franceses; cercados estos por delante y por detrás, efectuaron una rápida y brillante maniobra presentando el frente á los dos partidarios; pero conociendo su desventajosa posición, efectuaron una hábil retirada por el costado derecho de la senda, y se volvieron retrocediendo por escalones hasta la venta, perseguidos por los serranos; pero manteniéndoles á una regular distancia por el fuego que no cesaba de mortificarles.

CONCLUSION.

Este combate dió un grande prestigio al alcalde de Otivar, y le hizo el dueño, por decirlo así, de todos aquellos contornos: la marcha del ejército frances de Granada, á consecuencia del giro que habian tomado los sucesos de la guerra, hizo que aquel abandonase la vida aventurera de partidario, y solicitase ser considerado como oficial de ejército. En efecto lo fué. Estando mucho tiempo despues en Almuñecar, recibió un bofeton de otro oficial superior

por no haberse quitado el sombrero en su preseneia, y fué tan grande su sentimiento al tener que devorar una afrenta que no pudo vengar, que cayó en cama con una sofocacion, de la que murió á la edad de cerca de cincuenta años. Este partidario, que habia sido el dueño de todos los pueblos en quince leguas en contorno, murió pobre, y no dejó á su familia con que pagar el entierro.

137 El acedre de Olivar.
 138 La columna de Santa Maria de la Alhambra.
 139 La justicia de Dios.
 140 El haz de la Escaramuza.
 141 La puerta de las Ovejas.
 142 La escalera de la Chapera.
 143 El hotel de la Xalpa.
 144 El cuadro de la Chantama.
 145 Los dos pintores.
 146 El campador Felipe.
 147 La torre de los siete huecos.
 148 La Peña de los Enamorado.
 149 El sacristan del Alhambra.
 150 Ahen-Humeya.
 151 Cristóbal Colon de Granada.
 152 El Padre Piquinola.
 153 Gonzalo Fernandez de Cordoba (13. p. 100).



ERRATAS

Pagina 221, linea 8, dice Julio, léase Juan.
 Pagina 225, linea 7, dice un año, léase uno y medio.
 Pagina 228, linea 27, dice Julio, léase Juan.

INDICE.

La Casa de Gallinas.	1
Gonzalo Fernandez de Córdoba. (La Buñolera).	25
El Padre Piquiñote.	43
Cristóbal Colon de Granada.	58
Aben-Humeya.	69
El sacristan del Albaicin.	81
La Peña de los Enamorados.	85
La torre de los Siete Suelos.	108
El compadre Felipe.	129
Los dos pintores.	139
El cuadro de la Chanfaina.	150
El laurel de la Zubia.	158
La escalera de la Chancilleria.	171
La puerta de las Orejas.	178
El haza de la Escaramuza.	188
La justicia de Dios.	221
La columna de Santa Maria de la Alhambra.	245
El alcalde de Otivar.	257

ERRATAS.

- Página 221, línea 8, dice *julio*, léase *enero*.
Página 235, línea 7, dice *un año*, léase *año y medio*.
Página 238, línea 27, dice *julio*, léase *enero*.

